BIBLIOTECA DIGITAL
DEL SOCIALISMO CHILENO

DIÁLECTICA DE UNA DERROTA III

CARLOS ALTAMIRANO ORREGO

SIGLO XXI EDITORES,SA
MEXICO 1978

12. ONCE DE SEPTIEMBRE: DÍA DE LA TRAICIÓN

Preparan su guerra
La denuncia de la marinería
Y hubo que crear el «Plan Z»
El golpe militar: resistencia sin armas
El Partido Socialista el 11 de septiembre
Salvador Allende

13. DIALÉCTICA DE UNA DERROTA

Urgencia de una autocrítica
Un modelo contrarrevolucionario
Alcances necesarios
La desviación principal

14. TIRANÍA FASCISTA

Un balance demoledor

15. CONSIDERACIONES Y PROPOSICIONES ACERCA DE UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA EN CHILE

La crisis mundial y el imperialismo
Victorias del socialismo
América Latina: nuestro escenario
Historia de la dependencia
Tensiones explosivas
Crisis de vanguardias
El gobierno de los ejércitos
La Iglesia católica y las masas cristianas
Un camino para Chile
Hacia una política revolucionaria de masas
Algunas ideas para la formulación de un proyecto político
El bloque ideológico, las capas medias y la política de alianzas
El complejo militar represivo
Las fuerzas motrices de la revolución chilena
Un partido para el socialismo
La unidad de la clase
La unidad del pueblo

12. ONCE DE SEPTIEMBRE: DÍA DE LA TRAICIÓN

La tragedia asoma en las primeras horas de la madrugada. Desde Valparaíso se había anunciado a Tomás Moro la sublevación de la Marina. El Presidente con algunos hombres armados partió de inmediato a La Moneda, ignorando aún la magnitud de la asonada. Los hechos se sucedieron vertiginosamente. Primero, la confirmación de la traición; el putsch comprometía institucionalmente a los institutos armados y lo encabezaba el militar oscuro, obsecuente y genuflexo con el cual Allende había discutido algunas horas antes el plan de defensa del gobierno constitucional. Luego, la decisión suprema de impedir el sacrificio estéril del pueblo en la voluntad de su propio holocausto.

Allende fue asesinado en las primeras horas de la tarde, cuando las llamas consumían el palacio de gobierno, bombardeado en un épico despliegue de «audacia y valor».

Con Allende cae asesinada la democracia chilena, una de las más antiguas y sólidas del mundo, se derrumban estrepitosamente ciento cincuenta años de evolución política y valores históricos, nobles y dignos, cultivados a su amparo. Los rockets de Pinochet destruyen aquella mañana la república democrática consolidada en el amanecer de la nación, y demuelen hasta sus cimientos la creación de Portales: el Estado de derecho, impersonal, fundado en el respeto a la ley y en el irrestricto acatamiento del poder militar al poder civil, como antinomia del caudillismo castrense.

Con el brutal ataque al histórico palacio y con el asesinato premeditado del primer mandatario, se quiebra cultural y socialmente al país, abriendo entre los chilenos una brecha de odio, que sella a las generaciones presentes y compromete a las futuras.

PREPARAN SU GUERRA

Las fuerzas revolucionarias buscaron el poder a través de una vía pacífica. Aceptaron las reglas del juego democrático y se sometieron a ellas. El imperialismo y la gran burguesía, con mayor dosis de realismo, en cambio, concibió desde un comienzo una estrategia insurreccional armada.

Hemos insistido en otros capítulos sobre la gran antelación conque se plantea una voluntad rupturista. En septiembre de 1970, la CIA planifica el secuestro del general Schneider para provocar un golpe militar. En la misma época, el presidente Frei, se compromete en una acción civil «complementaria» destinada a desconocer el triunfo de Allende. En el curso del Gobierno Popular, se frustraron no menos de seis intentos subversivos en el interior de las Fuerzas Armadas.

Mientras tanto, la burguesía prepara sus propios aparatos armados. «Patria y Libertad» se organizó en todo el país como un dispositivo paramilitar. El Partido Nacional, núcleo de la gran burguesía y del latifundio, adiestró también su contingente armado: los comandos «Rolando Matus». En los barrios aristocráticos se crearon grupos especiales llamados «Proteco», cuyo objetivo aparente era defender al vecindario, frente a un eventual ataque de las poblaciones marginales. Es decir, la reacción se armaba a vista y paciencia de todo el país, en abierta violación de una ley impuesta por ellos y que el ejército aplicaba únicamente a los trabajadores.

El modelo contrarrevolucionario insurreccional promovido por la CIA requería de un apropiado «clima de guerra». La burguesía y sus cómplices se encargan de prepararlo y lo hacen con eficiencia. Organizan el caos económico; crean los supuestos doctrinarios para un paulatino cuestionamiento de la legitimidad del gobierno; desarticulan la institucionalidad; combinan todas las formas de lucha: legales e ilegales, de masas y terroristas, pacíficas y armadas, y promueven una abrumadora ofensiva ideológica.

Ésta era la faena de «ablandamiento» o de «desestabilización» como gráficamente se denominaría más tarde.

Las elecciones de marzo de 1973 clausuran definitivamente una eventual salida político-institucional. En el contexto más adverso en que gobierno alguno haya enfrentado una consulta electoral, la Unidad Popular obtuvo el 44% de los sufragios. Esta cifra representaba en esas condiciones un potencial cualitativamente muy superior, y lejos de actuar como disuasivo, se trasformó en precipitante del golpe.

Es un hecho comprobado, que si bien la conspiración se venía gestando en el interior de las Fuerzas Armadas -por conductos diferentes- desde abril de 1972 (así lo confiesa Pinochet), adquiere sin embargo, coherencia y organicidad, inmediatamente después de las elecciones parlamentarias. El propio jefe de la junta confirma esta apreciación: «Para ser más exactos y aprovechando que está aquí el general Benavides, el día 20 de marzo de 1973, firmé un documento que le mandé, en el que estaban estudiadas las posibilidades políticas por las que atravesaba el país, y llegamos a la conclusión en forma muy clara, que ya era imposible una solución de carácter constitucional.» «El ejército planificó en ese momento su forma de actuar. Fuimos ocho oficiales los que planificamos o recibimos órdenes para llevarlo a cabo.» (Las últimas Noticias, 8 de agosto de 1974.)

Un informe interno de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), reducto conspirativo de los grandes empresarios nacionales, elaborado con anterioridad a los comicios de marzo, previene a sus asociados ante la posibilidad de un putsch militar, a partir de los resultados electorales. Textualmente señalaba en una de sus partes: «Un 4317o nos dejaría en cierta forma una vez más en tierra de nadie.» «¿Habrá salida constitucional posible?» Finalmente la respuesta: «Salida más probable: golpe militar de fuerza».

Este informe calificaba crípticamente a las Fuerzas Armadas de «gigante dormido», eufemismo revelador tanto del resentimiento como de las esperanzas de la plutocracia.

Como vemos, un extraordinario triunfo electoral a los ojos de la burguesía, lejos de legitimar al gobierno constitucional, fue la causa directa de su destrucción. La oligarquía plutocrática había entregado la decisión de los asuntos del Estado al sufragio universal, sólo hasta el instante en que éste no colocara en peligro el estatus capitalista.

En el interior de las Fuerzas Armadas el grupo faccioso venía elaborando los planes de guerra. Si damos por exactas las afirmaciones de Pinochet, estos planes empezaron a prepararse en el mes de abril de 1972. Es decir, existía la decisión de derrocar al gobierno, mucho antes de ocurrir ninguno de los hechos reivindicados posteriormente para cohonestar el golpe.

Recordemos la confesión del «señor Presidente»

En abril de 1972 se había hecho una apreciación. El 13 de abril se analizaron las posibilidades en el Estado Mayor. Sí, en 1972. Nosotros siempre estamos estudiando posibilidades. Y esa vez se llegó a la conclusión que la materialización del conflicto insuperable entre los poderes ejecutivo y legislativo será sin solución constitucional. Esa es la conclusión a que llegamos en la apreciación. Vino el 29 de junio, el «tancazo», y como yo digo siempre ahí estuvo la mano de Dios, aunque hay ateos que no creen. Dios me ayudó, me amplió la visión, y el día 4 de julio cambié mi planificación. Pero esto venía de antes, del mes de mayo. El 28 de mayo fue la primera vez que cambiamos la planificación. La planificación defensiva-ofensiva, se cambió ahora en una planificación ofensiva-defensiva, discretamente disimulada. Y principiamos a preparar nuestra planificación basado en esto. Se elaboró el «Plan Alborada». Una de sus partes, el plan de comunicaciones, era el «Plan Silencio'. Los planes los hacía yo como jefe del Estado Mayor, con el jefe de operaciones, y los difundía bajo el aspecto de seguridad interior. Esta planificación era nuestra, del ejército. Basado en esto en julio, dicté una orden en que dispongo que la Academia de Guerra me empiece a preparar la planificación. Pero como podía caer en manos indiscretas, yo trasformé este documento que se llama «Apreciaciones de la situación de seguridad interior del ejército de Chile» en un «Juego de Guerra de Seguridad Interior». Y aquí llegamos a la siguiente conclusión: de que este combate, esta guerra se decidía aquí en Santiago. Fue la conclusión a que llegamos después del 29 de junio. Por eso yo digo: Aquí está la mano de Dios que nos mostró la reacción de los Cordones. . . En cuanto a las otras instituciones -agrega más adelante-, bueno cuando llegó el momento en que entremos en conversaciones dije yo: estamos bien. Era cuestión de apretar el botón. Tenía el dispositivo listo. Colaboró en todo esto la mano de la Providencia que me permitió tomar medidas, por ejemplo, ante el posible desafuero del senador Altamirano, con lo que las tropas quedaron en posición óptima. La fecha del 14 de septiembre era la que yo tenía en mente. Pero si era el 14 podía ser perfectamente el día 12, el 11 o el 10 ... yo estaba pensando en cómo iba a actuar. Pregunta: ¿Pero la fecha se adelantó en alguna medida con el discurso de Altamirano? Respuesta: No. Salvo, como dije, que me permitió acuartelarme. Y el día 11 a las 7 de la mañana, estaba todo el mundo comunicado, listo para actuar. Y a las 11, cuando estábamos en pleno combate... yo tenía comunicaciones con todo Chile. (Ercilla, marzo de 1974.)

Las declaraciones transcritas de alguna manera dibujan el retrato moral del personaje. Durante el año y medio anterior al golpe nunca dejó de conspirar. Nunca tampoco fue más solícito, gentil y obsecuente. Cualquiera de los altos dirigentes de la Unidad Popular puede testimoniarlo. Dotado de una personalidad sinuosa y de una capacidad intelectual extraordinariamente limitada, poseía en cambio una gran habilidad para mimetizarse. Podía ocultar herméticamente sus emociones y sus pasiones. Ello lo encumbró al poder sobre los cadáveres de tres hombres a quienes logró engañar: el presidente Allende; José Tohá, ex vicepresidente de la República y ministro de Defensa; y su amigo de toda la vida, el general Carlos Prats, comandante en jefe del ejército chileno.

Tres meses antes del cuartelazo, con el pretexto de dar cumplimiento a la ley de control de armas, las Fuerzas Armadas vuelcan sobre los trabajadores una despiadada campaña de provocación y amedrentamiento. Fábricas, empresas estatales, sedes políticas (por supuesto de izquierda) , casas particulares, y hasta cementerios, fueron allanados en busca de armas. Se trataba de medir la capacidad de resistencia de la clase obrera y la eficiencia de los Cordones Industriales, como respuesta del pueblo. No encontraron armas. Sólo entonces actuaron.

LA DENUNCIA DE LA MARINERÍA

Algunos meses antes del golpe fui invitado junto con Miguel Enríquez, secretario general del MIR, y Óscar Garretón, jefe del Partido MAPU, a participar en una reunión promovida por un grupo de suboficiales y marineros. En aquella oportunidad nos entregaron -con detalles pormenorizados- todos los antecedentes de la actividad subversiva en gestación. Fuimos advertidos sobre los lugares, días y horas de los encuentros conspirativos, en los cuales habían participado, junto a los altos mandos de la Armada, algunos miembros de la misión naval norteamericana. Las reuniones se efectuaron en diversos puertos de la costa chilena, a veces en los casinos de los oficiales, otras en los mismos barcos de guerra.

Según este grupo, la sublevación estaba inicialmente planificada para mediados de agosto y su postergación no parece ajena a la culminación increíble y kafkiana de aquel episodio.

Nuestra reunión fue detectada. Los marinos detenidos, sometidos a bárbaras torturas y se inició un proceso contra quienes recibimos la denuncia. La Corte Suprema, por primera vez en la historia judicial del país, interviene antela Corte de Apelaciones de Valparaíso, para presionar el desafuero del secretario general del Partido Socialista.

Los golpistas, estableciendo una norma que más tarde crearía jurisprudencia, legitiman su derecho a conspirar; torturan precisamente a quienes revelan la subversión preparada contra el gobierno constitucional y persiguen a los dirigentes que recogen la información. Mientras tanto, la derecha orquesta una campaña de tono mayor para acusar a los jefes políticos, participantes en la reunión, como autores de intento de subversión en la Armada. Huelgan los comentarios. Tal fue el cinismo de los cabecillas de la subversión. Tal era el grado de debilidad del gobierno. Tal la impotencia a que habíamos sido arrastrados. Nosotros éramos los acusados.

Los marinos procesados hacen llegar una carta abierta al presidente de la República, fechada algunas semanas antes del golpe, carta que el Partido Socialista decidió publicar, para enfrentar el escándalo promovido por la prensa reaccionaria. A ella di lectura en un acto de masas celebrado el día 9 de septiembre, horas antes de la sublevación. No han faltado quienes vieron en su divulgación y en el discurso que entonces pronuncié, un factor desencadenante del putsch fascista. He aquí algunos párrafos marcados de aquel dramático e inolvidable documento histórico:

Nosotros, los marinos antigolpistas de tropa buscamos por todos los medios comunicarle al pueblo y al gobierno de este golpe de Estado que planificaba la oficialidad golpista de la Armada. Para nosotros era vital evitar esta gran masacre contra el pueblo que estaba ya planificada con fecha definitiva entre el 8 y el 10 de agosto, por datos e informaciones concretas, sumando a éstas las diferencias de nuestros jefes para con nosotros la tropa donde nos explicaban que por tales o cuales razones el gobierno marxista debía ser derrocado y limpiado el pueblo de dirigentes «marxistas». Para ellos todo dirigente de izquierda -era sin duda el «Plan Yakarta»- debía ser eliminado, como nosotros mismos habíamos logrado saber por ellos y corroborado en el proceso que se nos sigue... En tanto a hechos, por ejemplo: a uno de nosotros el comandante Bilbao, fiscal, le preguntó de cómo se iba a restituir la legalidad, cuando no iba a quedar después del golpe ningún líder de izquierda vivo. También para nosotros, dentro de este plan, la suerte era incierta... ¿Nuestro delito? Oponernos a un golpe de Estado. Se nos ha flagelado y torturado criminalmente. Se nos ha ofrecido no flagelarnos más, inclusive dejarnos en libertad, con tal que nosotros cooperemos y digamos que los señores Altamirano, Garretón y Enríquez nos dirigían, y que nos habían ordenado bombardear Valparaíso, Viña, la Escuela Naval y otras cosas por el estilo. Como nos negábamos, nos seguían golpeando en la cruz, nos colgaban en ataúd, nos hacían tornar las meadas de los verdugos, nos colgaban de los pies y nos sumergían en el agua, nos sumían en pozos de barro, nos aplicaban corriente, nos tiraban agua caliente en el cuerpo, después fría y decenas de cosas más.

Terminan preguntando si «Defender el gobierno, la Constitución, la legalidad, el pueblo, es un delito, y al contrario, derrocar al gobierno, atropellar la ley y terminar con la vida de miles de seres humanos ¿Eso es legal? ¿Qué contestan los trabajadores?»

Firman esta carta 34 suboficiales y marinos recluidos en el cuartel Silva Palma de la ciudad de Valparaíso.

Las torturas de los procesados provocó gran conmoción pública, determinando, entre otras muchas, una gestión infructuosa ante los jefes navales, del cardenal Raúl Silva Henríquez y el ex candidato presidencial de la Democracia Cristiana, Radomiro Tomic.

Estos eran los planes cuidadosamente preparados por los conspiradores Se planificó una guerra relámpago cuyo objetivo era el aniquilamiento inmediato «del enemigo». La estrategia elaborada consultaba la utilización del factor sorpresa, el corte de comunicaciones, combates de corta duración, el aislamiento de eventuales focos de resistencia y desde luego el de La Moneda -centro del operativo- y finalmente con singular violencia, la intimidación psicológica de la población.

Como lo expresaría más tarde Pinochet, los planes fueron ejecutados «de manera impecable, porque las instituciones actuaron como un reloj coordinadas por los mandos. No hubo una sola falla en la conducción». (Ercilla, marzo de 1974.)

A pesar de estas pretenciosas y arrogantes declaraciones, el putsch fascista había distado mucho de ser todo lo «impecable», organizado y eficiente que se pretende.

¡ Qué fácil resulta la «impecabilidad» en contra de un enemigo desorganizado e indefenso!

Varias e importantes unidades militares no estaban comprometidas con los cuatro generales traidores y sólo tomaron su partido cuando tuvieron la certeza del triunfo inminente; existieron claras manifestaciones de desorden y desincronización en la ejecución del plan; hubo contradicciones en las instrucciones impartidas; no se adoptaron medidas obvias y elementales; soldados y oficiales demostraron un extraordinario nerviosismo e inseguridad en el cumplimiento de las órdenes; en muchas oportunidades tuvieron expresiones elocuentes de temor y cobardía; estaban aterrorizados; donde hubo algún asomo de defensa, retrocedieron o simplemente arrancaron. La impresión de solidez, firmeza, eficiencia y unidad fue más aparente que real y, en definitiva, tuvo su exclusivo origen en el hecho de que no existió capacidad militar de respuesta. Y ellos lo sabían.

A pesar de esta enorme ventaja, tener la ofensiva, una correlación de fuerzas abrumadoramente favorable, y saber a ciencia cierta, que el «enemigo» está inerme, el putsch no demostró más eficacia que la de su brutalidad y la crueldad más inhumana.

Nos preguntamos: ¿Qué habría sido de estos «impecables» y «valientes» generales si el pueblo hubiera dispuesto realmente de armas y de alguna mínima organización?

Y HUBO QUE CREAR EL «PLAN Z»

No tuvimos un plan de defensa. Mejor dicho, existió sólo uno: el plan discutido por última vez en la mañana del día 9 de septiembre entre el presidente Allende y... el general Pinochet.

Quizá si porque incluso a los fascistas les pareció inconcebible que careciéramos de una defensa básica, inventaron uno: el «Plan Z».

Éste fue exhibido en los primeros instantes como justificativo moral del golpe, y publicado en un engendro ramplón de

los periodistas palaciegos -asesorados por la CIA- denominado «Libro Blanco», profusamente distribuido por la junta, dentro y fuera del país. Evidentemente «el libro» es de factura castrense. Sus contradicciones groseras, la incorporación incoherente de documentos supuestamente comprometedores, las imbecilidades acumuladas en estilo panfletario, ponen en evidencia una preparación precipitada y el bajo nivel de los asesores extranjeros.

No obstante su factura truculenta, sirvió para embaucar algunos ingenuos, y también de pretexto a quienes debieron justificar su silencio ante la implacable demolición de Chile y su pueblo.

Abandonado por sus autores después del golpe, el «Plan Z» persistirá sin embargo como una de las mayores imposturas de la historia. El «Plan Z» es a Pinochet y su camarilla lo que el incendio del Reichstag fue a Hitler: vana y estúpida pretensión de justificar un crimen injustificable.

En un comienzo, este plan fue atribuido al gobierno de la up. Los órganos informativos y las declaraciones de algunos personeros políticos, concordaron en que el «Plan Z» constituyó el fundamento último del golpe militar y el justificativo moral de la extrema represión posterior. Todo era permitido bajo la consigna: «¡Ellos nos iban a matar primero!» Posteriormente, en un esfuerzo por dar coherencia a las contradicciones de la primera hora, el general Leigh declaró a un periódico extranjero: «Los militares sólo conocieron el «Plan Z» después del 11 de septiembre.» (ABC, Madrid, 6 de noviembre de 1973.)

Más tarde el canciller de la junta, Ismael Huerta -ex ministro del régimen popular- declara en Nueva York: «El plan disponía el asesinato del presidente Allende, del general Prats y de otras personalidades políticas chilenas.» (El Mercurio, 8 de noviembre de 1973.)

En definitiva, el plan no era imputable al gobierno de Allende ni a la Unidad Popular. El dispositivo macabro sobre el cual se pretendía montar el «autogolpe», resultó no tener autor.

Si no es la Unidad Popular la que elabora el «Plan Z», ¿a quién se le imputa? Nunca se ha dicho. El tema jamás volvió a ser tratado. ¿Acaso a alguna organización de la ultraizquierda? ¿Con qué objeto? ¿Un golpe contra el gobierno, contra los partidos populares, contra todo el país?

La factura burda de la provocación condujo a su rápido descrédito. Terminó por desaparecer de la circulación sin que ninguno de los confabulados volviera a invocarla.

Sin embargo, se mantienen frente a la magnitud infame de la impostura dos hechos concretos: en el curso de los dos últimos años,nadie -absolutamente nadie- ha sido condenado en Chile como autor, cómplice, encubridor o instigador moral de tal plan y nunca se han exhibido pruebas de su existencia ante ninguna personalidad, organismo o comisión internacional, de las muchas que han visitado Chile.

En cambio, sí queda en pie el hecho que la última carta , que el gobierno asediado pretendió jugar, fue el plebiscito, anunciado por Allende a Pinochet sólo algunas horas antes del golpe militar. Así, no se tomaba la iniciativa a través de ningún plan, menos del «Plan Z». Por el contrario, la consulta plebiscitaria constituía razonablemente, la virtual abdicación del poder.

EL GOLPE MILITAR: RESISTENCIA SIN ARMAS

Se han planteado en torno a los sucesos del día 11 de septiembre algunas interrogantes, las cuales recogen una preocupación generalizada. ¿Por qué no hubo resistencia popular? ¿Por qué no se llamó a una huelga nacional? ¿Dónde estaban los partidos populares cuando el presidente de Chile caía en La Moneda?

El cuestionario parece brutal, sobre todo en el contexto emocional creado por el heroísmo anónimo de los combatientes asesinados y el sacrificio consciente, autoimpuesto por el presidente Allende.

Nos parece, sin embargo, una inexcusable ligereza pretender circunscribir tales interrogantes al acontecer puntual del día del asalto al poder; a la precipitación vertiginosa de hechos que en pocas horas sepultaron las esperanzas revolucionarias, y a la conducta de hombres y partidos asumida frente a una realidad, que aunque prevista, no dejó de ser inesperada.

La respuesta final y profunda se haya en el trasfondo de la experiencia popular, en sus insuficiencias, en sus errores y debilidades y en los inmensos obstáculos surgidos durante su desarrollo. Sobre ellos hemos incursionado extensamente en diversos pasajes de este ensayo. No obstante, queremos insistir en algunos aspectos indebidamente ponderados y a propósito de los cuales la información resulta vaga y confusa.

Ausente una estrategia apta para responder al alzamiento armado, en definitiva, las posibilidades de defensa del gobierno se reducían a la participación de unidades militares leales, y a su coordinación con una masiva movilización del pueblo. Los partidos populares habían generado algunos escasos dispositivos armados, destinados teóricamente a jugar un papel complementario en una instancia subversiva.(2)

No se aceptó la alternativa de tomar la iniciativa. También se consideró a nivel de gobierno y de la Unidad Popular, la eventualidad legítima -dada la coyuntura insurreccional burguesa- de promover acciones ofensivas, que nos permitiera compensar la correlación de fuerza militar absolutamente desfavorable. Jamás los partidos de izquierda accedieron a crear un «comando único militar» a cuyo cargo estuviera el estudio y la ejecución del plan de defensa de la revolución.

Por cierto, la falta de «unidad militar» era el reflejo natural de la ausencia de «unidad política». La unidad -en términos militares no significaba otra cosa que la consolidación, en el momento del enfrentamiento, de todos los destacamentos revolucionarios, alrededor de una dirección única y centralizada, la cual debía determinar el curso de las acciones

combativas.

De haber contado con una estrategia correcta y con aquella unidad orgánica, política y militar, pudimos y debimos elaborar un plan que nos permitiera -promovido el golpe- insurreccionar a todo el país, tomar y controlar los medios de comunicación, las fábricas, puentes, puertos, carreteras, hospitales, llamar a una huelga nacional y ajustar la movilización de las masas a las exigencias del mando militar unificado. Sólo así podíamos compensar la ventaja de quien ataca y asumir la ofensiva, sin la cual la victoria era ilusoria.

Por lo demás, como lo hemos aseverado, la «eficiencia prusiana» distaba mucho de ser tan eficaz.

Pero si los partidos revolucionarios carecían de un plan defensivo, el alto mando de las Fuerzas Armadas, sí había diseñado uno ad hoc para disipar las preocupaciones del gobierno y distraer la atención de los oficiales constitucionalistas. Era el plan que el jefe del Estado discutía con Pinochet, cuando éste llegaba a La Moneda a reiterar su fe democrática y su lealtad al gobierno.

En resumen, la ilusoria defensa del proceso entregaba la iniciativa al adversario (plan defensivo-ofensivo para usar la terminología castrense). Éste se fundaba en el supuesto básico de contar con unidades militares y su ejecución quedaba en manos -exclusivamente- de las Fuerzas Armadas.

¿Y las armas del pueblo? Los trabajadores no tenían armas, excepto las que mínimamente podían obtener en forma individual e inorgánica. La propaganda fascista inventó un gran escándalo sobre las armas «descubiertas» en Tomás Moro y en el palacio de La Moneda. Lo exhibieron como delito de lesa patria. ¡Cretinos! En cualquier país del mundo, en el lugar donde reside o ejerce el jefe del Estado, existen armas para su defensa, máxime si se trata de un gobierno contra el cual se habían montado no menos de media docena de asonadas, por supuesto armadas, y la vida de cuyo jefe estuvo permanentemente amenazada.

Toda la información destinada a demostrar la existencia de arsenales de armas en poder de la up era tan estúpida y grotesca como el mismo «Plan Z». Las armas exhibidas en Tomás Moro, en La Moneda y descubiertas y «redescubiertas» en otros lugares, apenas si cubrían las necesidades de un pelotón de 300 hombres. ¡ Mil si se quiere! Pero ni éstas ni las que truculentamente denuncia el «Libro Blanco» (cantidad para equipar 5 000 hombres) era suficiente para enfrentar a un contingente profesional de 80 000 hombres, dotados de una poderosa infraestructura de guerra y un inmenso poder de fuego. Por lo demás, fueron las mismas Fuerzas Armadas las encargadas de certificar que el pueblo carecía de armas. Los múltiples allanamientos militares iniciados en los meses de junio, julio y agosto de 1973, les confirmaron que el pueblo estaba efectivamente inerme.

¿Hubo posibilidad de contar con armas? Lo hemos dicho antes. Sí las hubo, pero ello implicaba serios riesgos y estaba fuera de la concepción estratégica de la dirección revolucionaria. Así, la protección del régimen quedó entregada exclusivamente a la existencia de unidades militares leales. Por eso, la noticia en las primeras horas de la mañana del 11, de que tales unidades leales no existían, sepultó cualquier esperanza de resistencia organizada.

Las propias palabras de Allende se interpretan como el anuncio de la inutilidad de toda lucha: «En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por voluntad consciente de un presidente que tiene la dignidad del cargo. El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar, ni dejarse masacrar. Pero también debe defender sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor.. .»

No obstante, surgió la defensa espontánea. Se dio en forma mucho menos limitada de lo que públicamente ha trascendido, pero en todo caso fue aislada, inorgánica, desesperada. Miles de trabajadores, jóvenes obreros, estudiantes y campesinos, lucharon aguardando la presencia de regimientos leales que nunca llegaron. Muchos perdieron la vida en el lugar de combate. Otros se rindieron ante la inutilidad de la resistencia y fueron posteriormente asesinados. Los fascistas no querían prisioneros.

En su conjunto, las masas se replegaron. No hubo dirección para la lucha. No había armas. Simplemente no existía correlación de fuerzas en el plano militar. Finalmente, se trataba de una catástrofe acerca de la cual no hubo en Chile ninguna experiencia. Ciento cincuenta años de vida democrática nos habían enseñado todas las triquiñuelas electorales y parlamentarias pero no a manejar dispositivos armados. La total ausencia de una tradición de lucha clandestina e ilegal, pesó también como elemento morigerante de la natural reacción de los trabajadores.

EL PARTIDO SOCIALISTA EL 11 DE SEPTIEMBRE

El Partido Socialista había planteado en sus torneos internos, el problema del enfrentamiento como la cuestión central y básica de todo el período. Sería extenso avalar con citas textuales de documentos partidarios, la corrección de nuestras prevenciones.

Oportunamente, y en el entendido de que el putsch era inevitable, propusimos que al menos se constituyera una comisión militar, integrada por oficiales leales y dirigentes de los partidos de izquierda -lógicamente con participación del MIR-, a cuyo cargo quedaba elaborar y ejecutar un plan defensivo.

Al no existir consenso, hicimos lo que honestamente podíamos hacer, considerando nuestras serias deficiencias orgánicas. El esfuerzo desplegado se desmorona en definitiva frente a la brutal factura del golpe fascista. Estaba construido sobre un supuesto falso. Este supuesto, como hemos dicho, era la existencia, en el seno de las Fuerzas Armadas, de un sector leal al gobierno.

En la madrugada del día 11, la comisión política del Ps sin excepción, se reunió en el lugar previamente establecido.

De inmediato se tomaron contactos directos con el presidente de la República, la Radio Corporación (del partido), la Central única de Trabajadores y diversos centros fabriles. Comprobado el carácter institucional del cuartelazo la evaluación de los sucesos nos llevó a concluir -en ese momento- que las posibilidades de organizar una defensa eran prácticamente nulas. No era posible ya aquella mañana, articular tareas que debieron prcgramarse en los meses previos, o al menos, en las semanas anteriores. Se descartó la alternativa de convocar a los trabajadores al centro de Santiago o llamarlos a una huelga nacional. A esa altura, los medios de comunicación controlados por el gobierno estaban ya en poder de los golpistas. La planta de Radio Corporación había sido bombardeada y ocupadas sus instalaciones. Igual ocurría con Radio Magallanes, radio del Pc. Algunos dirigentes fueron enviados a diferentes Cordones Industriales, donde a pesar de no existir una orden general, se combatió. La falta de comunicaciones condenaba al gobierno y a los partidos a un virtual aislamiento.

Nuestros militantes luchan espontáneamente en todo el territorio nacional. En numerosas provincias las direcciones regionales son arrasadas en encuentros desiguales. Otras son capturadas. Los dirigentes medios del partido son asesinados en casi todas las ciudades. Desde entonces y en el curso ininterrumpido de estos últimos tres años, las acciones de exterminio no han cesado. Miles de camaradas cayeron en una u otra forma, haciendo interminable la nómina heroica encabezada por el militante socialista, Salvador Allende.

En los días siguientes al asalto, aislada y desesperadamente, se siguió combatiendo en diferentes puntos del territorio. Las páginas más heroicas de nuestra clase obrera y de sus partidos se escribieron en aquellos días. Los miles de mártires, no sólo están en la cuenta histórica de la perversidad fascista. Muchos, a lo largo de toda la geografía del país, entregaron su vida como un aporte exasperado, a la defensa de su gobierno, su proceso y su propio destino.

Los testimonios fragmentarios no nos permiten hacer un balance de conjunto de aquella resistencia tan heroica como impotente, pera ella tuvo una extensión mucho mayor a la atribuida normalmente. Se luchó en las poblaciones. En algunas de ellas, como La Legua -en Santiago- la resistencia sólo se extingue con el bombardeo de la aviación fascista. Los campesinos fueron bárbaramente masacrados. Se combatió en industrias, minas, regimientos y universidades. En el sur del país, se improvisaron acciones guerrilleras, que mal armadas y carentes de una infraestructura de apoyo, terminaron por ser aplastadas.

Resulta profundamente alentador, poder constatar hoy con perspectiva suficiente, cuán homogéneo fue el comportamiento de los dirigentes de los partidos y organizaciones de la izquierda, que conocieron las cárceles y centros de tortura del fascismo, El mundo ha tenido amplio acceso a los testimonios de Dawson. La dictadura concentró allí a los personeros de mayor jerarquía del gobierno derrocado. No logró quebrar a uno solo de ellos. En la fraternidad del infortunio, todos derrocharon dignidad, entereza y espíritu unitario. Con orgullo legítimo la izquierda chilena puede exhibir la conducta de sus cuadros, en todos los niveles. En el enfrentamiento de la represión hubo bajas físicas, pero no bajas morales. Ni concesiones ni defecciones. Ni uno solo de los militantes revolucionarios ha sido condenado por delitos de desfalco, malversación, robo, aprovechamiento ilícito del cargo u otros, a pesar de haberse realizado una exhaustiva y minuciosa pesquisa policial en contra de cada uno de nosotros, hurgando hasta la quinta generación.

SALVADOR ALLENDE

El 11 de septiembre fue el día de la infamia. Pero también el día de la dignidad revolucionaria. Mientras los cuatro generales traidores emporcaban la historia de Chile, Allende la ennoblecía.

Aquel día pertenece a Salvador Allende. Durante su vida entera había predicado y practicado el respeto a la ley y a la Constitución. Había abrazado con pasión la alternativa de una vía al socialismo, liberada de la violencia, consustancial a otras experiencias. Sin embargo, en el instante definitivo coge las armas y combate. Las balas fascistas encontraron sus balas. Durante horas resiste junto a un reducido grupo de combatientes. Contra esa defensa frágil el adversario cobarde y sorprendido sólo atina a utilizar su inmenso poder destructor: el ataque de la artillería, el fuego de los tanques y el bombardeo implacable de los aviones. El coraje de Allende hace vacilar a los junteros asesinos. Más de una vez retroceden, intiman la rendición, le ofrecen respetar su vida. La respuesta fue invariable: «Los generales traidores desconocen lo que es un hombre de honor.» Enfrenta la muerte sereno. Con frialdad profética anticipa el significado de su sacrificio: «Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto.»

La muerte de Allende cierra un ciclo en la historia nacional y abre las puertas de una nueva etapa en el proceso revolucionario.La evolución política y social de Chile ha sido dramáticamente rota.El hilo conductor que entrelazaba el acontecer nacional desde los inicios de la República hasta hoy, fue sangrientamente cortado por los generales mercenarios, coludidos con el gobierno norteamericano.La historia de Chile se rescribirá, a partir de septiembre de 1973,considerando la honda brecha de odio abierta por el terror fascista.El sacrificio proyecta a Allende violentamente en la historia y le selecciona como uno de sus más relevantes protagonistas, trasformándolo en la más alta voz moral y revolucionaria de nuestra patria. Su personalidad política centrará el debate de los años venideros. Aun mirado desde un punto de vista tradicional y conservador, ninguna figura nacional en este siglo, alcanza perfiles tan fuertes y profundos.

Gabriel García Márquez, con la pasión de su pluma extraordinaria, afirma que Allende murió «defendiendo toda esa parafarnalia apolillada de un sistema de mierda que se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro».(3) Creemos que se equivoca. Su sacrificio tiene un sentido más profundo e históricamente más trascendente. No es la democracia burguesa la engalanada con su muerte. Por el contrario, son sus miserias y lacras las puestas al desnudo cuando los militares traidores deciden ultimarlo. No empuñó las armas ni entregó su vida por un sistema político y social en descomposición. Lo hizo para defender la legitimidad moral y revolucionaria de lo que alguna vez denominó «el segundo modelo de transición a la sociedad socialista». Es su última contribución, honesta e inconmovible, a una vía de trasformación concebida como factible, en la singular realidad de Chile. Su muerte tiene además el contenido de una notable demostración histórica. Ante su pueblo y los pueblos del mundo, Allende pone en evidencia los harapos principistas de la burguesía. El desenlace trágico reivindica la vigencia de una ley, a veces cuestionada desde perspectivas

abstractas y teóricas: las clases dominantes jamás respetarán un proceso revolucionario, aun cuando esté legitimado en la voluntad del sufragio universal; nunca aceptarán pacíficamente cambios que cuestionen sus privilegios de clase.

Allende había empeñado su palabra de respetar la Constitución y la ley. Así lo hizo, y al hacerlo no dejó de ser revolucionario. Aquel respeto era condición básica del camino que entendía correcto y defendió apasionadamente.

Pocas veces en los anales de las luchas populares un sacrificio fue históricamente más útil. La verdadera humanidad, ha recogido su nombre, su vida y su palabra. Las grandes corrientes del pensamiento humano han convergido en una formidable y ecuménica expresión solidaria. Antagonismos hondos y prolongados salvan brechas aparentemente insuperables para protestar por el dolor de Chile. La muerte de Allende sacude la conciencia universal y su nombre se trasforma en una insólita bandera de lucha y unidad. Raro privilegio que el fascismo no llegó a imaginar. Privilegio del revolucionario caído; extraordinaria herramienta de combate para el futuro de nuestro pueblo.

(1) En Chile los parlamentarios no podían ser sometidos a proceso sin resolución previa de la Corte de Apelaciones
(2)En el Congreso de La Serena (diciembre de 1970) el Partido Socialista impulsó la formación de una comisión de defensa. En abril de 1971, al celebrarse el primer Pleno del nuevo Comité Central, se estructuró definitivamente esta comisión.
(3) Gabriel García Márquez, «Cómo mataron a Allende», artículo publicado en la revista Harper's, de EU, 1974.

13. DIALÉCTICA DE UNA DERROTA
URGENCIA DE UNA AUTOCRÍTICA

En torno a la experiencia transitada por Chile entre 1970 y 1973, y su dramática interrupción, se ha generado un fenómeno de seria y honda reflexión intelectual. Dirigentes políticos, cientistas sociales, revolucionarios de todos los signos, han asumido la tarea de desentrañar la gama de factores causantes del desastre, atribuyéndoles desde perspectivas y categorías diferentes, también distintos grados de incidencia.

Para los dirigentes del movimiento popular chileno el deber de desarrollar una autocrítica es urgente e insoslayable. La lucha continúa y es necesario impedir que los errores cometidos continúen proyectándose en combates futuros. Las lecciones trascendentes extraídas de la experiencia vivida, nos permitirán retomar el curso quebrado de la revolución chilena y enriquecer el patrimonio ideológico del movimiento obrero internacional.

En capítulos anteriores hemos tratado de trasferir -con el mayor rigor objetivo- la realidad sociopolítica en la que nace, crece y muere la gestión del Gobierno Popular. Sólo a partir de ella es posible una ponderación justa y coherente de los errores cometidos, de las desviaciones ideológicas que los determinaron y de los elementos coyunturales sobrevinientes, los cuales, en mayor o menor intensidad, confluyen en su destino trágico.

UN MODELO CONTRARREVOLUCIONARIO

Debemos empezar por puntualizar que frente a la perspectiva de un Chile socialista, el imperialismo y la burguesía no asumieron margen alguno de riesgo. No se dieron un compás de espera, como sucedió frente a otras experiencias, aguardando el curso de los acontecimientos.Desde los primeros momentos las fuerzas en pugna sabían a que atenerse. Lo sabía EU cuando planteamos en el curso de la contienda electoral la decisión irrevocable de reivindicar nuestras riquezas básicas y expresamos nuestra voluntad de ejercer a plenitud los derechos de Estado soberano, estableciendo -sin consultas obsecuentes- relaciones de todo orden, con los países proscritos por el imperialismo. Sabía EU, cómo la imagen ejemplarizadora del proyecto chileno, irradiaría sobre otros países del continente e incluso de Europa, afectando sus intereses estratégicos. Así lo advirtió sin rodeos Kissinger apenas algunos días después de la elección de Allende. Por su parte, el conjunto de la burguesía entendió con igual claridad, que cuando empezaban a cambiar de manos los bancos, las grandes propiedades agrícolas y los monopolios industriales, lo que realmente comenzaba a cambiar era la sociedad misma.

Por ello, actuaron en consecuencia.

El gobierno norteamericano, la CIA, los consorcios trasnacionales, en connivencia con la alta burguesía nativa, diseñaron para Chile un modelo contrarrevolucionario complejo, extraordinariamente sofisticado e implacable en su ejecución. No parece existir precedente de una planificación insurreccional burguesa concebida con tal antelación, frialdad y precisión. En su elaboración no se descuidó detalle. Las nociones más modernas, en materia de psicología de masas, se utilizaron para determinar científicamente en cada coyuntura, sucesiva o alternativamente, las distintas formas de acción y lucha.

No cabe duda que este modelo insurreccional burgués imperialista es el más completo que se conoce en la historia de América Latina. Incluyó el trabajo político y militar, la agitación de masas y la preparación armada, el cerco diplomático y el boicot económico, el espionaje tradicional y las operaciones encubiertas, el control de los medios de comunicación de masas y la guerra psicológica.

Por cierto, se cometen errores no deseados por el imperialismo. Tal ocurre, por ejemplo, con el asesinato del general Schneider, hecho que, lejos de convertirse en detonante del golpe militar, lo inhibe, facilitando el camino a la elección de Allende por el Congreso Nacional. Pero en la línea gruesa existe una coherencia básica, una combinación armónica de los elementos empleados, los cuales se orientan sustancialmente sobre la pequeña burguesía, pero cuyo destinatario final son las Fuerzas Armadas.

El modelo contrarrevolucionario estaba dirigido a «desestabilizar» el gobierno de la up (término utilizado por un alto personero de la CIA al describir con «americana» precisión la complejidad de la tarea). Se trataba de erosionar la base de sustentación social, política, económica, y sobre todo militar, del régimen. La determinación fría y resuelta del gobierno de EU en orden a clausurar el capítulo abierto por las clases populares en septiembre de 1970, aparece groseramente revelada, primero en los documentos de la ITT, y confirmada, con posterioridad al golpe, por los más variados testimonios de personeros norteamericanos, críticos algunos, cínicos los más, y desnudada hasta en sus detalles más domésticos, en el irrecusable informe de la Comisión del Senado norteamericano, presidida por Frank Church.

La faena se inicia ya antes que Allende asuma la presidencia de la República. El gobierno de Frei, aún en ejercicio en los dos meses siguientes a la elección presidencial, es el encargado de dar los primeros pasos. Mientras grupos extremistas de derecha precipitan actos de sabotaje y terrorismo, el ministro de Hacienda del régimen ocupa una cadena nacional televisada para anunciar al país una eventual debacle económica. El objetivo inmediato de esta «inocente» intervención fue provocar un pánico financiero por medio de una corrida bancaria, una baja drástica de los valores bursátiles y el retiro masivo de los fondos depositados en las instituciones de ahorro y préstamo. La acción no produjo los efectos buscados por la actitud enérgica del Presidente electo, quien obligó a Frei a disponer algunas medidas de emergencia que debilitaron el impacto del fenómeno artificialmente provocado. La estampida financiera había sido concebida como detonante de un cuartelazo en el cual, como más adelante se demostrará, estaban comprometidos altos jefes de las Fuerzas Armadas.

Desde el mismo instante en que Allende se instala en La Moneda, la burguesía intenta crear el clima propicio para su juego. Durante largos años especuló con el temor irracional de las personas utilizando el fantasma de la «dictadura marxista», y la afirmación de que el ascenso al poder del movimiento popular sumiría a los chilenos en una atmósfera

asfixiante y totalitaria. Sobre este terreno se implementa un accionar polifacético, cuyo objetivo básico era atemorizar a las capas medias, ideológicamente inestables, con imágenes de anarquía, desorden, ausencia de autoridad, incapacidad, ineficiencia y deshonestidad. Ellas estaban destinadas a allanar el camino a una ulterior desestabilización del gobierno y del proceso.

La guerra fue declarada en todos los frentes.

En el plano ideológico se orquesta una campaña con todos los recursos inimaginables. Una formidable red de medios de comunicación se homogeniza bajo la batuta del diario El Mercurio, financiadoy dirigido directamente por la CIA, según quedó demostrado. La TV, las radiodifusoras, la prensa en general, cierran una gran cadena, junto a libros, folletos, afiches, películas, octavillas.

Todo fue utilizado con eficiencia en la búsqueda de provocar un clima social, un «estado de ánimo» susceptible de ser aprovechado en el momento oportuno.

Esta poderosa armazón publicitaria es orientada a envenenar la atmósfera nacional con un ingrediente destinado a provocar estragos antes y después del golpe militar: el odio, el odio dosificado científicamente, sobre todo en la pequeña burguesía y en el ejército.(2) Primero se trabaja larvadamente; más tarde las consignas son públicas y desvergonzadas: «¡Junten rabia chilenos!» «¡El único marxista bueno es el marxista muerto!» «¡Ya viene Jakarta!» Y terminaron por juntar odio. Un odio espeso, casi palpable. Odio al pueblo, al «roto», al trabajador humilde. Este odio, envasado en los laboratorios CIA, a la vez que agudizaba la lucha frontal de clases, se nutría en ella.

La guerra decretada por el imperialismo fue dada sin cuartel en el terreno político, institucional e ideológico. Las reglas del juego se modifican sin rubor. El régimen presidencial, técnicamente caracterizado por la preminencia del Poder Ejecutivo, deviene en parlamentario por la manipulación coordinada de los demás centros de poder. Después del asesinato de Pérez Zujovic -junio de 1971-, se suelda el entendimiento estratégico entre las fracciones de la burguesía en transitoria disputa. El Parlamento, el Poder judicial y la Contraloría General de la República, convergen sincronizadamente en sistemática obstrucción a las tareas de gobierno. Se opera abiertamente, sin guardar apariencias seudoprincipistas y por el contrario, con impúdico abandono de las normas que hasta entonces habían reglado la institucionalidad chilena. El Parlamento no despacha ningún proyecto de ley de iniciativa gubernamental; aprueba proyectos de reajustes de remuneraciones sin financiamiento, a fin de incentivar el espiral inflacionario; remueve ministros atropellando el espíritu y la letra de la Constitución. Los tribunales se autoclausuran frente a los desmanes verbales y físicos de la burguesía insurrecta. Las reiteradas querellas deducidas por el gobierno frente a los increíbles desbordes publicitarios de la oposición son archivadas o sobreseídas; en cambio, las plan teadas ocasionalmente contra periodistas o personeros populares son acogidas de inmediato con odiosa severidad. Cuando la policía civil sorprende grupos fascistas en actos flagrantes de sabotaje o de terrorismo, el Poder Judicial dispone la libertad de los detenidos. «El señor» contralor hacía lo suyo. Los decretos dictados por el gobierno no eran refrendados o lo eran después de inagotables discusiones, con lo cual se fortalecía la imagen de ilegitimidad.

Un sector del estudiantado secundario, liderizado por la Democracia Cristiana, organiza bandas, que a diario -durante meses- provocan desórdenes en el centro y en barrios elegantes de la capital, destrozan las vitrinas de los locales comerciales, queman autobuses y automóviles. Cobarde y hábil maniobra de la reacción: utilización de estos «niños terribles» en la. búsqueda de un muerto que encendiera la chispa. Actuaban a sabiendas de que el gobierno no podía reprimirlos. En la misma «onda» sacaban turbas de mujeres a la calle. Mujeres bien alimentadas, con pieles y joyas relucientes, golpeaban ollas también relucientes, acompañadas por otras del lumpen marginal, en algaradas constantes donde reclamaban por el «desabastecimiento». Mujeres y niños para tonificar el clima agitativo y vigorizar a la vez las imágenes de caos, desorden y falta de autoridad del gobierno.

En los últimos meses, mientras se estimulaba toda clase de paros y huelgas ilegales, la derecha -con asesoría extranjera- monta una poderosa y eficiente organización terrorista, que lleva el «clima» a niveles de extrema tensión. Asesinan obreros y campesinos; hacen volar oleoductos, líneas férreas e instalaciones eléctricas; atentan contra la vida de dirigentes populares, queman locales partidarios y llegan a asesinar a uno de los edecanes del presidente de la República .(3)

En resumen, la oposición burguesa contrarrevolucionaria, autoconstituida en defensora y garante de la legalidad, ubicaba el volumen principal de su ofensiva al margen de ella, mientras imponía al gobierno su respeto como una especie de «camisa de fuerza». Cada vez más éste se enredaba en la tupida red de la juridicidad, bajo cuyo amparo se había generado.

Finalmente, en el terreno económico es donde el quehacer reaccionario adquiere categoría de suprema inescrupulosidad. Planifica lisa y llanamente la destrucción de la economía nacional. En el contexto de una situación de extrema gravedad, determinada por el peso de una inmensa deuda externa heredada, una baja drástica en el precio del cobre y una alza considerable de los productos agropecuarios importados, se inicia una doble ofensiva. Mientras en el exterior el imperialismo obstruye los créditos de los organismos financieros internacionales, embarga nuestro cobre para provocar inestabilidad en el mercado y bloquea el abastecimiento de los insumos indispensables para la gran minería y la industria; en el interior del país la burguesía hace lo suyo Ésta deviene en burguesía especulativa al amparo de un mercado negro, debidamente administrado tras el objetivo de lograr dividendos políticos y financieros. Se utiliza el sabotaje en las empresas estatizadas. El paro empresarial de octubre de 1972 significa a Chile una pérdida neta de 200 millones de dólares; la huelga de un sector minero en julio de 1973, arrojó otra de 60 millones de dólares por concepto de menor producción. Salieron subrepticiamente del país más de trescientas mil cabezas de ganado, mientras eran sacrificadas miles de vaquillas en estado de parición para provocar problemas de abastecimiento.

Tal era el grado de resolución. A tal extremo llega la criminalidad de los métodos empleados.

Es a partir de la identificación del adversario, de su decisión frente al proceso, del potencial acumulado para destruirlo

y de los medios utilizados, de donde podemos inferir la entidad e incidencia de los factores convergentes en la derrota.

ALCANCES NECESARIOS

Estimamos haber expuesto con claridad nuestro pensamiento frente a dos proposiciones íntimamente vinculadas, cuya proyección guarda decisiva vigencia en la definición de las opciones tácticas y estratégicas de las fuerzas revolucionarias.

La primera se refiere a la presunta incapacidad de la dirección de la Unidad Popular para lograr un entendimiento con el Partido Demócrata Cristiano, el cual eventualmente habría «salvado» el proceso. La segunda, la carencia de una política correcta hacia los sectores medios, que habría permitido ampliar la base de sustentación del gobierno, e impedido el supuesto aislamiento de la clase obrera.

Reiteramos lo anteriormente señalado. Nos parece una majadería seguir insistiendo, al menos desde el interior de los partidos populares, sobre la factibilidad de un entendimiento, al que la contraparte era esencialmente hostil y lo sigue siendo, incluso hoy, tres años de ocurrido el golpe militar. Si el diálogo no resultó viable fue por calculada decisión de la dirigencia DC y no por responsabilidad de la dirección revolucionaria o de algunos de sus partidos. A menos de elevar a la categoría de delito político el escepticismo de aquellos que oportunamente previeron el desenlace.

Frente al problema de las capas medias, coincidimos en que hubo un tratamiento equivocado, consistente -en esencia- en subestimar los factores ideológicos a los cuales éstas adscriben su comportamiento social y político. Creemos que pudieron y debieron evitarse errores imputables al «izquierdismo» cuyo efecto innegable fue estimular las aprensiones y temores de las masas pequeñoburguesas; pero afirmamos, que en lo fundamental, sólo una política de muy largo alcance, capaz de quebrar la persistencia y solidez de su sistema ideológico, pudo haberlas llevado a confluir en un proceso revolucionario, junto al proletariado y a los campesinos.

El aislamiento de la clase obrera. Nos parece importante reiterar nuestro pensamiento -formulando algunas precisiones- en torno a una afirmación profusamente recogida en ensayos y estudios sobre la experiencia chilena: el pretendido aislamiento de la clase obrera, consignado como la causa protagónica del desenlace.

Curiosamente este juicio es reiterado -incluso en documentos oficiales de partidos de la UP- como una suerte de axioma. Aparece así predeterminado al margen de toda línea argumental. No es la conclusión de un análisis, sino por el contrario la premisa de ulteriores afirmaciones.

¿Existió tal aislamiento? De ser ello efectivo, ¿puede considerarse que sea «la más determinante» causa de la derrota?

Frente a la interrogante fundamental, los socialistas hemos expresado insistentemente un criterio diferente. Por el contrario, afirmamos que en ninguna instancia del proceso, ni siquiera en el momento del desenlace, la clase obrera estuvo aislada. Mantuvo agrupado en torno suyo un porcentaje muy alto del campesinado, a importantes sectores del subproletariado urbano y rural, a más del 40o%o del estudiantado y sin duda, a una parte no despreciable de la pequeña burguesía incluyendo a los mejores cuadros técnicos y profesionales del país. Una elemental ponderación estadística y electoral nos lleva a concluir, que ni siquiera en el instante en que la ofensiva reaccionaria alcanza su expresión más virulenta (marzo de 1973), la clase obrera -estuvo «aislada» del apoyo de otros estratos sociales.

Los resultados electorales, que dan una imagen parcial de la realidad social, ubican a la Unidad Popular con un 44% del electorado. Imaginar aislado un bloque político que controla esa fuerza electoral es un absurdo. Por lo demás, ese porcentaje representaba una fuerza social cuantitativamente superior.

Según la dirección de registro electoral, un millón de electores no estaban inscriptos, no obstante tener derecho a ello. Era indudable, que en su mayoría abrumadora estos electores potenciales correspondían a los sectores más pobres de la ciudad y el campo y eran partidarios del Gobierno Popular.

¿Se puede entonces seriamente sostener que una coalición social que representaba algo más algo menos del 55% de la población estaba aislado? ¿Aislado de quién? ¿Del otro 45%? ¿La mayoría aislada de la minoría?

Aun si imputáramos a la up el volumen absoluto de los votos de la clase obrera (650000) éstos no cubrían el 50% de los sufragios obtenidos (1650 000 votos).

De esta manera, aproximadamente un millón de votos correspondían a campesinos, pequeña burguesía asalariada, estudiantes, profesionales, e incluso comerciantes, pequeños propietarios, trasportistas y artesanos. Un bloque de esta naturaleza no puede considerarse aislado.

Podría argumentarse que esas fuerzas abandonaron el gobierno en los últimos meses anteriores al golpe. Quienes así lo afirmen «olvidan que justamente siete días antes del golpe, con motivo del tercer aniversario del triunfo; se hicieron en todos los rincones y grandes ciudades del país enormes manifestaciones de apoyo al gobierno. En Santiago, no menos de 800000 personas desfilaron frente a La Moneda a los gritos de «Allende, el pueblo te defiende», «mano dura, no vinimos por las puras»; «crear, crear, crear, poder popular». Si todos estos cientos de miles de manifestantes a lo largo de todo el país, eran sólo de la clase obrera, significa que la responsabilidad de los partidos obreros es mayor, porque no supo conducir a su destino a una clase cuantitativa y cualitativamente desarrollada. Lo que ocurre es que efectivamente no sólo eran trabajadores. ¿Es que no había allí empleados de banco, de correos y telégrafos, de la CORFO y de cuanto organismo estatal existía? Eran éstos minoría. Es cierto. ¿Pero hay alguna revolución en que estos sectores hayan estado en mayoría con ella? ¿No tuvieron los bolcheviques problemas con los empleados de correos, con los funcionarios, con los ferroviarios? En cuanto a camioneros y pequeños comerciantes tuvimos sectores minoritarios con nosotros hasta el golpe mismo. No olvidemos cómo nos pedían ayuda: unos piquetes de obreros que los acompañaran en su recorrido para que no fueran provocados por los gángsters de Vilarín; los comerciantes, para

que los protegiéramos de las hordas de `Patria y Libertad', y poder abrir sus negocios.

No. La clase obrera no estuvo aislada. Los que estuvimos aislados y ajenos a una política de defensa de la revolución fuimos nosotros, la Unidad Popular. Y sobre eso falta la autocrítica.» (Declaración del Secretariado Exterior de PS.)

Afirmamos categóricamente: la clase obrera no estuvo aislada. En cambio, sí es efectivo, que aun sin estar aislada, no logró concitar en torno suyo una fuerza militar y política suficiente para vencer. Aquí está el meollo del problema. No basta el 51% cuando el resto -la minoría derrotada en términos sociales y electorales- tiene a su lado la inmensa mayoría del poder económico, «del sentido común», las Fuerzas Armadas, del aparato represivo, de los medios de comunicación de masas y articula el omnipresente poder del imperialismo. La minoría «con fuerza» manda, arbitra y decide. Éste es el problema esencial, centro de la preocupación de los partidos obreros europeos, en la búsqueda de una solución correcta, y en el marco de sus realidades específicas.

Hay quienes han enfatizado acerca de la influencia decisiva que tuvo en la derrota del Gobierno Popular «la ausencia de una dirección única», producto de la existencia de dos líneas estratégicas, que habrían operado simultánea y alternativamente, sin llegar ninguna de ellas a implementarse consecuentemente. Pensamos que esta apreciación es equívoca. Lo negativo no está -fundamentalmente- en la existencia de dos estrategias, sino en la aplicación obstinada de una de ellas, errónea. No es la carencia de una dirección única la que debe aislarse como factor sustantivo de la derrota, sino el quehacer de una dirección equivocada. Hasta el instante de su dramática extinción el proceso se aferra con extraña fidelidad al objetivo estratégico: la institucionalización de una vía política al socialismo. El sacrificio heroico de Allende en el Palacio de los Presidentes de Chile es el símbolo trágico de la lealtad guardada a una determinada concepción estratégica, conducida hasta sus últimas consecuencias. Es precisamente, la pretensión estéril de asirse ciegamente a las instituciones liberales, cuando ya la burguesía había arrastrado la lucha de clases fuera de ella; la falta de previsión y capacidad para alterar las formas de lucha, cuando fue necesario, lo que define -en esencia- la derrota político-militar de la UP.

Desde otra perspectiva, se ha atribuido a «desviaciones izquierdistas» -en términos concretos a la acción voluntarista del ultrismo- una responsabilidad decisiva y directa en la consumación de la tragedia sufrida por nuestro pueblo. Los excesos de la ultraizquierda son reales, y por cierto, ocasionaron no poco daño al proceso. Pero nos parece una deducción simplista y unilateral sostener, que a no mediar las demasías verbales y conductuales de unos «cuantos extremistas», Chile habría transitado en forma pacífica, «en libertad y en democracia» al socialismo. En el ánimo de quienes magnifican el peso de estas desviaciones, parece pesar más el quehacer de algunas decenas de dirigentes ultristas, que el accionar coordinado de la ITT, la Anaconda, la CIA; un ejército prusiano; una burguesía expropiada; un latifundio desposeído; una pequeña burguesía aterrorizada por la inminente instauración de una «dictadura totalitaria»: y un Nixon dispuesto a hacer «aullar la economía»

Otros atribuyen una influencia decisiva, a lo que habría sido una incorrecta política económica.

Nos parece profundamente erróneo evaluar la experiencia económica de la up, fuera del contexto prefijado por la empresa revolucionaria en la cual estaba inscrita. En lo fundamental, es la crisis de trasformación del sistema, los efectos de una coyuntura internacional adversa, y el volumen de la colosal ofensiva externa e interna, orientada a «desestabilizar» la economía, la causa determinante de la crisis económica, generada en la última época del Gobierno Popular.

Otro punto de vista bastante divulgado es el que tiene relación con el ritmo presuntamente inadecuado del proceso. Éste se habría «apresurado» demasiado, inclinándose peligrosamente a la izquierda. El desenlace abrupto de la experiencia chilena no se habría producido, si el gobierno se hubiera dado una «pausa», trazando los tiempos razonables del programa revolucionario.

Tal afirmación cobra especial trascendencia, sobre todo, porque en torno suyo se desplegó —en el curso del proceso- un amplio y sostenido debate.

A nuestro juicio, influye en este enfoque una concepción mecanicista de la revolución, imaginada ésta como un simple dispositivo, sujeto a la voluntad de sus conductores y cuyo ritmo es posible acelerar o retardar al arbitrio. Quienes así piensan prescinden de los factores más sorprendentes del fenómeno revolucionario: la dinámica generada por éste; las tensiones que desata, la exaltación de una conciencia colectiva, en la cual afluyen la pasión, la voluntad y la imaginación de centenares de miles de seres humanos.

La «congelación» del proceso no era posible sin sacrificar la revolución. No habíamos alcanzado niveles que cuestionaran seriamente los fundamentos capitalistas de la sociedad, ni superado los problemas de su desarrollo dependiente, ni mucho menos, habíamos logrado una estructura aceptable de fuerza y poder.

La consecuencia práctica, visible e inmediata de una consolidación prematura, hubiera sido la desmovilización y frustración de la clase obrera. Las masas habían llegado a formular una exigencia revolucionaria más allá de la voluntad de sus direcciones. Entendemos era deber de nuestra dirección encauzar y orientar esa exigencia. Pero siendo ella legítima, la detención del proceso significaba traicionar sus aspiraciones y enajenar el apoyo entusiasta al gobierno. Y todo esto ¿a cambio de qué? ¿De pacificar a la pequeña burguesía? ¿De crear una situación de equilibrio hasta 1976 cuando debían celebrarse las próximas elecciones presidenciales? ¿En espera de un mejoramiento de la situación económica? ¿Acaso disuadir al imperialismo y a la burguesía lanzados desde antes de la ascensión de Allende en la pendiente conspirativa?

Detener la experiencia revolucionaria en un límite predeterminado, sólo tenía sentido y factibilidad en el marco de una estrategia diferente, perceptible por las masas, que nos hubiera dado tiempo para montar la defensa armada del proceso.

Tampoco la pausa resolvía el problema de la escisión del Estado y su consecuencial impotencia. Los segmentos de poder, repartidos entre la burguesía (Parlamento, Poder judicial, Contraloría y aparato represivo) y el movimiento revolucionario (Poder Ejecutivo) terminarían por neutralizarse mutuamente, precipitando al país al caos y al desorden, como efectivamente ocurrió.

No hubo soluciones a mitad de camino. La única respuesta era la de seguir avanzando hasta originar una situación irreversible. Sólo la ofensiva ininterrumpida de las fuerzas revolucionarias, en la consecución de una línea estratégica correcta, era capaz de quebrar la resistencia de la burguesía. El Partido Socialista así lo sostuvo reiteradamente en el curso del proceso. En el informe del Pleno de Algarrobo dijimos: «Lo más correcto es afirmar que éste es un proceso revolucionario que conduce a la toma del poder y abre paso al socialismo y que lo recorrido no nos permite consolidarlo, deteniéndolo en la marcha, sino profundizarlo. Desde un punto de vista político dicha profundización nos lleva a enfrentamientos cada vez más duros con la burguesía y el imperialismo.» «La agresión armada del imperialismo y la burguesía se dará necesariamente en gran escala comprometiéndose toda su fuerza militar, social, económica, política e ideológica en una aventura en que se juegan definitivamente la última carta para el control del poder.» 5

En la larga enunciación de los errores cometidos, incluso se ponderan con cierta espectacularidad algunas expresiones de deshonestidad administrativa y de sectarismo, vicios indudablemente existentes, pero en medida muy inferior a la imaginada. La infame y sistemática campaña del adversario contribuyó a fraguar aquellas imágenes. Finalmente, la crítica al gobierno hecha por su incapacidad para mantener el orden público y colocar en cintura los desmanes de la burguesía, ignora que ella era sólo el efecto de una causa más honda y extendida: la carencia de una autoridad real, de una fuerza efectiva. Finalmente, también se ha especulado sobre los efectos milagrosos que habría traído una significativa ayuda financiera de parte del campo socialista.

LA DESVIACIÓN PRINCIPAL.

A nuestro modo de ver, la simple enunciación de los errores cometidos dejan en la penumbra la causa verdadera, última y profunda de la derrota popular. Ésta sólo puede aislarse a partir de un factor no suficientemente destacado: el poderío del adversario y su determinación de poner término -al precio necesario- al proceso revolucionario que amenazaba incendiar el cono sur del continente.

Entendemos que este factor es consustancial a la revolución. Pero también lo es su ponderación correcta. En ella no se permite a la dirección revolucionaria la comisión de errores. La inmensa proyección de la experiencia iniciada, si no hubiéramos contado con evidencias concretas e inexcusables, bastaba para prever el grado de decisión del adversario. ¿Qué podía desalentar al imperialismo? ¿Quizá sí sólo la perspectiva de enfrentar un nuevo Vietnam? ¿Qué podía disuadir a la burguesía? Sólo la certeza de encontrarse frente a un proceso con voluntad de lucha y capacidad militar de defensa. La fuerza y poderío del enemigo era entonces un elemento de la realidad concreta, que reclamaba de los dirigentes populares una respuesta antelada y eficiente, tanto desde el punto de vista táctico, como estratégico.

Es un hecho cierto que EU evaluó correctamente y con la debida anticipación, cuál era el alcance y trascendencia, tanto para América, como para el mundo, de un eventual triunfo del movimiento popular chileno. La dirección revolucionaria, en cambio, con una visión parroquial de su propio quehacer, no dimensionó la proyección de su victoria. Sólo con posterioridad al golpe detectó la magnitud internacional de la experiencia liderizada.

A nuestro juicio, la derrota de la Unidad Popular no se debe a una suma de errores remediables, sino a la comisión de un error irremediable : la incapacidad de la dirección revolucionaria para construir la defensa militar del proceso, a contar del enfrentamiento inevitable, no por voluntad nuestra, sino por la decisión de sus adversarios. En otras palabras,. el problema cardinal, esto es, el problema del poder, no fue resuelto y no podía serlo, mientras se conservara una confianza ciega e irracional en la institucionalidad, que la propia burguesía había resuelto destruir.

¿Qué sentido tiene acumular sin orden ni ponderación lógica codos los errores cometidos? ¿Qué fenómeno revolucionario está libre de ellos? ¿Cuál proceso -victorioso o derrotado- no está preñado de demasías, excesos, omisiones y equivocaciones? Más allá de cierto masoquismo intelectual, quizá de un candoroso sentido expiatorio, aparece implícita -honesta o interesada- la pretensión de evadir la cuestión quemante, que está en el meollo de la experiencia chilena: ¿era o no viable, en el Chile de 1970-1973, el tránsito pacífico al socialismo «en pluralismo, libertad y democracia»?

Los errores señalados existieron. Los hubo en la F1irección de la economía. Las desviaciones ultristas ocasionaron no pocos perjuicios. Quizá si el ritmo del proceso fue exageradamente acelerado. Hubo serias manifestaciones de sectarismo. La política hacia los sectores medios pudo ser más efectiva.

Todos, de alguna manera influyeron en el desenlace. No los menospreciamos. Requerían de una atención más intensa y seria por parte de la dirección, y habría sido esencial superarlos para el éxito de la gran empresa revolucionaria. Pero aunque teóricamente los hubiéramos corregido o evitado, no se alteraba por ello el destino del proceso si persistíamos en dejar sin respuesta el problema estratégico fundamental: un proceso revolucionario sin armas, frente a un adversario que se había reservado el monopolio de las armas y a mayor abundamiento, controlaba el aparato burocrático militar del Estado. Es el caso de un enfermo de cáncer, cuyo estado se agrava con otras serias complicaciones conexas con el n.al principal. Éstas deben ser atendidas, ya que en su conjunto o separadamente pueden precipitar el deceso. Por lo que inevitablemente provocará la muerte, es el cáncer. Sólo su tratamiento oportuno puede evitar el desenlace fatal.

Naturalmente, el problema aparecerá, teórica y prácticamente superado, si trasferimos la responsabilidad del desastre a alguno de los muchos factores negativos presentes en el proceso. De este modo, siendo estos errores susceptibles de su coilegidor, la factibilidad de la «vía chilena al socialismo» permanece intocada e inmaculada como categoría teórica y práctica.

Es ésta una manera elegante e indolora de eludir la cuestión cardinal. Un problema complejo, de trascendencia medular para el movimiento revolucionario chileno y mundial, es reducido a términos de extrema simplicidad: sin

tecnócratas ineficaces, sin ultristas pequeñoburgueses y con dirigentes capaces de comprender la «potencialidad revolucionaria de la Democracia Cristiana» ; EU se habría limitado a observar paternalmente la experiencia, la burguesía candorosamente se hubiera dejado expropiar y las capas medias enfervorizadas habrían corrido tras el proletariado para ayudarle a destruir la sociedad capitalista.

Precisamos categóricamente nuestro pensamiento. En Chile de 1970, se pudo ganar el gobierno al amparo del sistema sociopolítico vigente, incluso cubrir determinadas etapas del proceso de trasformación, sin que aquél se resistiera. Pero lo que no era viable, lo que no era posible, era la mantención -sin fractura- de una línea político institucional hasta «iniciar la construcción del socialismo». En algún tramo del itinerario el enfrentamiento debía producirse -por exclusiva y explicable voluntad de las clases dominantes- y para ello el proceso tenía -obligatoriamente- que contar con una estructura defensiva militar.

¿Cómo ignorar esta perspectiva?

Para EU habíamos devenido en un problema extraordinariamente serio. El Gobierno Popular, surgido por una vía electoral, rebasaba sorpresivamente los límites de la concepción defensista de su sistema de seguridad; se anunciaba como un peligroso precedente, capaz de repercutir en Europa occidental, en Francia e Italia especialmente, afectando el núcleo de sus intereses hegemónicos. La experiencia chiena se incorpora a la temática de combate de los movimientos de izquierda de todo el mundo. En el plano de los intereses económicos, junto con nacionalizar el cobre y todas las riquezas básicas, le adosábamos una doctrina -la «doctrina Allende»- que cuestionaba la globalidad de las inversiones norteamericanas en el mundo.

Internamente, empezábamos a dinamitar el poder de la burguesía financiera, monopólica y terrateniente. Expropiábamos sus latifundios, interveníamos sus grandes empresas, tomábamos el control de los bancos y abríamos las compuertas de un proceso cuyo papel histórico -explícito y confeso- era nada menos que «traspasar el poder de una clase a otra» e «iniciar la construcción del socialismo», y como si esto no fuera suficiente, el proceso lo dirigían dos partidos marxistas-leninistas.

Dada la enorme magnitud de aquel proyecto, teníamos la obligación de concluir en el carácter insoslayable del enfrentamiento. Si las extraordinarias «especificidades nacionales», atribuidas al sistema político chileno, conducían a olvidar las leyes generales del tránsito del capitalismo al socialismo, la decisión del adversario, en cambio, nos obligaba a adecuar el proceso, en todos los planos, en particular el militar, a las nuevas exigencias.

Los acontecimientos del camino iban encendiendo las señales de alerta. Siete conatos subversivos se detectaron en el curso de los tres años de gobierno. Asesinan al general en jefe del Ejército y al edecán del presidente de la República; recurren al sabotaje, al terror, a la huelga criminal; intentan paralizar la producción; se promueve la especulación, el acaparamiento y el mercado negro. En los últimos tres meses anteriores al putsch fascista, se cometen veinticuatro actos terroristas diarios. Uno cada hora. Mientras tanto, el aparato represivo del Estado burgués, garante de la ley y del orden, miraba plácidamente el cielo.

La contrarrevolución administra la legalidad. Impunidad para la burguesía; severo y vociferante control para el movimiento popular. Cuando las fuerzas populares golpean: ¡ Pare la pelea! Cuando la burguesía ebria de odio, asesina y destruye: ¡Siga la pelea! Esta extraña situación, que desde el conjunto de la institucionalidad reservaba a la reacción la facultad de interpretar y romper la legalidad a su antojo, era la notificación clara, brutalmente clara, de la clausura para las fuerzas populares del desarrollo pacífico de la revolución. Lo que la burguesía nos anunció mil veces en su conducta cotidiana, era nada menos que su determinación de destruir las formas representativas del Estado burgués, para preservar su esencia capitalista.

Ante esta decisión, la única opción realmente correcta era la de prepararse para alterar -con éxito- las formas de lucha, en el instante oportuno. Esto significaba pura y simplemente armar la revolución, otorgarle defensa al proceso, renunciar a caer inermes ante el enemigo.

El 11 de septiembre puso al desnudo un hecho dramático- la revolución carecía de defensa. Frente a la burguesía armada, el proletariado y sus aliados no estaban aislados, pero sí estaban desarmados.

¿Por qué esta confianza supersticiosa en la solidez de las instituciones políticas chilenas? ¿Por qué se ignoraron las leyes generales de la revolución, aprendidas en el abecedario del marxismo-leninismo? ¿En qué se fundamentaba este apacible voluntarismo, este idealismo, esta ilusión?

La larga estabilidad social de Chile había «internalizado» el mito de un «país original», sin analogismos ni precedentes. Ciento sesenta años de evolución republicana, democrática y representativa; laa imagen optimista y presuntuosa de la democracia más antigua de América, excepción hecha de la de EU; el modo peculiar de absorber los conflictos sociales acuñados en medio siglo de regímenes oligárquicos, populistas y reformistas; todo confluía en un sentimiento generalizado -más que en una concepción elaborada- sobre una suerte de «exclusivismo nacional». Chile era la «Suiza de América», y sus instituciones se comparaban a las más venerables del viejo mundo. Era por excelencia un país civilizado, culto, que amaba la vida política, los juegos parlamentarios, las formas legales y la retórica democrática. Todo en él se daba con características singulares. Singular su democracia, singular su vía «inédita» de tránsito al socialismo, y qué terriblemente singular, «su tiranía».

Este mito impregnó hasta sus raíces la vida política de Chile. De él nace la desviación más decisiva del proceso, que atribuye ilimitadas potencialidades democráticas al sistema institucional y visualiza al conjunto de las Fuerzas Armadas, como un cuerpo esencialmente profesional y prescindente, y en tal calidad, erigido en garante del proceso en marcha. Se llegó a pensar que en Chile, «donde todo era posible», un ejército educado en un rígida disciplina prusiana y en las nuevas concepciones político-militares «antisubversivas» yanquis, podía convertirse en «guardia suiza» del proceso revolucionario. Y no sólo se renunció a desarmar a la burguesía, a desmantelar su aparato burocrático-

represivo, sino por ley, se le aseguró el monopolio exclusivo de las armas, entregándose a los uniformados el control de las pocas existentes fuera de la órbita castrense. Era ésta una nueva reiteración de fe en el mítico «ejército neutral», aséptico a la lucha de clases y ubicado por sobre ella.

En lo fundamental, esta desviación ignoró las lecciones porfiadas de la historia, escritas con la sangre de muchos pueblos. Las clases propietarias jamás se dejan desposeer sin recurrir a la violencia; no importa cuán legales sean los procedimientos empleados, ni democrático el proyecto que cuestiona su poder; que no existe una revolución desprovista de un poderoso fundamento de fuerza; y que una revolución proletaria, defendida por las armas de la burguesía, es una utopía inexcusable. Si esta desviación pudo alcanzar una expresión tan determinante, fue porque coincidía con una de las dos concepciones estratégicas.

Según esta línea estratégica, el proceso revolucionario se desarrollaría de manera pacífica, progresiva y gradual, a partir de una primera etapa, democrática y antimperialista, netamente diferenciada, a la que sucedería la etapa de transición al socialismo, sin necesidad de ruptura violenta del orden jurídico vigente. Sólo en esta segunda fase se abordaría el problema del poder.

Tal concepción, predominante en la conducción del gobierno y en la uP, terminó por expresarse explícitamente en los planteamientos formulados, después de las elecciones de marzo de 1973, por el secretario general del Pc, Luis Corvalán, en su informe al último Pleno de su partido. En ese informe, definía el objetivo último de «asegurar lo que hemos llamado más de alguna vez el desarrollo normal de los acontecimientos, con vista a generar en las elecciones presidenciales de 1976, un nuevo gobierno popular y revolucionario que continúe la obra que le ha correspondido iniciar al que ha encabezado el compañero Salvador Allende».

La segunda línea estratégica se identificaba con el contenido revolucionario definido en el Programa Básico. Impulsaba resueltamente las reformas antimonopólicas, antimperialistas y antilatifundistas, entendiendo que este solo hecho, exigía resolver en términos ineludibles el problema del poder. Así, la revolución se concebía como un proceso ininterrumpido, de carácter socialista, cuyas diferentes fases no se implementarían en etapas de distinto signo. En consecuencia, valorizando como un hecho extraordinariamente positivo la instalación de las fuerzas populares en el gobierno y las posibilidades de utilizar la institucionalidad vigente, entendía que el objetivo central era crear un poder real, un poder militar propio; y un poder social surgido «desde la base», que permitiría remplazar el Estado burgués por un nuevo Estado, afianzado en este poder revolucionario.

En la pretensión de eludir la causa definitiva y última de la derrrota se sostiene que «la situación geopolítica de Chile obligaba al movimiento dé la Unidad Popular avanzar obligatoriamente por el camino político institucional e impedir que se crearan los factores económicosociales que permitieran la ofensiva armada de sus adversarios».6

Creemos que la disposición de la reacción, tanto chilena como norteamericana, en orden a yugular la experiencia revolucionaria, no dependía de la «buena conducta» observada por las fuerzas trasformadoras ni del cuidado puesto en respetar «los márgenes admisibles» exigidos para ella. La moral política de la burguesía jamás ha requerido de «pretextos» para normar su comportamiento. Por el contrario, la historia de las luchas sociales está atiborrada de hechos subalternos y marginales, elevados a la categoría de pretextos y de monstruosas imposturas, exhibidas ante el mundo como justificativos políticos y morales de sus crímenes. La fascistización de la pequeña burguesía, como antes lo hemos señalado, no estaba determinada por la conducta callejera y altisonante de la ultraizquierda. Su causa íntima se encuentra en el peligro que amenaza su estatus cuando adquiere fuerza la insurgencia de los pueblos.

La oligarquía financiera y agraria de España, coludida con el fascismo alemán e italiano, no necesitó de pretextos para desencadenar la guerra civil. Inventó estos pretextos, al igual que en Chile: «el caos económico», «la anarquía social», la «conspiración del Pe español» y el «fraude electoral» de febrero de 1936. En Alemania, Hitler incendia el Reichstag y responsabiliza a los comunistas. En Irán, bajo distintos pretextos, la CIA ordena derrocar el régimen del primer ministro Mossadegh, por su pretensión de nacionalizar el petróleo: más de 60 oficiales fueron ejecutados, unos 600 encarcelados y otros miles fueron gradualmente licenciados. En Guatemala, la United Fruit financia un ejército mercenario para derrocar al presidente constitucional Jacobo Arbenz, a quien acusaban de «comunista» por haber expropiado los latifundios de la ... United Fruit. En Brasil, la burguesía derriba el gobierno de Goulart aduciendo como causa última una deliberante reunión de la marinería. En Indonesia, la CIA fabrica la leyenda: el Pe era un instrumento de China roja. Tenía un plan secreto para infiltrar y dividir a las fuerzas armadas, dar un golpe y eliminar físicamente a civiles y militares incluidos en una «misteriosa lista» Así se preparó la masacre de cientos de miles de ciudadanos. De manera que el tinglado montado en Chile ya había sido utilizado con anterioridad. El «Plan Z», en tanto farsa grosera y canallesca, en modo alguno era libreto inédito.

En Chile, veinticinco años antes, Gabriel González Videla había prefabricado un complot comunista, consistente en una serie de actos terroristas, para colocar dicho partido fuera de la ley, proscribir sus organizaciones y perseguir a sus militantes. Así cumplía la instrucción perentoria del Departamento de Estado norteamericano, impartida simultáneamente a los gobiernos de Italia, Francia y Bélgica. ¡Y en ese entonces no hubo «izquierdistas», dentro ni fuera del gobierno, que sirvieron de pretexto!

Pretender que el quehacer de la clase hegemónica está condicionado por el «mal comportamiento» de los sectores revolucionarios es -por cierto- acientífico. Siempre aducirá un motivo real o artificial, pero no será éste el que determina su conducta y preside su lógica. El pretexto nunca explicitado, el que establece la verdadera relación de causa y efecto, encuentra su explicación en la más vieja ley marxista de la historia: las burguesías jamás se dejarán expropiar pacíficamente. Éste será, en definitiva, el único y verdadero argumento. Lo anterior, repetimos, en modo alguno implica un afán de minimizar el daño ocasionado por el ultrismo. Lo hemos dicho. Sus torpezas alimentaron y justificaron la estrategia del adversario y facilitaron su cometido. Su conducta debió haber encontrado en la d rección revolucionaria una respuesta más resuelta. Pero de allí a trasformarlo en un «chivo expiatorio», que expurgue nuestras culpas hay una gran distancia.

Durante los dos años y diez meses de gobierno, la up tuvo a su alcance dos opciones que dependían de su propia voluntad y no de factores ajenos. No eran excluyentes y pensamos ambas debieron ser complementadas.

La primera, históricamente ineludible: haber elaborado una estrategia de poder -a partir de la previsión del inevitable agotamiento de la institucionalidad- capaz de generar una estructura militar defensiva del proceso. Esta tarea implicaba el desarrollo de una «política militar», que paralelamente a un esfuerzo específico al interior de las Fuerzas Armadas, construyera en el seno de las masas un poder disuasivo. Por lo demás, ésta habría sido la única posibilidad teórica de evitar el enfrentamiento. Dicho en otros términos: la vía pacífica al socialismo sólo era factible desde posiciones de fuerza. Resulta pertinente reiterar una conclusión expuesta en otros capítulos: si el proceso revolucionario hubiera contado con una organización armada, difícilmente habría sido derrotado. De tal magnitud era el espíritu combativo de las masas, su coraie, su conciencia revolucionaria y su decisión de lucha.

Mirado el problema retrospectivamente parece asaz absurdo. Pero el hecho cierto es que en el seno de la dirección revolucionaria, ni antes ni durante el gobierno, jamás se discutió una estrategia armada.

Y no porque se la considerara inviable. Simplemente fue desestimada a partir de la convicción, casi axiomática, de que la estabilidad política chilena haría posible el tránsito al socialismo «en pluralismo, libertad y democracia». No se discutió una estrategia de poder, porque aparecía implícita la idea de que ella se sustentaba en el sufragio universal. Peligrosamente se olvidaba a Marx: «El sufragio da el derecho a gobernar, pero no da el poder para gobernar.»

Inexplicablemente el problema de la vía armada se soslayaba en los mismos instantes en que el gobierno popular aparecía desnudo de autoridad efectiva. La burguesía actuaba con impunidad utilizando todas las formas de lucha, donde y cuando le daba la gana. El gobierno estaba indefenso, impotente, maniatado. No pudo responder a la ofensiva «militar» de la oposición, con una contraofensiva también militar, que impusiera de un modo definitivo su autoridad. Nos empecinamos en aferrarnos a una legalidad que la burguesía, hacía ya tiempo, había enviado al desván de los trastos inservibles.

La segunda opción que tuvo el movimiento popular, en la perspectiva de buscar una real legitimación a través de los mecanismos institucionales, fue la de convocar a un plebiscito, inmediatamente después de la elección municipal de abril de 1971, y aun en oportunidades posteriores, aunque en condiciones más desventajosas.

En aquella época, la coalición gubernamental se había remontado sobre el 50°Jo de los sufragios. El Partido Socialista planteó con insistencia la convocatoria a un plebiscito, entendiendo claramente que aquella coyuntura colocaba al movimiento popular ante la situación de conquistar nuevas posiciones institucionales, en la lucha por el control del aparato estatal.

Era la única posibilidad, desde el interior del aparato estatal, de ganar una nueva cuota de poder, de diseñar nuevas reglas de juego a tono con la correlación de fuerzas emergentes.

Esta iniciativa fue desestimada en el seno de la Unidad Popular, tanto por los sectores más moderados como por los «izquierdistas», sosteniéndose que «un proceso revolucionario no se juega en las urnas». La aseveración era correcta siempre y cuando existiera la posibilidad y la disposición de jugar su destino en el terreno deseado por el enemigo. En 1971, y hasta su extinción, el proceso no tuvo más alternativa que buscar una legitimación precaria en las urnas o una definitiva legitimación en las armas. Ambas conllevaban riesgo. Un riesgo insoslayable.

Puntualizamos nuestro pensamiento. No creemos que el plebiscito -supuesto el triunfo- fuera una especie de «pomada mágica». En sí no evitaba el enfrentamiento, pero posibilitaba una mejor adecuación del movimiento revolucionario, lo robustecía en todos los cluso en el militar, y le concedía un tiempo inestimable de preparación para la contingencia del choque.

Naturalmente no se agotaban en el plebiscito los márgenes de riesgo. Ganarlo podía significar incluso la precipitación del golpe. El sufragio universal no garantizaba la estabilidad del gobierno revolucionario. El 51% no basta ni bastó. Siempre existirán argumentos y «pretextos» justificativos, para ejercer la violencia armada en contra del pueblo; un supuesto «fraude electoral», algún infernal «Plan Z» o un providencial «conflicto fronterizo». Pero indudablemente, en tal eventualidad, las condiciones se hacían más difíciles para el adversario.

(1) «Se hizo entonces presente (en la reunión del `Comité de los 40' efectuada el 29 de septiembre de 1970) que probablemente no habría actuación militar a menos que se pudieran dirigir sobre Chile presiones económicas. Estas actuaciones del 'Comité de los 40', y el establecimiento de un grupo de trabajo interagencia para coordinar las actividades económicas encubiertas en contra de Chile, afectaron adversamente la economía chilena; siguió a ellas un pánico financiero importante. Sin embargo el esfuerzo norteamericano por generar una crisis económica, no tuvieron el efecto deseado en la votación del 24 de octubre ni estimularon una intervención militar para impedir que Allende asumiera el poder.» «Entre el 5 y el 20 de octubre de 1970, la CIA hizo 21 contactos en Chile con funcionarios claves militares y de Carabineros. A aquellos que se inclinaban por dar un golpe de Estado se les aseguró un fuerte apoyo de los más altos niveles norteamericanos, tanto antes como después del golpe.» (Del Informe Church.)

(2) A fines de 1972 la oposición contaba con 54 diarios y 98 radios y el gobierno sólo con 10 diarios y 36 radios. Es decir, la derecha controlaba el 64% de los medios de comunicación.

(3)»El más prominente de los grupos paramilitares derechistas era 'Patria y Libertad', que se formó después de la elección de Allende el 4 de septiembre, durante el llamado track II. La CIA entregó a 'Patria y Libertad', US $ 38 500 a través de una tercera persona durante el período track II, en un intento por crear tensión y un posible pretexto para la intervención militar. Después que Allende asumió la Presidencia, la CIA proveyó ocasionalmente al grupo con pequeñas cantidades a través de terceros...» - «Es posible que fondos de la CIA entregados a partidos políticos hayan llegado a 'Patria y Libertad' y un grupo similar, la brigada 'Rolando Matus' dados los estrechos lazos entre los partidos y estas organizaciones.» (Del Informe Church.)

(4) El proletariado chileno representaba en 1970, cerca de 650 000 obreros. Los campesinos sumaban no más de 600 000 personas, de las cuales, aproximadamente un 30% no estaban inscritas en los registros electorales. De todo ello se infiere que un sector mayoritario de la pequeña burguesía asalariada, de profesionales, de estudiantes, e incluso un segmento minoritario indudablemente de la pequeña burguesía no asalariado, dio su apoyo al Gobierno Popular. Esta afirmación fue corroborada por el CENOP (organismo de investigación de opinión pública integrado por socialistas y comunistas),el cual realizó encuestas en los días que precedieron a la elección de marzo de 1973, las cuales anticiparon con sólo errores de decimales los resultados. Estos sondeos atribuyeron al Ps y al Pc una representación de capas medias no inferior al 25% del electorado.

(5) Informe del CC al Pleno de Algarrobo, marzo de 1971.

(6) Joan E. Garcés, El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende, edición argentina, 1973.

14. TIRANIA FASCISTA

El asesinato de Allende es consecuencia de algo más profundo que el odio de la burguesía. La muerte del presidente de Chile no es sólo el simple ajuste de cuentas con el líder iconoclasta e irreverente que pretendió dar un uso abusivo a la institucionalidad liberal. Tras ella está la soberbia vindicación del poder de una clase dispuesta a destruir su propia creación jurídico-institucional, antes que perder sus privilegios. No es entonces una mera concesión literaria afirmar que el asesinato de Salvador Allende es un asesinato institucional. Los generales Pinochet y Palacios son apenas los ejecutores físicos de un crimen en el cual estaban coludidos -además del gobierno de Estados Unidos- el Congreso Nacional, el Poder judicial, la Contraloría General de la República, y los partidos políticos de la burguesía.

Crimen cuidadosamente elaborado. Durante tres años se tejió la trama que haría inevitable el des°nlace. La burguesía trasformó rápidamente el pánico inicial, en odio necesario, útil y activo, coordinando las alternativas de un pertinaz socavamiento institucional, con el caos económico y el terrorismo político.

El Parlamento y lós tribunales hacen dejación abierta de sus funciones, para prestarse a un juego irresponsable, que busca deliberadamente el quiebre de la institucionalidad. Ésta muere cuando las balas de los sicarios fascistas siegan la vida del presidente de Chile. Insisto. Hay en ello algo más que un símbolo. Allende, con su adhesión porfiada y consecuente a aquella vía al socialismo, imaginada en democracia, pluralismo y libertad, se identifica consustancialmente con las formas institucionales representativas. Él las expresa en la misma medida en que la burguesía anuncia su intención de ultimarlas. Por ello, aquel asesinato selló la muerte de la República democrática existente en Chile durante ciento sesenta años. Dos hechos elocuentes computan la ciega voluntad de la burguesía -incluida la reformista- en orden a sacrificar «su Estado de derecho»: el acatamiento servil de Frei -presidente del Senado- a la clausura del Congreso Nacional, y el simulacro espurio de legitimar formalmente el poder del tirano, en una ceremonia grotesca, donde el presidente de la Corte Suprema le coloca &a banda presidencial, terciada hasta ayer por el mandatario constitucional asesinado. (Eduardo Frei era presidente del Senado y en tal calidad, del Congreso, en el momento del golpe militar.)

Así la burguesía chilena, como harán otras cuando sea necesario, inmola las viejas formas de la democracia liberal con la objetiva y confesa pretensión de salvar su contenido capitalista.

UN BALANCE DEMOLEDOR

Hacer un balance desde la instauración de la tiranía en Chile es innecesario, por lo demás existe conciencia universal acerca de sus características y efectos. En el solo lapso de dos años Chile ha sido prácticamente demolido. Imposible imaginar una estrategia de destrucción capaz de producir resultados tan catastróficos.

En diciembre de 1972, Salvador Allende, con íntimo orgullo de patriota y revolucionario, hizo ante las Naciones Unidas la breve, hermosa y sugerente descripción de Chile que hemos citado en páginas anteriores.

De aquel Chile descrito por el Presidente asesinado, no queda hoy virtualmente nada. Ha sido desmantelado, piedra por piedra, institucional, material y culturalmente. La torpeza y la ignorancia fascista se combinaron con el odio y la avidez de una clase nunca satisfecha, para asolar la nación, como si sobre ella hubiera incursionado una gigantesca manada de elefantes furiosos, o hubiera pasado la «marabunta».

La faena devastadora aún no ha concluido, pero ya a esta altura pedemos hacer una afirmación responsable: reconstruir el Chile anterior a 1970 es una tarea que comprometerá el esfuerzo de varias generaciones de chilenos. De tal magnitud es la reversión brutal impuesta por los militares: la liquidación del progreso económico, intelectual y social del último medio siglo. Chile ha sido desarticulado estructuralmente; arrastrado a un grado de extrema postración económica; aventado su patrimonio intelectual y científico; sus instituciones demolidas; agudizada su dependencia y su población marcada con hierros indelebles de odio, desconfianza y resentimiento.

Se le ha colocado al borde de una «desaparición catastrófica». Desde luego, se ha esfumado la rectoría política, intelectual y cultural reconocida por América Latina. Como Portugal en Europa, hasta su reciente reincorporación al mundo civilizado, Chile corre el riesgo de ser marginado de la historia. La dirección fascista, antihistórica y antinacional, con toda la irracionalidad de su poder destructor, ha provocado una crisis de tal hondura en la sociedad chilena, que sólo podrá ser superada en un largo período histórico.

La torpeza central de los militares chilenos es haber fundado las perspectivas de desarrollo económico, en la iniciativa particular, en la empresa privada y en el monopolio trasnacional. Ignoran la historia de Chile. Nuestra burguesía demostró claramente en lo que va del siglo xx su definitiva ineficacia como clase conductora. Su presencia, relativamente reciente en la larga evolución nacional, muestra mayores habilidades como burguesía política y especulativa que como burguesía empresarial. Las magras tasas históricas de desarrollo así lo prueban. Chile era un país en que el 70% de la inversión nacional correspondía al Estado, y ello, por cierto, no se debía a un artificial intervencionismo de carácter socializante, sino a una exigencia histórica, planteada por la incapacidad de la burguesía nacional. El significativo desarrollo industrial del país se construyó casi exclusivamente sobre la base de una poderosa empresa estatal: la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). De aquel impulso se aprovechó la burguesía, durante cuarenta años, antes de decidirse a desmantelarlo.

La debilidad de nuestra burguesía reside en su carácter dependiente, y es lo que determina en esencia la inviabilidad del proyecto económico de la junta Militar.

Los efectos están a la vista. La estructura económica del país ha sido subastada, en el afán de aprovechar una situación coyuntural antes de la liquidación definitiva. El ingreso nacional cayó en más de un tercio. La deuda externa casi se ha duplicado. Las empresas estatales fueron privatizadas a precio vil. Se ofrece al capital extranjero la explotación inmisericorde de nuestros recursos naturales, en condiciones que comprometen no sólo el destino del

país, sino su dignidad de nación independiente. La urgente voluntad de acumulación condena a los trabajadores a un grado de explotación sin parangón, y un proceso creciente de miseria y hambre, afecta dramáticamente la salud fisiológica y mental de la clase obrera, el campesinado y el subproletariado marginal.

Un impacto potencialmente más demoledor todavía se está produciendo en el plano de la moral colectiva. Todo un gran empeño orientado a arrastrar a la población a un nivel de envilecimiento ético, que le impida discernir sobre la dimensión de la tragedia; sobre el sentido real de los acontecimientos nacionales e internacionales; y obligue en definitiva a aceptar -consciente o inconscientemente- el terror imperante, como alternativa fatal a un mal mayor, que pretende evitarse. Se trata de imponer al ciudadano una visión maniqueísta del mundo y de la historia, que lo lleve a rechazar a todo ser humano con una concepción diferente del hombre y de la sociedad.

La juventud chilena, con sus posibilidades educativas restringidas, bajo un modelo elitista, cuyo valor supremo es el éxito económico individual; sin canales de expresión de sus inquietudes intelectuales; sin participación en la vida sociopolítica del país; puede caer fácilmente en un escapismo, manifestado según lo reconoce la prensa oficial, en el alcoholismo, el consumo creciente de drogas, la prostitución, la delincuencia y el suicidio.

Medida en su proyección histórica, la guerra civil de 1891 -con toda su indiscutible trascendencia- parece insignificante en su magnitud social y política, al confrontarla con el efecto destructor del golpe de septiembre de 1973. Éste ha producido una incisión vertical y profunda en la continuidad histórica nacional.

Pretender entonces restablecer el sistema de vida democrático burgués no pasa de ser una ilusión ingenua. La burguesía lo sepultó premeditada y fríamente. La tarea de reconstruir el país devastado impone a las vanguardias revolucionarias la necesidad de elaborar un nuevo proyecto político y social, que recogiendo las virtudes históricas de la larga evolución política del país, deje a la vera del camino los mitos y falsedades del viejo sistema. Chile deberá ser repensado en sus instituciones, en sus hábitos, en sus esquemas políticos.

Nos parece, sin embargo, que no será posible implementar proyecto alguno sino a partir de una condición insoslayable: el castigo de los verdugos.

No es posible imaginar un nuevo destino en el cual transiten como si nada hubiera ocurrido las víctimas y los victimarios, los torturadores y los torturados, los asesinos y los hijos de los asesinados. La iniquidad alcanzó niveles irreversibles. No es éste un problema de venganza mezquina, ni siquiera un principio vindicativo de justicia. El dolor provocado alcanzó dimensiones tan profundas y extensas, ha sido tan hondo el quiebre que la sanción se trasforma en una exigencia violenta, sin la cual es imposible restaurar el equilibrio social, indispensable para todo intento reconstructor.

El terror nunca será olvidado. Los testigos de crueldades inenarrables se asomarán multitudinariamente en toda la geografía del país. Nadie podrá alegar ignorancia. Los jerarcas políticos de la burguesía que engendraron la pesadilla monstruosa, difícilmente podrán sostener como Gil Robles después de la guerra civil española: «¡ No era esto lo que yo quería para España!»

15. CONSIDERACIONES Y PROPOSICIONES ACERCA DE UNA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA EN CHILE

La derrota del movimiento popular en Chile abre una seria interrogante a las fuerzas revolucionarias de América Latina. Sea en la búsqueda de nuevas alternativas nacionales, sea en el esfuerzo por precisar los lineamientos de una estrategia continental, deberemos empezar por definir los rasgos fundamentales de la coyuntura internacional y sus efectos sobre la fragmentada realidad del continente.

Una de las omisiones más serias de la dirección derrotada, fue precisamente la ponderación incorrecta de tales efectos. Ausente una apreciación cabal de la situación internacional, se generalizó una tendencia a subestimar la capacidad de acción del imperialismo en la preservación de su dominio, y a sobrevalorar, coetáneamente, las posibilidades de contar con un apoyo decisivo de parte del campo socialista.

El modelo insurreccional puesto en práctica por EU en nuestro país, puso en evidencia el grado de decisión que le anima en la defensa del hemisferio. Las debilidades estructurales o simplemente de coyuntura del imperialismo; la valoración real y no meramente voluntarista del poderío de las fuerzas revolucionarias; el peso efectivo de sus vanguardias; una evaluación correcta de la estructura de clases y su dinámica; la gravitación y consistencia del bloque ideológico burgués imperialista; el nuevo papel asumido por las Fuerzas Armadas; y la influencia y orientación de la Iglesia católica en cada escenario nacional, son todos factores que deberán ser medidos cuidadosamente al despejar las opciones de las luchas futuras.

En la búsqueda de los nuevos caminos sobre los cuales transitara la revolución chilena, debemos pues esforzarnos por establecer los grandes parámetros del contexto internacional, los trazos fundamentales de la realidad continental, y por cierto, las características específicas del Chile demolido por la tiranía fascista. No será ya posible imaginar el acontecer chileno, al margen de la situación latinoamericana y de las tendencias globales dominantes en el mundo. Sólo a partir de esas implicancias, de su proyección decisiva en cada caso singular, podremos definir con éxito las alternativas futuras.

En esta perspectiva, pretendemos esclarecer en las páginas siguientes, algunos factores de la realidad internacional y continental, cuya adecuada valoración estimamos ineludible, en el intento de aportar al debate revolucionario, algunos lineamientos generales de la lucha por la democracia y el socialismo, en Chile y en América Latina. No es nuestro ánimo, por cierto, realizar una descripción exhaustiva de una temática tan extraordinariamente amplia. No es el objetivo de este c sayo. Tampoco nos sentimos en aptitud de hacerlo. Pero hay directrices y constantes cuyo bosquejo -aun general- nos permiten establecer algunas proposiciones básicas, que desbrocen el camino de las batallas venideras.

LA CRISIS MUNDIAL Y EL IMPERIALISMO

El término de la segunda guerra mundial inaugura un ciclo de crecimiento económico y social en el mundo capitalista. Éste se cierra en 1966 cuando la crisis económica aflora, nuevamente, como factor dominante del funcionamiento del sistema. El desempleo, la inseguridad, la pérdida de enormes capacidades productivas, la inflación, la anarquía, la criminalidad, el racismo, la inestabilidad política se revierten inquietamente en el escenario del mundo capitalista desarrollado.

En el curso de un ciclo expansivo de poco más de dos décadas, el capitalismo internacional alcanzó su más alto grado de integración bajo la hegemonía indisputada de EU de Norteamérica. El nuevo período de crisis general, iniciado en 1967, asume desde 1973 la forma de una depresión económica aguda, de la cual el capitalismo transitoriamente $e recupera, sin que en todo caso, llegue a superar la crisis general.

Esta crisis general se manifiesta en un debilitamiento considerable de la capacidad hegemónica de EU; en la desintegración coyuntural de las relaciones económicas internacionales, y en un renacimiento del proteccionismo y del nacionalismo burgués. En el plano económico, se expresa en una creciente hostilidad al libre movimiento de capitales, particularmente hacia las grandes corporaciones trasnacionales. Somos testigos de una pluripolarización de la vida internacional, acentuada con el surgimiento de un polo japonés y de un polo europeo, orientado este último, a conformar la unidad del continente a fin de negociar en condiciones más favorables con EU, e incluso con la URSS.

Sin embargo, las contradicciones interimperialistas, aunque perceptibles y polifacéticas, se desarrollan en un marco restringido, que impiden el cuestionamiento global de la hegemonía norteamericana. Se trata de antagonismos, cuya amplitud está determinada, en última instancia, por el poderío económico y militar de EU, y por la vigorosa y sólida presencia del campo socialista. De este modo, las contradicciones específicas dentro del mundo capitalista, no obstante su persistenciá, no desembocarán en rupturas abiertas, como aquellas que provocaron los conflictos bélicos de 1914 y 1939.

La polarización del mundo en dos bloques, alteró el carácter de las relaciones internacionales, a la vez que el de las contradicciones interimperialistas. La guerra global, como expediente para dirimir la supremacía disputada, es cada vez menos factible. EU no puede optar por la derrota militar de la Unión Soviética. Su política exterior -y éste es el lineamiento central señalado por el Departamento de Estado- debe elaborarse sobre una premisa básica: la Unión Soviética ha emergido como una potencia mundial, con un poder militar y económico, al menos equivalente, con la cual es inevitable convivir. Sobre esta realidad, EU se plantea como objetivo óptimo: «moderar a la URSS durante un largo período de la historia». Dicho en otras palabras, se trata de consolidar el statu quo actual, evitando se alteren los «equilibrios regionales». Este objetivo, claramente expuesto por Kissinger, supone de hecho, la formulación de una propuesta que lleva implícita la voluntad de preservar el esquema político vigente, tanto en Europa como en África, Asia y América Latina. De allí la advertencia, perentorialnente formulada, en orden a «no aceptar» que los partidos comunistas de Europa occidental accedan a los gobiernos de sus respectivos países.

Dentro de este panorama, tiende a ahondarse la crisis general del capitalismo, cuyas características no son meramente

cíclicas, como en épocas pasadas. La crisis actual, aunque de procesamiento lento, no parece encontrar caminos de retorno. Diversos factores históricos, no coyunturales, cuestionan la integridad del sistema. Los países del Tercer Mundo acentúan sus exigencias reivindicativas, económicas y políticas, mientras las luchas de los movimientos de liberación son planteadas en abierto conflicto con los intereses imperialistas, asumiendo-en forma cada vez más resuelta- un claro contenido socialista.

Los pueblos empiezan a adoptar medidas efectivas para preservar el dominio de sus riquezas naturales. Por primera vez, los países productores de materias primas se atreven a concertar acuerdos de precios y disponen de alguna capacidad política autónoma, como para hacerse escuchar en la escena internacional. Si bien es cierto que la reacción del imperialismo -particularmente del norteamericano- frente a esta nueva situación ha sido relativamente eficaz, no lo ha sido al punto de impedir, que la crisis general del capitalismo intensifique las pugnas internas en torno a precios, colocación de materias primas y disputa de mercados.

La llamada crisis energética, en cierto modo, expresa el resquebrajamiento del sistema imperialista de explotación y derroche de los hidrocarburos del mundo subdesarrollado.

Los países productores de materias primas han encontrado en la defensa de sus recursos naturales, un arma extraordinariamente efectiva para poner término a la rapacidad de las sociedades burguesas altamente industrializadas de Europa y Norteamérica. La constitución de organismos de coordinación, como OPEC y cIPEC, es la respuesta justa de los países atrasados a la secular y persistente explotación de que son víctimas. Organizaciones similares deberán cautelar en el futuro la protección de otras riquezas que conforman hasta hoy el patrimonio usurpado de las naciones del Tercer Mundo.

De otra parte, el mundo ha sido testigo en las últimas décadas del desarrollo de nuevas y cada vez más agresivas formas de dominación imperialista. Gigantescos monstruos industriales y financieros entrecruzan sus tentáculos para imponer un nuevo esquema de poder y explotación. Son los nuevos agentes de la potestad imperial: las corporaciones multinacionales. En torno a sus intereses se agita la vida económica y política de los pueblos sometidos. Su expansión incontrolada ha llegado a constituirse en una amenaza real para el desarrollo y aun la supervivencia de la sociedad contemporánea.

A no dudarlo, configuran la expresión de poder más compleja y formidable, en la historia de la humanidad. Sus patrimonios superan al de muchas naciones y su influencia se impone a los estados. Manipulan creencias y valores individuales, adecuan los niveles de consumo a los índices que artificialmente prestablecen y proyectan sus decisiones, sobre las estructuras políticas de los países sometidos.

Según John K. Galbraith -brillante crítico del pensamiento liberal clásico- no es ya la necesidad del consumidor la que determina el ritmo del proceso productivo. (J. K. Galbraith, El nuevo poder industrial.) La tendencia creciente se orienta a establecer el dominio irrestricto del productor. Estas inconmensurables estructuras económicas «fijan los precios y van acomodando cada vez más ampliamente al consumidor» a su oferta. Son las sociedades fabricantes de armamentos (y por cierto el Pentágono) «las que determinan en el público la creencia acerca de las necesidades de la defensa nacional y no al revés como generalmente se sostiene».

Los pueblos han tomado vertiginosa conciencia del papel decisivo jugado por las trasnacionales en la política agresiva del imperialismo y de su interferencia corruptora y sistemática en la vida de los pueblos. En este contexto se ha venido generalizando la resistencia internacional contra estos modernos agentes de dominación, creándose alrededor de su presencia nuevas condiciones para el desarrollo de un amplio frente de fuerzas antimperialistas.

Y es éste un factor que no debemos desestimar. Hay conciencia creciente sobre la necesidad de enfrentar ese poder colosal. Si el mundo no es capaz de concebir fórmulas que permitan controlarlo, terminará por aceptar, que un número reducido de consorcios manipulen invisiblemente las decisiones económicas y políticas del sistema internacional. Como lo expresara Salvador Allende, en diciembre de 1972, ante la Asamblea General de las NU, las grandes sociedades trasnacionales «significan un ataque frontal contra el Estado-nación y un peligro cada vez más fuerte para los países en desarrollo».

VICTORIAS DEL SOCIALISMO

La etapa histórica actual se caracteriza por el tránsito del capitalismo al socialismo en escala mundial. En propiedad, puede afirmarse que la historia comienza a escribirse en socialismo. Éste es el protagonista principal de la época, y al amparo de su fuerza, se han impuesto los principios de coexistencia pacífica entre regímenes sociales opuestos y la política de distensión, en las relaciones internacionales.

El avance del campo socialista no sólo se percibe en la esfera económica. Comienza también a consagrarse su superioridad militar. Aún más, hoy cuestiona la preminencia capitalista en el plano científico y tecnológico. El curso de la historia universal -en forma cada vez más notoria- es determinado, conjunta y alternativamente, por el desarrollo ininterrumpido de la comunidad socialista, por la lucha de los pueblos sometidos del Tercer y Cuarto Mundo, expresada en el movimiento de los no alienados, y por el ascenso del movimiento obrero, en numerosos países capitalistas.

Las formidables victorias de los pueblos de Vietnam, de Laos y Camboya; el debilitamiento creciente de la presencia imperial en el continente asiático; la consolidación definitiva de Cuba socialista en América; las derrotas fascistas en Portugal y Grecia; el reconocimiento del derecho legítimo de la Organización de Liberación Palestina como portavoz de las aspiraciones de su pueblo; la liberación y el establecimiento de gobiernos revolucionarios en Mozambique, Guinea-Bissau y Angola; los progresos irreversibles de los movimientos anticolonialistas en África; las múltiples manifestaciones de unidad antimperialista en los países no alineados; son los elementos más relevantes del repliegue del imperialismo en el escenario mundial.

Dialécticamente interrelacionado con el fortalecimiento del campo socialista, el fenómeno histórico de mayor trascendencia en lo que va del presente siglo, es el desmoronamiento definitivo del colonialismo. A partir del término de la segunda guerra mundial, se generaliza la lucha por la liberación de los pueblos coloniales, neocoloniales y dependientes. La India, el mundo árabe, la mayor parte del África negra, la inmensa mayoría de los países asiáticos, se incorporan al concierto de naciones libres, en un proceso continuo, que tiene un hito culminante y trascendente, en la victoria del pueblo vietnamita. Los movimientos de liberación nacional, agentes fundamentales de la lucha antimperialista, expresan no sólo la voluntad de alcanzar una identidad nacional, sino también -en los países neocoloniales y dependientes- la determinación de afirmar su plena autonomía económica y política. En esta perspectiva, esos movimientos se orientan a adoptar un contenido claramente socialista. La evolución política de África es elocuente. No menos de quince países africanos han optado -una vez ganada su independencia- por el socialismo, o bien, por una vía no capitalista de desarrollo.

En los últimos años, la correlación de fuerzas en el mundo colonial, semicolonial y dependiente se ha alterado drásticamente en perjuicio del imperialismo. Un papel de extraordinaria importancia corresponde en ello a los países no alineados, cuya gravitación en el manejo internacional es cada vez mayor.

El movimiento de los países no alineados surgió en los años tensos de la guerra fría, como una reacción de las naciones subdesarrolladas ante la división bloquista del mundo.(1) Desde entonces, hasta nuestros días, devino de una fuerza de acción que expresa el anhelo de los pueblos por una plena autonomía nacional y por el derecho a un desarrollo independiente, simultáneamente, con el esfuerzo coordinado por imponer una franca democratización de las relaciones internacionales. Con ese designio, los no alineados han venido implementando una acción efectiva en favor de la distensión mundial, y contra la naturaleza irracional de las actuales estructuras económicas internacionales. Desde este punto de vista, la no alineación representa hoy día, más que una tendencia histórico-social, una postura de equidistancia frente a las grandes potencias y un empeño por superar las barreras impuestas al pleno desarrollo de los pueblos.

No obstante converger en su seno, estados con sistemas extraordinariamente retrasados y feudales, junto a otros muy evolucionados, representan, en su conjunto, una poderosa corriente, incorporada en forma cada vez más resuelta e influyente, a la lucha antimperialista.

En el significativo avance de las fuerzas antimperialistas ha jugado un papel positivo la política de distensión internacional y de coexistencia pacífica entre estados de diferentes regímenes sociales. Ellas corresponden a una tendencia correcta y progresista de nuestra época y sería una insensatez plantear su caducidad.

Por cierto que la coexistencia es imaginada en términos diferentes por imperialistas y revolucionarios. EU aspira al congelamiento de la actual división del mundo entre capitalismo y socialismo. Interpreta la distensión, como forma de estabilizar los regímenes sociales en cada país y en los llamados «equilibrios regionales», a nivel mundial. Ésta es la concepción claramente formulada por el Departamento de Estado, a través de Kissinger y Sonnefeldt, hace apenas algunos meses: consolidación del statu quo, preservación au trance de los «equilibrios regionales», y «domesticación» de la Unión Soviética «durante un largo período de la historia».

Ésta es una pretensión acientífica. La coexistencia pacífica no supone la «alteración pactada» del desarrollo de la lucha de clases, ni el congelamiento social en un país determinado, a fin de evitar la ruptura de «los equilibrios regionales».

Esta concepción de la distensión no es compartida por los países socialistas. Las aprehensiones ‘izquierdistas», sobre una eventual distribución del mundo en zonas de influencia, han sido irrefutablemente desvirtuadas por la actitud solidaria y combatiente de la Unión Soviética en Cuba, Vietnam y Angola, y constituyen el mejor testimonio histórico de una conducta antimperialista resuelta y militante.

Además, la propuesta de Kissinger es históricamente inviable. Las ideas revolucionarias han adquirido dinámica propia y una extraordinaria fuerza; las contradicciones internas de cada sociedad no pueden detenerse a voluntad; los antagonismos cada vez más violentos entre el mundo subdesarrollado y las naciones altamente industrializadas, no admiten ser estratificados por decisión de ninguna potencia. El mundo transita hacia el socialismo y ello es irreversible; las luchas de liberación se homogenizan tras una perspectiva antimperialista; los pueblos que recién han conquistado su independencia, se definen por opciones no capitalistas de desarrollo; la lucha de clases en los países occidentales, lejos de estancarse, amenazan seriamente «los equilibrios regionales». En el contexto de la distensión, aquellas luchas se expresan en formas y niveles distintos, ofreciendo al proletariado iguales o mejores posibilidades para el éxito de sus combates.

Por ello, en nuestra opinión, apoyar la paz y la coexistencia pacífica es un imperativo que no admite vacilaciones, en el entendido de que tal política no implica la estratificación de la situación internacional y de las realidades nacionales. La tarea de los revolucionarios es precisamente estimular una dialéctica objetiva, que convierta la distensión en un instrumento de agudización de las contradicciones internas y de la dinámica revolucionaria en cada país.

Tomemos el caso de Angola. El constituye una comprobación magnífica de cómo el avance al socialismo se torna incontenible. Situaciones imprevistas, coyunturas no imaginadas, desenlaces sorpresivos, todo, en definitiva, viene en apoyo de la gran corriente histórica de nuestro siglo: el tránsito del capitalismo al socialismo.

En esta oportunidad, es cierto, una vez más la pequeña isla de Cuba volvió a jugar un papel estelar en la gran victoria independentista africana, y una vez más, EU fue burlado. Esta situación se desarrolló dentro de la política de distensión.

En la realidad específica de América Latina, el violento reflujo que las fuerzas revolucionarias enfrentan en la actualidad,

(1) Forzoso es reconocer que el Pacto de Varsovia se constituyó, en los hechor y cronológicamente, con posterioridad al Pacto de la OTAN y como una respuesta defensiva militar a las pretensiones agresivas de las grandes potencias imperialistas.

no es ajeno a la supervivencia continental de las prácticas y modalidades de la guerra fría. Un contexto internacional, que admita la diversidad de sistemas y que impida la pretensión imperialista en orden a bloquear los caminos del desarrollo y la liberación, lejos de obstruir, facilitaría la tarea de los pueblos latinoamericanos.

Desde una óptica profundamente equivocada, cual es la de suponer que la revolución ha desaparecido del horizonte de los países socialistas, algunos grupos revolucionarios latinoamericanos han expresado su permanente escepticismo frente a la política de distensión, al extremo de percibirla como un factor inhibitorio del empeño revolucionario. Ha influido en ello, una difundida tendencia a subestimar la lucha por la paz, explicable en un continente que no conoció los horrores de las dos últimas conflagraciones mundiales. Con todo, en nuestros días es absolutamente inimaginable un conflicto mundial, que no coloque a la humanidad entera al borde de su total desaparición. En la perspectiva de una catástrofe nuclear, el problema de la paz adquiere una dimensión desconocida, al poner en juego nada menos que la subsistencia del género humano. De aquí que todo esfuerzo orientado a preservar la paz, está plenamente justificado, más allá de cualquier voluntarismo.

En la ponderación de los avances sustanciales y sostenidos del socialismo, debemos pesar las nuevas condiciones y modalidades en las cuales se desenvuelven las relaciones internas de los estados del campo socialista.

Uno de los problemas más inquietantes para los combatientes antimperialistas de todo el mundo es el de la unidad de las fuerzas revolucionarias y progresistas. ¿Cómo lograr esa unidad? ¿Cómo hacer más efectivas las acciones conjuntas? ¿Cómo hacer más vigoroso el frente de los hombres que luchan por la paz?, constituyen hoy interrogantes básicas de esta problemática.

No obstante la reiteración de estos anhelos unitarios, afloran divergencias y se profundizan divisiones de insospechadas consecuencias.

Sería inútil soslayar el hecho, de que uno de los obstáculos al desarrollo de una política más efectiva contra el imperialismo, es la división del movimiento comunista mundial, cuya expresión más relevante es el conflicto entre dos estados socialistas: Unión Soviética y China. En forma cada vez más alarmante y peligrosa se revelan los perfiles de una honda disensión, con efectos paralizantes en la dinámica de la lucha de clases, en los movimientos de liberación, en el combate contra el imperialismo, y en el esfuerzo por la paz.

Los términos de la polémica superan en intensidad y virulencia, a aquellos en que se plantea la lucha antimperialista.

En nuestro concepto, los niveles de responsabilidad son diferentes. En el caso específico de China, nos preocupa constatar el erróneo pragmatismo que impregna toda su política exterior. Para los revolucionarios de cualquier rincón del mundo, su conducta en el plano de las relaciones internacionales resulta inexplicable, sobre todo, cuando sólo hasta ayer, China condenaba desde posiciones presuntamente «izquierdistas» la conducta soviética. Lo único coherente en esta política es la determinación clara del enemigo principal: la Unión Soviética. A esa definición se supedita toda la política china. Se sacrifican principios y se asumen posiciones groseramente reaccionarias, en función de una ofensiva encarnizada y persistente en contra de la Unión Soviética. Sólo a partir de esta precisión, adquiere alguna lógica -aunque no justificación- la sorprendente política china de los últimos años.

Estimula vínculos con las más agresivas expresiones del pensamiento reaccionario universal. Agasaja a Heath y Strauss; intenta reflotar el cadáver político de Nixon; defiende el mantenimiento de tropas imperialistas en Europa occidental y Japón; propugna el vigorizamiento de la OTAN y SEATO; y se ubica junto a las fuerzas más regresivas de la humanidad, en el intento por aplastar la independencia del joven Estado angolés. Chile es víctima también de esta nueva orientación, que lleva a China a mantener -violentando la conciencia de nuestro pueblo y de los pueblos libres del mundo- relaciones de estrecha colaboración con la junta fascista.(2)

La sola existencia de factores conflictivos con un país socialista, cualquiera que sean las causas que lo originan, no convalidará jamás un entendimiento con el imperialismo. Ninguna consideración circunstancial puede justificar tal deformación. Al respecto no resulta inútil recordar un hecho histórico. Cuando en los últimos años de la década del cuarenta, se produjo una ruptura entre la Unión Soviética y Yugoslavia, esta última mantuvo una política de principios. Los problemas -graves por cierto- que aquel conflicto creó a la nación yugoslava, no la arrastraron a cultivar la amistad del imperialismo. En medio de enormes dificultades, mantuvo inalterable el camino que con plena autonomía se había trazado, para construir el socialismo, ubicándose solidaria y combatiente, junto a los movimientos de liberación nacional y a las fuerzas progresistas del mundo; constituyéndose, además, en el principal impulsor del movimiento de países no alineados.

No obstante, entendemos que para la suerte de la revolución mundial no es suficiente la determinación de culpas. China es un país colosal, cuya gravitación en Asia y en el resto del mundo es demasiado importante. Abrigamos, por cierto, la esperanza de que una nueva dirección restablecerá el verdadero pensamiento revolucionario y marxista y los principios del internacionalismo proletario. Creemos que constituye una exigencia ineludible, abrir un camino de entendimiento, que delimite los términos de la confrontación histórica, entre socialismo y capitalismo. Una tarea nada fácil. La conquista del poder colocó a los partidos comunistas ante el desafío grandioso de construir una sociedad nueva y universal. Pero al mismo tiempo, los enfrentó a contradicciones no previstas en las obras de los grandes teóricos. Múltiples y nuevas contradicciones seguirán planteándose a los revolucionarios y a los constructores del socialismo, pero ellas deberán ser enfrentadas con valor intelectual, en la perspectiva de asegurar una acción resuelta, eficiente, y sobre todo unitaria, contra el imperialismo.

(2)En febrero de 1976, la República Popular China concedió un préstamo de US$ 100 millones al régimen de Pinochet. La mitad de este crédito fue en divisas convertibles y el resto en mercancías

No está en discusión -como en épocas anteriores- la existencia de un centro ideológico dirigente. El proceso revolucionario, en nuestros días, es el resultado de subproductos desiguales, que sin alterar la unidad del proceso, tranquean con autonomía creadora, consecuencia de la heterogeneidad misma de la vida.

Precisamente, esa autonomía imprime un sello positivo a las relaciones del campo socialista. La convicción de que cada revolución se construye teórica y prácticamente a sí misma, enriquece hoy el desarrollo de un auténtico internacionalismo proletario. El enraizamiento de la revolución en cada realidad singular, la indispensable conjugación de las leyes generales y particulares de la historia en cada escenario concreto, no supone en modo alguno una «estrechez nacionalista», sino por el contrario, el método y la fórmula para construir la real unidad de las fuerzas antimperialistas.

Para los socialistas chilenos, el fortalecimiento de esa unidad es un imperativo vital. Quienes atenten contra la integridad del frente antimperialista asumen una inmensa responsabilidad histórica. Por esto no aceptamos alinearnos dentro de ningún movimiento mundial. Creemos que ésta es una exigencia obsoleta, históricamente superada, que corresponde a una concepción mecanicista de la unidad. Para nosotros, ella se expresa en el requerimiento de coordinación, de honesta vinculación, de diálogo abierto y permanente, de intercambio mutuo de experiencias, y sobre todo, de una real solidaridad con los pueblos que luchan por su liberación.

En este contexto, apreciamos muy en especial el fortalecimiento de la comunidad socialista y el papel que ha desempeñado y sigue desempeñando la Unión Soviética. Entendemos que ella es el principal contrapeso al imperialismo y medimos en ese marco el empeño extraordinario del pueblo soviético para conformar un poderío militar equivalente o superior al de EU. Ese empeño y el apoyo solidario, activo y resuelto que ha prestado a las luchas de liberación en cada rincón de la tierra, le han significado al hombre soviético, la postergación de mejores niveles de vida y bienestar, cuya satisfacción -por lo demás- venía a legitimar la construcción del socialismo.

Por esto, no nos parece justa la crítica hecha por algunos a la Unión Soviética, y en general al campo socialista, por no haber prestado una ayuda más efectiva al proceso revolucionario chileno. Ayuda económica a largo plazo le fue otorgada en cantidad y condiciones extraordinariamente favorables. Pero Chile requería reponer, con dramática urgencia, los recursos a corto plazo, cancelados por los organismos internacionales y los bancos y proveedores norteamericanos. Ello, en ese instante y en la cuantía exigida, no era factible para la Unión Soviética. (3) En cambio, sí estuvo dispuesta a facilitar todo tipo de apoyo al gobierno revolucionario chileno. Si éste, concretamente, no requirió armas fue porque no estaba en condiciones de hacerlo.

De otra parte, debemos valorar el desarrollo de condiciones positivas para las fuerzas socialistas en algunos países del Occidente capitalista. Los partidos comunistas más poderosos de Europa han devenido en factores decisivos en la política interna de sus respectivos países. Su crecimiento hace posible el acceso a gobiernos de países, internacionalmente tan importantes, como Francia e Italia. El imperialismo no oculta su alarma y se ve obligado a anticipar amenazantes apercibimientos para tratar de impedir aquella eventualidad.

Tales avances no son ajenos al esfuerzo largo y perseverante de estos partidos por incorporar a la lucha por el socialismo a los más amplios sectores sociales. Indudablemente, éste ha sido un empeño exitoso, cuyas condicionantes plantean alternativas de innegables proyecciones futuras para el movimiento revolucionario mundial.

La conducta de partidos comunistas, como los de Italia, Francia, España, y otros de menor influencia en Europa, y el de Japón en Asia, ha estado determinada por concepciones de gran trascendencia, llamadas a abrir un vasto debate en el seno de las fuerzas revolucionarias.

Sobre la afirmación de una plena autonomía conceptual y política, que recusa la existencia de cualquier centro ideológico dirigente, y de «modelos para construir el socialismo», se plantean políticas independientes, enraizadas profundamente en cada realidad nacional. Éste es el socialismo «con los colores de Francia» de que habla Georges Marchais. «Los comunistas franceses e italianos se pronuncian: por la pluralidad de partidos políticos, por el derecho a la existencia y a la actividad de los partidos de oposición, por la posibilidad de la alternancia democrática de las mayorías y de las minorías.» (4)

Así la lucha por la libertad y la democracia, se identifica estratégicamente con la lucha por el socialismo. No corresponde, en consecuencia, como explícitamente se señala, «a una actitud de táctica coyuntural». El tránsito al socialismo será pacífico, a través del ejercicio de la democracia «hasta el fin» (jusque au bout), sometiéndose, en cada instancia y cualesquiera sean las circunstancias, a la decisión suprema del sufragio universal. Mientras el Pc francés desahucia expresamente la noción leninista, de la dictadura del proletariado, como incompatible con la vía y la sociedad imaginada, los partidos de España y Japón, establecen que: «la sociedad socialista que se prevé defenderá plenamente el régimen de pluralidad de partidos políticos, incluyendo la posibilidad de cambios de poder de acuerdo con el veredicto

(3) El autor presidió una delegación comercial chilena, que convino con el gobierno de la URSS créditos a largo plazo, para financiar diferentes proyectos de inversión, por una cuantía aproximada a los US $ 350 millones. Además, la Unión Soviética se avino a avalar un crédito contratado en la banca suiza, de entrega inmediata, por US $ 100 millones.
Además, la República Democrática Alemana concedió un crédito de uso inmediato, por US $ 25 millones y otro semejante, aunque de menor cuantía, se contrajo con Bulgaria.
También creemos necesario recordar la inmensa ayuda prestada por Cuba al pueblo de Chile, especialmente, cuando le «donó» 40,000 toneladas de azúcar, a pesar de sus gravísimos problemas económicos.

(4)Berlinguer, intervención pública el 3 de junio de 1976 en París, L ´ Humanité,4 de junio de 1976.

electoral, el respeto de los derechos humanos, las libertades de reunión, de palabra, de prensa, de asociación, y creencias, que incluye la propaganda religiosa, la autonomía de los sindicatos, el derecho de huelga, la plena libertad de la cultura y la ciencia».(5) Obviamente, tal sociedad es incompatible con «la existencia de una filosofía oficial del Estado y con medidas coercitivas estatales de tipo ideológico»(6). Finalmente, en cuanto a la vía, se explicita clara y terminantemente el rechazo a la idea de que «minorías activas, puedan por la violencia conseguir el triunfo de la revolución».

Al margen de la polémica abierta en torno a la legitimidad histórica y científica de estas posiciones, y sobre todo, de su traslado mecánico a otras latitudes, en concreto a América Latina, debemos tescatar para nuestra experiencia -nacional y continental- la validez de los factores que básicamente las han causado: el papel, cada vez mayor, desempeñado por las capas medias en la sociedad europea; y las nuevas condiciones en que se da la lucha, en los países altamente industrializados. Desde luego, nos parece saludable la búsqueda de caminos propios, que sin cuestionar las leyes generales de la historia, se construyen a partir de las especificidades objetivas de cada realidad concreta, y la intención de superar la reiteración consignista de viejos esquemas de análisis y elaboración.

En el balance, profundamente alentador, de los avances del socialismo, tampoco podemos ignorar ciertos cambios positivos, operados en el seno de la socialdemocracia europea. Los últimos años han visto diluirse -en términos generales- aquellas posiciones de beligerante agresividad, tanto frente al campo socialista, como en particular ante la Unión Soviética, y los partidos comunistas de cada país. Hoy se percibe una mayor amplitud en el plano de las relaciones estatales y en el ámbito de las relaciones políticas internas.

Esta orientación es mucho más clara en los países de la llamada «Comunidad Mediterránea». Los partidos socialistas de España, Italia y Francia, en la necesidad de convivir con partidos comunistas poderosos, se han abierto a un trabajo conjunto, tras proyectos políticos convergentes. Idéntica posición asume el Ps belga, políticamente asímilado a aquélla. En cambio, el Partido Socialista de Portugal, no obstante participar en la entente mediterránea, mantiene frente al partido de Cunhal una ostensible discrepancia.

En los primeros meses del presente año, se celebró en París la Conferencia de los Partidos Socialistas del Mediterráneo. Por primera vez en la historia de la socialdemocracia europea, un grupo de partidos expresan orgánicamente una voluntad disidente del resto, en orden a buscar una mayor área de convergencias, tanto frente a las cuestiones más candentes de la realidad internacional, como frente a las situaciones específicas, generadas en su propia vida política.

Esta reunión, de algún modo institucionaliza las divergencias crecientes de estos partidos con algunos de sus congéneres del norte de Europa. Debemos valorar esta situación como altamente positiva, en la perspectiva de nuestros propios problemas, sobre todo en instantes, cuando se advierte claramente la intención del Partido Social Demócrata de Alemania Federal, de homogeneizar a los partidos socialistas europeos, en torno a sus propias concepciones, que lamentablemente no son las más avanzadas.

En el último tiempo, la socialdemocracia alemana ha venido articulando una intensa ofensiva política e ideológica en los países del Tercer Mundo. Esta pretensión es especialmente notoria en África y América Latina. En nuestro continente está desarrollando una actividad creciente, orientada a coordinar la acción de los partidos políticos latinoamericanos, directa o indirectamente, vinculados a la II Internacional.

Esta presencia en la problemática de América Latina no puede sernos indiferente. La bandera de un pretendido «socialismo democrático», no constituye sino la reiteración de la alternativa política configurada por la propia socialdemocracia alemana en su país: consolidar el estatus capitalista, a partir de formas de vida democrática burguesas, con algunos elementos progresistas y socializantes.

Los intereses de EU y del Partido Social Demócrata de Alemania Federal, convergen en América Latina, en la voluntad de estabilizar el sistema capitalista dependiente, bajo la hegemonía de los grandes monopolios trasnacionales. Divergen en cambio en la metodología: EU prefiere afirmar la dependencia sobre dictaduras militares institucionalizadas; en tanto, la socialdemocracia alemana, intenta conseguirlo en un esquema de democracia representativa, apoyada en los pocos e importantes partidos de masas del continente, y en organizaciones -débiles hoy- cuyo fortalecimiento se empeña en estimular.

AMÉRICA LATINA: NUESTRO ESCENARIO

América Latina es una de las áreas geográficas y culturales más importantes del mundo. Ocupa una superficie dos y media veces superior a la de EU, dos veces superior a la de Europa y casi similar a la de la URSS. A fines del siglo xx su población superará los 500 millones de habitantes.

Su riqueza es incalculable: uranio, carbón, cobre, hierro, oro, plata, bauxita, petróleo, maderas, productos agropecuarios. Hasta ahora se ha utilizado una porción muy pequeña de esa fabulosa riqueza. En todo caso, suficiente para llenar las carteras ávidas de los inversionistas extranjeros y para apurar el dolor y la miseria de sus propios pueblos. En todas sus latitudes, el hombre harapiento y postergado camina todavía a pies desnudos sobre la fortuna a flor de tierra. Durante siglos, los galeones españoles y portugueses trasportaban el oro y la plata destinados a financiar la pompa de las monarquías europeas y de sus nacientes burguesías. Hoy no son necesarios barcos para trasferir los dividendos cosechados por los grandes consorcios imperialistas.

Inmensamente rica, América Latina es sin embargo un continente pordiosero. Esa paradoja la convierte en una fuerza nueva, vital y potencialmente explosiva.

(5) De la declaración conjunta de los partidos comunistas de Japón y España, 2 de abril de 1976.
(6) Idem.

La revolución anticolonial se agotó en la codicia de los herederos de la metrópoli. Las oligarquías criollas, con la bendición de la Iglesia y el respaldo de los ejércitos, asumieron el poder y preservaron intactas las estructuras feudales de la sociedad colonial. La independencia política se construirá en un continente fragmentado en veinte naciones. El imperialismo tendrá buen cuidado de mantenerlo «balkanizado», manipulando sus querellas intestinas y estimulando sus rivalidades externas, a fin de estrangular su desarrollo y asegurar el saqueo eficiente y compartimentado.

El poder de las viejas oligarquías, ensambladas más tarde con las burguesías emergentes y el dominio omnipresente del imperio, se afianza sobre una curiosa dualidad: la Iglesia y los militares. Así la historia de América Latina se escribe entre indulgencias y fusiles. Ambas instituciones constituyeron los pilares de la estructura de dominación, sosteniéndola y profitando de ella. La Iglesia durante más de un siglo convalidó el orden oligárquico. Los ejércitos son hasta ahora, en forma cada vez más resuelta, sus custodios y garantes.

La historia del continente es una historia turbulenta. La violencia selló y limitó su evolución política. El poder se ha dirimido -casi sin excepción- en el juego de las bayonetas más que en el recuento de los votos. Cuando el sufragio universal llegó a cuestionar los intereses del estatus imperialista y oligárquico, las armas se encargaron de restablecer la inmutabilidad del «orden natural». Los caudillos «bárbaros» del siglo pasado, los populistas de las primeras décadas de éste, y las más modernas e «ilustradas dictaduras institucionales», entretejen la gran constante de los uniformes. En 1975, los ejércitos controlan -directa o indirectamente- el gobierno de dieciocho naciones. Es decir, regimentan el destino de más de 200 millones de seres humanos. Lo que no obsta para que América Latina sea considerada parte integrante del «mundo libre».

En el contexto de la política imperialista, América Latina ocupa un papel esencial por su importancia estratégica, vital para EU. Para éste, es una inagotable despensa de materias primas, y ha pasado a convertirse en parte «inseparable» de la economía norteamericana. Sin embargo, la significación más trascendente para las ambiciones del imperialismo deviene de sus características geopolíticas. Las coordenadas latinoamericanas son hitos de referencia de una vasta zona operacional de carácter militar, en la cual se combina el quehacer de las bases y centros de adiestramiento norteamericanas, con las actividades de los ejércitos nacionales, cuya tarea primordial es la represión del «enemigo interno».

Desalojado parcialmente de sus posiciones en Asia, como consecuencia de las victorias vietnamitas, laosianas y camboyanas; deteriorada su influencia en Europa; con su prestigio menoscabado en África -en especial después de su derrota en Angola- y en el mundo árabe, EU se repliega sobre América Latina, intensificando su política de sometimiento y procurando evitar, con mayor rigor aún, todo asomo independentista. La experiencia de Chile es elocuente. Ella evidencia su resuelta voluntad de derrocar cualquier gobierno, mínimamente progresista y de alentar la instauración ‘de nuevas tiranías militares, concebidas como un modelo ad hoc, para exterminar los movimientos revolucionarios.

En el largo historial del saqueo imperialista, jamás potencia alguna alcanzó tal grado de omnipresencia. La dependencia económica y la agresiva articulación militar son tan graves, como su profunda penetración cultural, ideológica y política.

Si bien la crisis general del sistema obliga al imperialismo a colocarse a la defensiva en el plano continental -paradójicamente-, el repliegue se revierte en una aguda ofensiva contrarrevolucionaria, cuya orientación ideológica es impuesta por las empresas trasnacionales en la pretensión de mantener a toda costa su sistema opresivo.

Es esta presencia imperialista, múltiple, compleja, honda y agresiva, y la intención explícita de mantenerla a cualquier precio, la que determina las enormes dificultades de formular una estrategia revolucionaria viable. La actual coyuntura de repliegue no será breve. Mientras en África, políticamente más joven, casi una veintena de países han escogido una opción no capitalista de desarrollo, en América Latina, acusando la magnitud de su represión política, más del ochenta por ciento de sus habitantes viven bajo regímenes rabiosamente reaccionarios. Todo el inmenso potencial científico, militar, económico y tecnológico del imperialismo, se vuelca resueltamente para mantener esta situación. Todas las intrincadas variantes del poder: los ejércitos, las jerarquías religiosas, los instrumentos de la cultura, la educación, los medios de comunicaciones, los sofisticados mecanismos de inteligencia y represión, todo se entrecruza, en la maraña densa y espesa que aprisiona a nuestros pueblos. La lucha por la democracia y el socialismo deberá definir sus opciones, a partir de la ponderación exacta de esta realidad -la cual, por cierto, dista mucho de ser inamovible- y del conocimiento cabal del fenómeno de la dependencia en América Latina.

HISTORIA DE LA DEPENDENCIA

La actual estructura económica, social e institucional del continente es el resultado de la interacción de diferentes caracteres formativos generados en períodos distintos de la historia latinoamericana.

Durante todo el siglo pasado y hasta fines de la década del treinta de éste, dominaban en todo el continente las oligarquías mineras y terratenientes exportadoras de materias primas: mineras en Bolivia, agrario-minera en Chile, fundamentalmente agraria en Colombia y Centroamérica, vacuna en Argentina y Uruguay. El organigrama social estaba diseñado sobre un sistema bipolar: de un lado, una ínfima minoría oligárquica y del otro, una inmensa masa rural carente de toda expresión política.

En los últimos cuarenta años, en algunos países del continente, se inicia un intensivo esfuerzo industrializador. Especialmente, en México, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, emergen burguesías empresariales que marcan el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo latinoamericano.

El proceso de industrialización genera una estructura social más compleja y variada en la medida que trae aparejado el crecimiento de las ciudades, la ampliación del aparato estatal y el desenvolvimiento de nuevas actividades exportadoras. Irrumpe así una burguesía industrial, y junto a ella asoman las capas medias, cuya participación en el

proceso, condicionará el desarrollo sociopolítico de los países más importantes de América Latina.

Estas capas medias irán afirmando su influencia en la vida política y social de las últimas cuatro décadas, mediante alianzas, ora con la burguesía, ora con las grandes masas marginales del campo y la ciudad. Sin embargo, no son ellas las que asumen la dirección de las políticas nacionales. Su grado de enajenación cultural, sus aspiraciones a formas de vida y de consumo modernas y conspicuas, y el grado de penetración ideológica, las llevan invariablemente a trasferir ese liderazgo a las burguesías nacientes, las cuales imponen -al menos en los países antes mencionados- su propio proyecto de desarrollo.

Es interesante insistir en un fenómeno singular en la formación de la clase dirigente continental, al cual hemos hecho referencia tangencial en otras páginas de este ensayo. La burguesía industrial no nace en pugna, sino por el contrario, comprometida con las fracciones oligárquicas. Así, el desarrollo de la industria se produce en el seno del sistema oligárquico, y de hecho, la nueva clase empresarial, es un producto híbrido, entre la oligarquía terrateniente, minera o comercial exportadora, con la emergente burguesía industrial y financiera .(7) En esta forma, los intereses de ambas fracciones, sin perder su especificidad, en definitiva, se entrelazan y complementan, en un compromiso básico, sobre el cual se asienta el núcleo de dominación oligárquico-burgués-imperialista.

Hasta el término de la segunda guerra mundial, el desarrollo industrial evoluciona en términos relativamente independientes del imperialismo norteamericano. EU no había devenido aún en potencia hegemónica mundial, y la política hacia América Latina estaba influida por las compañías norteamericanas, interesadas exclusivamente en la producción de materias primas y productos primarios. Ello dejaba un margen de relativa independencia a la nueva burguesía industrial, empeñada en el desarrollo de industrias sustitutivas.

Este margen de autonomía, hizo pensar en la posibilidad de que la burguesía industrial jugara un papel propio y participara, consecuentemente, en el proceso de afirmación nacional antimperialista. Tal pensamiento, incorrecto a nuestro juicio, nacía de la ponderación igualmente incorrecta, del grado de autonomía atribuido al esfuerzo industrializador.

No tiene ni tuvo asidero histórico la formulación política, que concibió el proceso revolucionario dividido en dos etapas, en dos momentos históricos: uno, democrático burgués y otro socialista. Por lo demás, la experiencia histórica concreta, en todos los países de América Latina, ha demostrado, que todos los procesos, cuando fueron conducidos por la pequeña burguesía y se limitaron a cumplir tareas producto de un vago nacionalismo burgués antioligárquico, concluyeron en un rotundo fracaso.

En este período -1930-1950- nacen los grandes movimientos populistas lati aoamericanos. Son ellos expresiones político-sociales de la pequeña burguesía, y aparecen impulsados y dirigidos por ella, pero cuyo verdadero conductor, público o, subrepticio, fue invariablemente la burguesía emergente, que aunque comprometida en esencia con el imperialismo, era capaz de desplazarse todavía con cierta autonomía.

Esta característica, hace languidecer en la desilusión de las grandes masas traicionadas, las pretenciosas y encendidas formulaciones populistas. El «varguismo» brasileño; el «peronismo» en Argentina; el «battlismo» urguayo; el «aprismo» peruano; ADECO en Venezuela; el «ibañismo» en Chile, tienen todos el mismo e inalterable itinerario. La pequeña burguesía, principal dinamizador de estos movimientos, incapaz de formular su propio proyecto histórico, se inclina, en definitiva, por la inmutabilidad del estatus imperial. Líderes carismáticos como Vargas, Perón, Battle y Ordóñez, Haya de la Torre e incluso Paz Estenssoro; y las direcciones de los movimientos y partidos que logran una mayor consistencia orgánica y programática, como el PRI en México, ADECO en Venezuela, y el Partido de Liberación Nacional en Costa Rica, sintetizan -de acuerdo a sus particularidades nacionales el compromiso sobre el cual se constituye el sistema de dominación burgués -imperialista. Tanto el paternalismo -rasgo peculiar de las oligarquías tradicionales- como los arrestos modernizantes y reformistas de las burguesías emergentes, son alternativamente utilizados para movilizar a las grandes masas pauperizadas y marginadas en apoyo de un precario desarrollo capitalista dependiente.

En las naciones donde no existe una burguesía industrial, capaz de promover -en función de sus intereses objetivos-, la expansión de un capitalismo moderno, corresponde esta tarea a la pequeña burguesía.
Lo hace bajo coberturas seudoprogresistas y nacionalistas, que abandonan en cuanto accede al poder. Quizá el caso más elocuente sea el del aprismo en Perú, el cual logró -inicialmente- extraordinaria influencia, incluso más allá de sus fronteras. -En un comienzo reconoce inspiración socialista y alza resueltas banderas antimperialistas, pero termina por negarlas vergonzosamente, hasta devenir en nuestros días, en una simple alternativa reaccionaria al movimiento progresista, encabezado por los militares peruanos.

El mismo oscuro destino estuvo reservado a otros líderes y organizaciones, que en alguna instancia histórica encendieron el fervor popular y las esperanzas de las grandes masas explotadas de América Latina.

La participación de las clases medias en el proceso político se desenvuelve sin entrar en antagonismos con el imperialismo ni con las oligarquías, y tampoco llega a formular los lineamientos de un desarrollo capitalista autónomo. La sustitución de importaciones, elemento básico del esfuerzo industrializador, lejos de atenuar la dependencia, concluye por acentuarla.

Si bien las medidas proteccionistas favorecían a la empresa nacional, robustecían al mismo tiempo las vinculaciones externas, en la medida que se hacía necesario importar equipos, maquinaria y tecnología, y recurrir al financiamiento foráneo.

(7) «Entendemos por oligarquía el conjunto de sectores de la clase dominante vinculados directa e indirectamente a la actividad primaria exportadora y a los latifundistas que producen para el mercado interno o que detentan la propiedad de la tierra sin hacerla producir mayormente.» Vania Bambirra,
El capitalismo dependiente latinoamericano, México, Siglo XXI, 1974.

Desde otro ángulo, a partir del cese de la conflagración mundial y desde que EU consolida su función de centro hegemónico del sistema imperialista universal, empieza a evidenciarse un cambio sustancial en los términos de la dependencia. Cambio determinado por la gravitación creciente de grupos monopólicos, no interesados ya en la simple producción de materias primas para la exportación, sino en la elaboración de productos manufacturados, esto es, en el rubro más dinámico de la economía de los países dependientes. El nuevo mecanismo de dominación imperialista empieza por colocar bajo control a los sectores productivos industriales y promueve la monopolización y concentración de las economías, mediante la absorción de las empresas nacionales por los consorcios trasnacionales.

Esta alteración del sistema se expresa políticamente en el abandono franco y «realista», por parte de las clases dominantes, de los proyectos reformistas de desarrollo nacional autónomo, y en la subordinación absoluta -tanto en el plano económico como político y militar-, al núcleo hegemónico. En las últimas tres décadas se escribe la historia de la integración progresiva de las burguesías nacionales latinoamericanas al sistema imperialista mundial, de su sometimiento y claudicación como clase, y de la renuncia a sus iniciales aspiraciones independentistas y nacionales.

Pero también este período marca el ocaso definitivo del nacionalismo pequeño burgués. Las clases medias, sólidamente atrapadas por el bloque ideológico dominante, van desgastando paulatinamente el cuño antimperialista exhibido por los grandes movimientos sociales que encabezaran en los años treinta y siguientes. En Bolivia, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) se amanceba a la luz del día con la oligarquía proimperialista; mientras la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) hace lo propio en Perú. El Partido de Liberación Nacional de Costa Rica predica el «realismo» del sometimiento, a la par que el peronismo argentino, ideológica y orgánicamente fragmentado, trasfiere parte de sus capas más importantes a la defensa del estatus.

El fracaso del nacionalismo pequeñoburgués estaba determinado por su impotencia para ofrecer una opción realista y viable, a su formulación antimperialista. Nunca definió una alternativa real y tangible en aquellas naciones donde asumió el poder o tuvo influencia en el gobierno. Esta incapacidad frustró, en ciertos paises, las posibilidades autónomas del proletariado en ascenso, atrapados por él.

Concretamente, el MNR nace en 1941, estimulado por las heroicas y combativas luchas del proletariado minero, a las cuales era ideológicamente receptiva la pequeña burguesía boliviana. Pero tanto en su origen, como en su concepción primigenia, era un movimiento de carácter pequeñoburgués, aunque permeable en algunas etapas de su desarrollo, a las ideas revolucionarias y socialistas. A pesar del inmenso poderío alcanzado por el proletariado minero, de lograr el apoyo de importantes sectores del campesinado, de haber realizado profundas reformas estructurales y destruido el ejército, es su conducción mediatizada la que en definitiva rubrica su suerte y condiciona su fracaso histórico. No obstante, la revolución boliviana configuró la mayor y más seria experiencia revolucionaria de América Latina -exceptuando las de Cuba y Chile-, cuyas vivencias sacudieron el letargo de las grandes masas del continente. Ellas pusieron en evidencia -por primera vez en el hemisferio- que las grandes trasformaciones reclamadas por nuestros pueblos, para romper el cerco de la dependencia, la miseria y la incultura, sólo son posibles mediante la liquidación de las estructuras burguesas y su sustitución por estructuras socialistas.

Quizá si el rasgo más característico de la frustración de los proyectos reformistas y populistas sea la impotencia de la burguesía y su aliada, la pequeña burguesía, para enfrentar el problema de la tierra.

Pese a que su solución constituye una exigencia, sine qua non, del desarrollo capitalista, nunca pudo ser encarada en términos efectivos, por el peso del compromiso burgués oligárquico. Sólo México, bajo la conducción de Lázaro Cárdenas lleva adelante la Reforma Agraria hasta cuestionar el dominio de los terratenientes.

Definidos los términos de la dependencia y el papel que en el seno del sistema desempeñan las clases sociales latinoamericanas, podemos concluir, sin margen de error, cuál es el carácter de la revolución en el continente: ésta será socialista o no lo será. Tanto para los países avasallados por la dominación oligárquico-imperialista, como para aquéllos en que la burguesía industrial y financiera integra el esquema de dominación, el socialismo es la única alternativa viable de desarrollo. La única vía para la ruptura del sometimiento. Y no se trata de una mera declaración doctrinaria. Responde a un profundo imperativo histórico.

La batalla por la democracia, la lucha contra los monopolios y el imperialismo, el combate por la tierra, están indisolublemente vinculados a la lucha por el socialismo. No resulta ocioso recordar al amparo de la experiencia histórica que el único país donde se llevaron consecuentemente adelante tareas antioligárquicas, antimperialistas y democráticas, fue Cuba; y ello fue posible, exclusivamente, porque su vanguardia asumió la representación del interés histórico del proletariado. En un mismo proceso, ininterrumpido, fueron abordadas las tareas de la revolución antimperialista y democrática y las de la revolución socialista.

En términos generales, en los países del Tercer Mundo, los intereses históricos de los pueblos son incompatibles con una vía capitalista de desarrollo.

TENSIONES EXPLOSIVAS

A despecho de la debilidad ostensible de las condiciones subjetivas en América Latina, las condiciones objetivas de la revolución maduran y se desarrollan a ritmo vertiginoso.

Nuestro continente es un volcán, el estallido de cuyas tensiones será violento y doloroso. En ningún otro lugar del mundo se registran desniveles tan colosales y odiosos. Entre la miseria y la riqueza hay una brecha sideral que lejos de atenuarse se acentúa y continuará ahondándose en las décadas inmediatas. La diminuta cúspide de la pirámide social -que protege apenas al dos o tres por ciento de la población- recoge más del cincuenta por ciento del ingreso continental. Frente a la pequeña minoría de privilegiados, millones de seres humanos continúan vegetando en una atroz miseria, sin asomarse siquiera a la vida civilizada.

Lo increíble son los grados extremos de abandono y pobreza en un continente tan fabulosamente rico. Quizá Venezuela nos ofrezca la más nítida radiografía de esta contradicción tan absurda como inhumana.

En ningún otro continente la distribución del ingreso es tan brutalmente regresiva como en América Latina. Su burguesía goza de un estándar de vida superior al de la burguesía europea. El producto bruto equivale hoy al que tenía Europa capitalista en 1950. Su población, no obstante, vive en condiciones peores que las del continente africano.

La tasa de crecimiento vegetativo de la población es superior al 3%, la mayor del mundo. Su ritmo impetuoso podemos medirlo si tenemos presente que en 1920 había solamente 90 millones de latinoamericanos y en 1960, 211 millones. Es decir, en sólo 40 años la población creció en una y media veces. Si mantenemos la progresión, en 1980 la población será de 380 millones, y para fines de siglo, no inferior a 500 millones. Doscientos millones más de seres humanos reclamarán alimento, habitación, vestuario, educación, salud, consumo y trabajo, sin considerar que será necesario responder previamente a la exigencia formulada por el déficit actual.

Éste es sin duda el problema más dramático que nos plantea el «desarrollo del subdesarrollo». Únicamente mantener la situación actual, sin mejorar su magro nivel de subsistencia, requiere que una parte considerable del ingreso nacional se oriente a inversiones demográficas. La presión social, generada por el vertiginoso crecimiento de la población, impone a las clases dominantes desafíos que no están en condiciones de responder.

Hasta ahora, con ceguera increíble, se empeñan en colocarse sordinas al sordo rumor subterráneo, que asciende desde el trasfondo de las grandes masas explotadas, recurriendo a regímenes compulsivos, en definitiva, impotentes para contener el estallido final.

Otro rasgo inquietante de la realidad latinoamericana es la profundización creciente de los desniveles existentes entre población rural y urbana. Mientras el crecimiento urbano alcanza en las últimas décadas una tasa superior al 5% anual, la población rural permanece estacionaria. Este fenómeno parece inevitable si consideramos una singularidad latinoamericana. Una o dos ciudades importantes en cada país, concentran los beneficios de la modernización, mientras la periferia urbana y las zonas rurales monopolizan la miseria y la incultura.

Vinculado al factor antedicho, el otro elemento que aumenta la presión de la caldera, es el enorme atraso de la población agraria. En 1960, más de la mitad de los habitantes de América Latina vivían enel campo. En este sector, la ausencia de oportunidades sociales y económicas se expresa en forma más dramática. De esa inmensa población, la mayor parte la constituyen propietarios minifundistas. El resto son asalariados agrícolas sin tierra, que vegetan en condiciones de extremo atraso. Sin tierras, sin recursos económicos, ajenos a los beneficios sociales, el campesino latinoamericano es explotado dentro y fuera del sistema salarial. Vende barato su exigua cosecha y compra caro lo que le es imprescindible. Sin conciencia política ni organización, tradicionalmente se ha visto forzado a sostener el sistema político que lo expolia.

Basta la sola enunciación de los profundos males que laboran muy hondo en las entrañas de las repúblicas americanas, para imaginar la magnitud de la tragedia continental: escaso crecimiento del producto nacional bruto; inversión interna casi nula; altas tasas inflacionarias; redistribución regresiva del ingreso; desempleo masivo; términos de intercambio absolutamente desfavorables; exorbitante endeudamiento externo; concentración cada vez mayor del capital; gigantescas utilidades de los grandes consorcios trasnacionales; crecimiento demográfico superior al de los otros continentes; marginalidad creciente; pavorosos índices de salud, mortalidad infantil, desnutrición y analfabetismo; problemas habitacionales abrumadores; injusticia social; corrupción de las clases gobernantes; y por sobre todo este desolado panorama, como telón de fondo, dominando el terror, el crimen y la violencia reaccionaria, trasformada en institución continental.

Estos factores debemos proyectarlos con efecto acumulativo en las décadas venideras. Serán el combustible de la gran hoguera. El cuadro alucinante de un continente rico, con quinientos millones de seres humanos, en la miseria o al borde de ella, debiera ser suficiente para alertar el instinto de conservación de la ínfima minoría plutocrática, usufructuaria del poder.

No obstante, no hay respuesta en el contexto de la actual estructura social y política de dominación. Tanto los patrones de «crecimiento hacia afuera», como los esquemas de «crecimiento hacia adentro» (industrialización sustitutiva), no lograron resolver las cuestiones medulares de la realidad continental: la dependencia, la concentración y la marginalidad. Estas, lejos de atenuarse, se agudizan. Es ésta la exigencia que determina el destino irrevocable de la revolución latinoamericana. Las condiciones objetivas seguirán madurando, en espera de que se generen las condiciones subjetivas, hoy parcialmente ausentes. La interrogante la dejó planteada Allende hace casi cuatro años. Ante los representantes del mundo dibujó la colosal tragedia de un continente empobrecido artificialmente:

En América Latina, grandes ciudades que muchos admiran, ocultan el drama de cientos de miles de seres que viven en poblaciones marginales, producto de un pavoroso desempleo y subempleo: esconden las desigualdades profundas entre pequeños grupos de privilegiados y las grandes masas cuyos índices de nutrición y de salud no superan a los de Asia y de África, que casi no tienen acceso a la cultura... Ningún régimen, ningún gobierno ha sido capaz de resolver los grandes déficit de vivienda, trabajo, alimentación y salud. Por el contrario, éstos se acrecientan año a año con el aumento vegetativo de la población. De continuar esta situación ¿qué ocurrirá cuando seamos más de 600 millones de habitantes a fines de siglo? ... Es fácil comprender por qué nuestro continente registra una alta mortalidad infantil y un bajo promedio de vida, si se tiene presente que en él faltan 28 millones de viviendas, el 56% de su población está subalimentada, hay más de 100 millones de analfabetos y semianalfabetos, 13 millones de cesantes y más de 50 millones con trabajos ocasionales. Más de 20 millones de latinoamericanos no conocen la moneda, ni siquiera como medio de intercambio. (Discurso pronunciado el 4 de diciembre de 1972, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.)

CRISIS DE VANGUARDIAS

La ofensiva imperialista en el continente se intensifica en instantes que el movimiento obrero atraviesa por un período de franco reflujo, cuya manifestación más elocuente fue el aplastamiento del proceso liberador chileno.
Los años sesenta se inauguraron con la Revolución cubana y culminaron con su afianzamiento. Durante la década, la ola revolucionaria que amenazaba incendiar la pradera latinoamericana, se extinguió abruptamente, como una luz de bengala, tras la derrota de la lucha guerrillera, simbolizada por la muerte de Che Guevara, en Bolivia.

No siempre se ponderó correctamente, en las heroicas empresas de liberación, emprendidas en las diversas latitudes de América, las condiciones objetivas y subjetivas de cada país. En realidad, la lucha armada guerrillera cubana no había triunfado por obra del azar. Ella correspondía a una poderosa demanda de carácter nacional; estaba entroncada en el espíritu y ejemplo de los grandes combatientes de la independencia inconclusa; había sabido interpretar y expresar las exigencias más vitales de amplios sectores del país; estaba dotada de un indiscutido liderazgo; empleó una estrategia correcta y supo implementar en tácticas apropiadas esa estrategia justa.

También los últimos diez años han visto desfallecer las experiencias reformistas y frustrarse reiteradamente las soluciones frentepopulistas formuladas por algunos sectores de la izquierda. Sucesivos golpes militares han colocado a la mayor parte del continente bajo el imperio de dictaduras tan brutales, como resueltas a perpetuar la dependencia de sus pueblos. Tras la intensa reversión contrarrevolucionaria en Bolivia y Uruguay, el colapso de la experiencia chilena y el golpe militar en Argentina, solamente quedan en pie -manteniendo algunas tenues luces de esperanza- el modelo peruano y la afirmación antimperialista de Panamá.

Además, sorpresivamente, hemos visto emerger dos jóvenes estados, Jamaica y Guyana, alzando resueltas banderas antimperialistas y con posiciones extraordinariamente avanzadas, dado su particular contexto.

En este escenario, asume una trascendencia nunca antes imaginada, la solidez y eficiencia de la nueva estructura represiva. En ningún otro plano de las relaciones internacionales, la integración latinoamericana ha alcanzado tal grado de decisión y eficacia. Sobre nuestros pueblos opera hoy una virtual «internacional de la inteligencia». Los aparatos nacionales de seguridad han incorporado a su faena sangrienta, los más modernos adelantos científicos y tecnológicos. Las escuelas de «inteligencia» -norteamericanas y brasileras- gradúan profesionales de la tortura, alquilan asesoría y exportan tecnología. En el último tiempo han aflorado a la superficie numerosas manifestaciones de un profuso «intercambio regional». «Desaparecidos» en Chile, reaparecen en calidad de cadáveres en Argentina; detenidos en Argentina, continúan su itinerario de tortura, en las cárceles chilenas, uruguayas o bolivianas. De esta manera, las dictaduras latinoamericanas -bajo la docta tutela de la CIA- internacionalizan y homogenizan la represión. El continente se convierte así en una colosal prisión, custodiada por cancerberos, solidarios en el terror y en el crimen.

En el campo del movimiento revolucionario el cuadro, sin ser deplorable, no es alentador. Los partidos comunistas del continente -víctimas de la persecución despiadada de las dictaduras castrensesno logran un mayor desarrollo. La izquierda no comunista mantiene apenas una precaria existencia, mientras los sectores más radicalizados se desgastan en el vértigo de una fragmentación incesante.

Prácticamente, hoy en día, no hay en América Latina partidos obreros de real gravitación. Muchas de las vanguardias revolucionarias están quebradas, por la dispersión ideológica, por su debilidad orgánica y el peso de una sistemática represión. El desenlace del proceso revolucionario chileno y la derrota momentánea de la heroica empresa guerrillera, pusieron en evidencia el fracaso de dos concepciones incorrectas. Para hacer camino en el futuro habrá que recoger el saldo de esas experiencias, en los términos enunciados por Fidel Castro: «Con el pueblo sólo no se hace la revolución. ¡Hacen falta armas! Y con las armas sólo no se puede hacer la revolución. ¡Hace falta también el pueblo!»

La grande, prioritaria y urgente tarea planteada hoy al movimiento revolucionario latinoamericano es fortalecer donde las hay y construir donde no existen, poderosas organizaciones de masa, inspiradas en la ideología del proletariado, y movilizadas tras una estrategia revolucionaria, elaborada sobre la ponderación científica y minuciosa de las actuales condiciones del continente, y la singular realidad de cada país, y más allá de todo, sobre una irrenunciable voluntad unitaria.

La Declaración de los partidos comunistas reunidos en La Habana, en junio de 1975, constituye a nuestro juicio una excelente base de discusión para empezar a soldar el compromiso básico de todas las fuerzas progresistas, democráticas y antimperialistas del continente. La tarea no es sencilla. Imaginar una estrategia continental, supone un extraordinario esfuerzo por romper la tupida malla ideológica tendida por el imperialismo. El eje central de esta red, continúa siendo el anticomunismo, al igual que lo fue en los instantes estelares de la guerra fría. Los partidos pequeñoburgueses más importantes de América Latina, y sus líderes más connotados, continúan haciendo de aquél, la piedra de tope de sus políticas: ADECO, sectores peronistas, APRA, el Partido de Liberación Nacional, la Democracia Cristiana en Chile y Venezuela, han afincado su desarrollo y supervivencia en la práctica de un anticomunismo agresivo y militante.

Éste es un fenómeno que enfrenta a los partidos comunistas, y en general a las vanguardias revolucionarias, a un reto de extraordinaria complejidad. Los países de mayor desarrollo relativo de Latinoamérica, poseen hoy, una estructura de clases muy semejante a la de los países de Europa capitalista. En ellas, las pequeñas burguesías juegan un papel cada vez más decisivo. ¿Cómo ganarlas? ¿Cómo destruir sus irracionales fijaciones anticomunistas y antisoviéticas? ¿Cómo desvanecer las persistentes imágenes que identifican a EU, con «la democracia» y «el mundo libre»; y al socialismo, con «el totalitarismo» y «la opresión»? ¿Cómo internalizar en las capas medias la verdad proscrita de su «mundo de fantasías»?

Estas interrogantes imponen la necesidad de abordar científicamente la lucha ideológica. El anticomunismo es, en esencia, un producto prefabricado y manipulado por el poderío ideológico y publicitario de EU. La monstruosa campaña imperialista, por décadas volcada sobre las repúblicas latinoamericanas, se asienta sobre tres componentes esenciales: el apoyo entusiasta de las burguesías nativas; la Iglesia católica, que no obstante los significativos cambios operados

en su seno, continúa -al menos a nivel de su máxima jerarquía-considerando al marxismo «intrínsecamente perverso»; y finalmente, las Fuerzas Armadas, quienes ideológica y militarmente lo sindican como el «enemigo principal». Debemos reconocer, que también ha incidido en la amplitud del fenómeno las dificultades explicables de los partidos comunistas -Ibárbaramente perseguidos- para entregar una respuesta, que esté a la altura de la ofensiva burguesa imperialista, y para ofrecer a las masas latinoamericanas un proyecto social y político, capaz de atraerlas y movilizarlas.

Para enfrentar estas tareas existe una base humana y orgánicaa no desestimable. El crecimiento y pujanza del proletariado latinoamericano aumenta vertiginosamente; sus luchas en Bolivia, Argentina, Chile y Uruguay, entre otros países, es una elocuente demostración de ello; los grandes movimientos campesinos en demanda de tierra, no cesan, y día a día, la prensa informa sobre las crueles matanzas realizadas por las oligarquías represivas; la rebeldía y la combatividad de la juventud y los estudiantes, da testimonio de actos heroicos realizados en todas las latitudes del continente; la conciencia, el espíritu de lucha y el compromiso revolucionario de lo mejor de la intelectualidad latinoamericana, aumenta y se expande; una clara e irreversible toma de posiciones de los sectores más avanzados del clero católico y de las masas cristianas, aporta un aliado extraordinariamente importante; la decisión y madurez política de la mujer de nuestro continente, la incorpora en lugar preferente, a las luchas por la democracia y el socialismo; la presencia de fuerzas, y movimientos armados, combatiendo en numerosos lugares, confirman la heroica e irrenunciable voluntad de lucha; y por último, la incorporación cada vez mayor, de militares a la defensa de los auténticos intereses de los pueblos, de su verdadero honor y dignidad, abre perspectivas ciertas de victorias futuras.

Y por sobre ello, se proyecta como factor de enorme significación para el éxito de la empresa liberadora, el ejemplo, la influencia y el prestigio de la Revolución cubana. Cuba, pionera en las batallas por la emancipación continental, supo trasformar la lucha por la democracia, en la lucha más resuelta y decidida por el socialismo. La Revolución cubana, encabezada por Fidel, «buscó fuerza y aliento en las tradiciones patrióticas y democráticas de su pueblo, en la movilización más activa de las masas trabajadoras y en el análisis dialéctico de las situaciones políticas concretas».(8) El éxito de la guerra insurreccional contó con una importante base social, en la medida en que se fundamentó en una gran demanda de carácter nacional y democrática. Ello, a no dudarlo, permitió rebasar el sistema defensivo norteamericano, adiestrado hasta entonces en la mediatización de las grandes líderes populares. Más tarde, desarrolla las potencialidades del socialismo revolucionario, en medio del asedio asfixiante del imperialismo. En ese contexto debe medirse la empresa histórica, que alcanza hoy, su plena e irreversible consolidación. Existe en América Latina -alumbrando el porvenir de nuestros pueblos- una sociedad libre de tensiones sociales, igualitaria, cuyo pueblo se dinamiza en un proceso intenso de autoafirmación y autoconstrucción. La lección y la energía que ella expande, continuará inflamando los ámbitos revolucionarios del continente y más allá de todo, confirmando la imposibilidad de ser «desestabilizada» por el imperialismo.

Los trazos más nítidos y persistentes del perfil continental están determinados por la presencia de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia católica. Ambas instituciones aportaron históricamente su fuerza y su influencia para sostener el sistema de dominación, hasta constituir sus pilares fundamentales.

Una y otra han sido receptivas a las trasformaciones, operadas más allá de los claustros y cuarteles. Se han adecuado a la exigencia social, las más de las veces, para ahogarla, o al menos, mediatizar su contenido revolucionario. Sería un error ignorar -al amparo del viejo consignismo- la entidad y proyección de los cambios operados internamente a partir de los años sesenta, y la necesidad de trazar, a contar de ellos, los lineamientos de una política correcta, hasta nuestros días ausente en la estrategia revolucionaria.

EL GOBIERNO DE LOS EJÉRCITOS

Los militares son hoy el gobierno de América Latina. El 80o%o de la población está sometida a regímenes impuestos al amparo de las armas. No resulta exagerado afirmar, que la inmensa mayoría de la población continental, jamás ha conocido ni practicado los mecanismos del sufragio universal.

La presencia de los uniformados en el destino de nuestros pueblos no es un fenómeno de hoy. Ya en la Colonia, los militares eran el instrumento de poder de las metrópolis. Más tarde, en el trascurso de la vida republicana, continuarán arbitrando la vida política y social, primero como mandatarios de las oligarquías nativas, luego de las burguesías nacionales, y finalmente, como capataces del bloque de dominación, hegemonizado por las grandes empresas trasnacionales.

Hasta fines de los años cincuenta, el imperialismo asignó a los ejércitos el papel de custodios y garantes del orden administrado por las oligarquías plutocráticas criollas. El fracaso de las concepciones reformistas de la «Alianza para el Progreso», y la impotencia natural de las burguesías locales para generar estructuras políticas capaces de mantener el estatus, llevaron a los estrategas del imperio a ver en los ejércitos, la única fuerza organizada, disciplinada y homogénea, capaz de asumir directamente y sin mediación, el papel dirigente.

De aquí la violenta acentuación de su papel protagónico. Ninguna elaboración estratégica podrá en el futuro olvidar su presencia.

Quizá el efecto más importante de la política imperialista hacia América Latina sea haber impedido —al menos transitoriamentela función potencialmente «nasserista» y reformadora, que debieron y pudieron jugar los ejércitos en la vida continental. Ésta ha sido la consecuencia práctica de la «domesticación» de los estratos castrenses,, sometidos a la prédica constante de la ideología «antisubversiva» y de «la seguridad nacional».

(8) Del discurso pronunciado por Armando Hart Dávalos, miembro del Buró Político del Pc cubano, el 21 de octubre de 1974, en el acto de homenaje a Miguel Enríquez, secretario general del MIR, asesinado por el fascismo chileno.

Hasta mediados de los años sesenta, la intervención militar se mantenía en torno a caudillos uniformados -carismáticos, paternalistas y hasta antioligárquicos algunos- respaldados por el ejército. Pero tal intervención no reflejaba ni comprometía la presencia institucional de las Fuerzas Armadas en el quehacer nacional. El papel declarado de las que podríamos llamar «dictaduras populistas», fue mantener el statu quo, sin concesiones reformistas ni pretensiones desarrollistas, salvo el caso de Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil. Estas dictaduras se apoyaron en los militares, en los grupos financieros y monopólicos extranjeros y nacionales, en importantes sectores de la pequeña burguesía, y en el lumpen proletario.

La experiencia guerrillera enfrentó a las Fuerzas Armadas -al menos en algunos países- al estudio de los complejos problemas del desarrollo y a la capacitación de sus oficiales en materias económico-sociales. Los estudios de economía, planificación y sociología se incorporan a los programas de las academias militares en algunos países del continente. En Brasil, la preparación científica de los cuadros militares venía ensayándose desde 1949, cuando se creó la «Escuela Superior de Guerra» (ESG). Algunos años después, un instituto similar se fundó en Perú: el «Centro de Altos Estudios Militares» (CAEM), cuyas aulas visitaron esclarecidas personalidades de América. Este contacto con las disciplinas sociales, adquiere una mayor relevancia, a partir de la necesidad de enfrentar -en los años sesenta- la lucha «antisubversiva» en condiciones de mayor eficiencia.

El efecto práctico del contacto sistemático de algunas fuerzas armadas latinoamericanas con aquellas categorías del pensamiento humano que antes les eran extrañas, fue el desarrollo de una nueva concepción del papel que éstas debían jugar en el seno de la sociedad. Los militares asumen el poder institucionalmente. Son ellos los que sustituyen a los partidos de la burguesía, y toman el poder, atribuyéndose la plenitud de la «función civil», en la perspectiva de dar cima a un proyecto histórico nacional, en última instancia, orientado a preservar la explotación capitalista dependiente.

La participación institucional de los institutos armados hace exigible una fundamentación ideológica. Ésta venía plasmándose, desde hacía tiempo, en los centros de adiestramiento del Pentágono, con un nombre progresivamente reconocido y aceptado: «La Doctrina de la Seguridad Nacional».

Al terminar la segunda guerra mundial, en el año 1946, se creó en EU la National War College, tras el objetivo preciso de cautelar los lineamientos ideológicos básicos que sirvieran de salvaguardia de la seguridad nacional de Norteamérica.

Cuando en 1947, en plena guerra fría, Harry Truman requirió del Congreso norteamericano la aprobación de la ley de seguridad nacional, dio el primer paso -quizá sin pretenderlo- para la revisión de toda la teoría política que ha servido de fundamento a las sociedades liberales del mundo occidental capitalista. La creación del «Consejo Nacional de Seguridad» y de la CIA -inicialmente concebida como una agencia de informaciones secretas- se traducirá con el tiempo, en la concreción de un «nuevo poder», por cierto no pensado por los clásicos de la teoría política, ubicado por encima y más allá de los tres poderes tradicionales, y cuya existencia supone una innovación radical de la concepción burguesa del Estado. De hecho, ya que no de derecho, las instituciones fundadas por Truman alteraron el equilibrio de poderes establecido en la Constitución de EU, al asumir funciones privilegiadas, fuera de cualquier control, especialmente en lo que se refiere a los planos de la política internacional y de la defensa nacional.

El «nuevo poder» actúa abierta o clandestinamente, de acuerdo a un objetivo superior, que ligitima el uso y el abuso de sus acciones: la seguridad nacional. Esta concepción abstracta y vaga, rebasa los ámbitos territoriales de la nación norteamericana, y sirve de justificativo a todas las acciones -de cualquier tipo- destinadas a preservar la vasta red de intereses económicos, políticos y militares de EU. La amplitud de la seguridad, cuya protección se entrega a la «comunidad de inteligencia» está determinada por la ecuación: EU = sistema capitalista, = mundo libre, = civilización occidental y cristiana.

Los centros de adiestramiento del Pentágono difundieron las nuevas concepciones entre los oficiales de los ejércitos latinoamericanos. Éstos las harán madurar en el contexto de sus realidades específicas. Entre ellos, los militares brasileños, logran desarrollarlas en un más alto nivel de coherencia ideológica y consecuencia práctica. Al amparo de sus postulados, se aspira a construir un nuevo ordenamiento social, necesariamente dirigido por la élite militar, cuyos objetivos últimos serían: de una parte, la preservación del sistema de vida cristiano occidental; y de otra, la realización del destino singular, reservado a determinadas naciones.

Aquella doctrina se ha venido elaborando con ingredientes variados. Desde luego, ha buscado apoyo presuntamente científico, en la geopolítica. Si bien ésta nace entroncada con la ideología nacional socialista, y parecía sepultada con ella, con posterioridad al término de la segunda guerra mundial, empezó a ser reivindicada, principalmente por autores norteamericanos, llegándose a atribuirle un alcance científico y universal.

En su «época fascista» la geopolítica aparece identificada con la necesidad histórica de procurar un «espacio vital» a la Alemania hitleriana. Posteriormente . los estrategas del Pentágono superan esa concepción restringida, trasformándola en una justificación seudocientífica de la presunta división del mundo entre «Oriente Comunista» y «Occidente Democrático».

Este antagonismo, principal e insoslayable, determina un estado de guerra permanente y total; Buen que se da en cada instante y en todo lugar; compromete a todos !os hombres, lo entiendan o no y cualquiera sea su voluntad. Todos los ciudadanos, civiles o militares; al igual que todas las naciones, están involucrados en ella. América Latina forma parte del mundo cristiano occidental y tanto Sus pueblos como cada uno de sus habitantes son parte integrante -militar e ideológicamente- de ese mundo.

Ahora bien, la estrategia que reclama esta guerra total, se expresa en planos diferentes. En el ámbito económico, el desarrollo se concibe en función de fortalecer el poder nacional. La concepción exacerbada de la seguridad, legitima cualquier sacrificio exigido a los ciudadanos. Bienestar y seguridad pueden ser incompatibles. Fue el dilema planteado por Goering a Alemania, en la segunda guerra mundial: «mantequilla o cañones». Obviamente prevalecieron los cañones.

La misma contradicción y la misma respuesta es válida hoy. Si bien no se renuncia a la libertad y a la democracia, y por el contrario, éstas se mantienen como «objetivos nacionales» deseables, se posponen en función del fortalecimiento del poder nacional; de las exigencias que formula «la guerra toral»; y de la realización «del destino nacional».

En el plano social pasa a ser lícito manipular las ideas y los objetivos culturales en la perspectiva de ganar más poder nacional.

Desde este punto de vista, los criterios valorativos no se miden desde categorías éticas, sino en función de lo que es útil o no útil a la estrategia global. Poder nacional y seguridad nacional convergen en un valor absoluto, que no admite restricciones ni limitaciones de ningún tipo. La consecución de este valor es el desiderátum de toda actividad pública y privada.

En esta estrategia, esencialmente pragmática, la religión pasa a jugar un papel de extraordinaria importancia. El Occidente se identifica simbólicamente con dos concepciones primordiales: el cristianismo y la democracia. Toda la cultura occidental está impregnada del cristianismo y este es un factor de extraordinaria trascendencia para motivar el combate contra el marxismo. Basados en este orden de ideas, los regímenes de «seguridad nacional» buscan el apoyo de la Iglesia, en su ofensiva ideológica contra el comunismo. Por cierto, que no son propiamente los valores cristianos los que interesa preservar a la doctrina de la seguridad nacional. Se trata de que la Iglesia avale moralmente al Estado en su «santa cruzada», y se comprometa con la preservación del sistema capitalista monopólico dependiente.

Finalmente, una conclusión inevitable: sólo los militares están en condiciones de llevar a cabo esta tarea mesiánica. Frente a los políticos, desgastados en el juego corruptor de la democracia tradicional, sólo las Fuerzas Armadas tienen el poder y la voluntad, de regenerar y repensar la nación.

Éste es el arquetipo doctrinario en torno al cual las empresas multinacionales, el gobierno de EU y las burguesías monopólicas nativas, han planificado la «remodelación» continental. El test de suficiencia se ha rendido en Brasil. Allí, la «función civil» de las fuerzas armadas ha alcanzado los más altos niveles de eficiencia. El nuevo modelo económico rechaza el reformismo estructural, preconizado por la «Alianza para el Progreso», y centra el esfuerzo de la nación en la reproducción masiva y acelerada del gran capital, con prescindencia de cualquier costo social. La experiencia, impuesta en un país de magnitudes colosales, compatibiliza su vocación de gran potencia, con los particulares intereses de las multinacionales norteamericanas, alemanas y japonesas, en la configuración de un virtual «subimperialismo», que proyecta su resuelta voluntad expansionista, no sólo sobre América Latina y el Caribe (Guyana), sino también, sobre los países del África atlántica.

Brasil es un país continente. Posee inmensas riquezas naturales, una población de más de cien millones de habitantes y fronteras con todos los países de América del Sur, excepto Chile. El papel mediatizador asignado por el imperalismo, lo convierte virtualmente en el «guardián del orden» de su «patio trasero». Los militares brasileños han aceptado con entusiasmo esta función, situando a Brasil junto a EU, en esta guerra total y permanente en la que se juega el destino de «la civilización occidental democrática y cristiana».

Estas «nuevas verdades» alientan la conducta política de casi todos los ejércitos del continente. Tras el fracaso y desprestigio de las dictaduras oligárquicas tradicionales y de los regímenes democrático burgueses, el imperio ha encontrado en las Fuerzas Armadas, el instrumento más eficiente para articular el despojo y la dependencia. Al menos, el más depurado de riesgos.

Las concepciones seudoideológicas elaboradas por el Pentágono y perfeccionadas por los militares brasileños, a despecho de su primitivismo intelectual y científico, son lo suficientemente atractivas como para concitar la adhesión de sectores importantes del gobierno militar latincamericano. No se les llama a cubrir una emergencia coyuntural, ni a constituir un necesario paréntesis entre dos experiencias democráticas. Se los invita -nada menos- a realizar un destino histórico. Como diría Pinochet: «para ello no hay plazo, sólo hay metas». En ello incide la fuerza y la peligrosidad de esta suerte de papel mesiánico, vendido por los Ford, Kissinger y los grandes consorcios multinacionales, a las élites militares, transitorio gobierno en América del Sur.

Sería un error imperdonable, dimensionar la farsa ideológica montada por el imperialismo, a través de sus debilidades conceptuales, históricas y científicas. Su capacidad de penetración social está determinada por la voluntad de construir un nuevo modelo de articulación de la dependencia, cuya solidez descansa pura y simplemente en la fuerza.

Las concepciones desarrollistas de la «Alianza para el Progreso», en alguna medida, pretendieron ganar la adhesión y apoyo de nuestros pueblos. La nueva estrategia, en cambio, recoge el fracaso de la experiencia kennediana y opta por imponer, a sangre y fuego, el modelo que las empresas multinacionales han seleccionado como el más eficiente: superacumulación capitalista por la vía de la superexplotación del proletariado. Este modelo no admite concesiones por razones de costo social o político. La expoliación de los sectores laborales y la desnacionalización de los países, sólo puede conseguirse mediante una estructura militar represiva, tan despiadada como eficiente.

Todo este andamiaje seudodoctrinario, construido sobre principios anticientíficos y antihistóricos, se orienta, en definitiva, a asegurar la reproducción acelerada del capital. Está claro -para la publicidadque se trata de cautelar la existencia del «mundo libre», de los «valores democráticos» y la supervivencia de «la civilización occidental cristiana».

Es en torno a esta concepción, que EU y las burguesías monopólicas, intentan regimentar la vida del continente. Con este propósito : homogeneizar la estructura de dominación continental bajo el modelo brasileño, el imperialismo realiza una poderosa embestida en contra de los gobiernos de Perú y Panamá, con el objeto de rendir sus posiciones nacionales y progresistas.

Además, están siendo objeto de grandes presiones reaccionarias, los dos pequeños y jóvenes estados del Caribe,

Jamaica y Guyana, por sus políticas independientes y sus posiciones antimperialistas.

En este contexto, una política hacia las Fuerzas Armadas, ajena a todo consignismo, a partir de una comprensión cabal de la complejidad de la tarea, capaz de horadar el espeso tejido ideológico, que hoy aprisiona a los ejércitos latinoamericanos, es históricamente insoslayable.

LA IGLESIA CATóLICA Y LAS MASAS CRISTIANAS

Durante muchos años ha prevalecido una concepción equivocada. ciertamente estimulada por los sectores reaccionarios, que ha servido para mantener un hondo abismo entre las masas cristianas y los movimientos revolucionarios, a los cuales se ubicaba en posiciones antagónicas, y hasta irreconciliables, con las concepciones católicas. Sin embargo, la agudización de la explotación en nuestros países, así como la madurez creciente de la conciencia de los pueblos para identificar a los verdaderos responsables, son factores que han pesado resueltamente en la evolución de las distintas concepciones religiosas y filosóficas. A la luz de ellas, comenzó a madurar una progresiva convergencia entre los pensamientos cristiano y marxista, reflejada en el paulatino acercamiento de las masas cristianas con los movimientos populares de izquierda. Esta convergencia, de extraordinario valor para las luchas revolucionarias futuras, influyó indudablemente en los cambios verificados en la conducta de la iglesia frente al conflicto social.

Hasta principios de la década del sesenta subsistía la imagen de una Iglesia introvertida en sus preocupaciones teológico-pastorales, comprometida con el estatus y vinculada financieramente al capitalismo internacional.

Esta ubicación conservadora y hostil al cambio social tiene profundas raíces históricas. Durante la Conquista y la Colonia legitimó el exterminio indígena y avaló la rapiña de la metrópoli. Más tarde, los escasos curas que empuñaron las banderas independentistas fueron anatemizados y perseguidos. En el período de construcción de las nacientes repúblicas, se identificó tempranamente con los regímenes oligárquicos y santificó el terror de los caudillos bárbaros. Durante el presente siglo -con una presencia menos activa en la política continente- mantendrá sin embargo su alianza con las minorías plutocráticas.

No obstante, los últimos quince años son escenario de acontecimientos externos e institucionales que van desbrozando el camino hacia una inevitable toma de posiciones frente al drama social. En 1962 se celebra el Concilio Vaticano II bajo la dirección e inspiración del Papa Juan XXIII, y en 1968, en Medellín, Colombia, la Segunda Asamblea Episcopal de América Latina. Desde el mundo temporal, soplan las brisas renovadoras de la Revolución cubana, insurge la violencia revolucionaria a la cual se incorpora la rebeldía ejemplar de Camilo Torres, y los cristianos -en cuanto ciudadanosse ven enfrentados a opciones sociales y políticas, en esta oportunidad, con una nueva visión enraizada en el propio acontecer histórico.

Vaticano II cuestiona por primera vez las arraigadas y paralizantes concepciones sobre la acción temporal de la Iglesia. Para la teología preconciliar, ese campo no competía a la Iglesia, cuya misión exclusiva era la de evangelizar y predicar. Las perspectivas abiertas por el Concilio encuentran un campo fértil en la reunión de Medellín, donde se recoge como primicia, en América Latina, la concreción de un pensamiento cristiano progresista, si no revolucionario, que venía gestándose soterradamente en las bases del clero latinoamericano y en grupos aislados de seglares. En una actitud sin precedentes, los obispos del continente se asoman a la trágica realidad de nuestros pueblos y a los factores más relevantes de su retraso. «El pasado nos configura definitivamente como seres latinoamericanos; el presente nos pone en una coyuntura decisiva y el futuro nos exige una tarea creadora en el proceso de desarrollo.»(9) Agregan sentirse solidarios «con las responsabilidades que surgen de un continente aún bajo el signo trágico del subdesarrollo». Y recogiendo un concepto utilizado reiteradamente por la izquierda continental, en Medellín se denuncia «la violencia institucionalizada» impuesta por las estructuras del capitalismo, bajo superficiales coberturas legalistas y se habla de una «teología de la liberación».

Las conclusiones de aquella conferencia reflejan un fenómeno difundido en años anteriores y a su vez sirven de estímulo a otros por venir.

Un sector del clero joven venía trabajando activamente en los barrios marginales de las grandes urbes, en las zonas más pobres del campo, en las fábricas y en las organizaciones obreras, sobrepasando en su acción los marcos tradicionales de la caridad asistencial. En diversos países fueron vertebrados movimientos apostólicos, que al orientarse hacia una acción política abierta, se separan de la jerarquía. En 1962, nace en Brasil el movimiento «Agáo Popular», en base a estudiantes católicos que actúan junto a los comunistas en el frente universitario. En 1965, Camilo Torres impulsa con otros sacerdotes la creación del «Frente Unido», inmediatamente después de su ruptura con la jerarquía eclesiástica colombiana. En 1968, se crea en Chile el grupo «Iglesia joven» y más tarde «Cristianos para el socialismo». Bajo una inspiración decididamente renovadora, cristalizan movimientos sacerdotales como los del «Tercer Mundo» en Argentina, el cual se pronuncia en 1970, en favor de un «socialismo latinoamericano»; y ONis en Perú, quien asume una participación significativa en el proceso revolucionario nacional. En 1965, nace en Colombia el grupo «Golconda», autor en 1969 del llamado «Manifiesto Buenaventura», sin duda uno de los documentos más explícitos de compromiso revolucionario; preconiza «una sociedad de tipo socialista», y acoge como legítimas «las diversas formas de acción revolucionaria en contra del imperialismo».

No pretendemos recoger las conclusiones de Medellín, como materialización de un compromiso que supone el abandono definitivo de las seculares posiciones conservadoras de la Iglesia. No es de ninguna manera la consagración oficial de una nueva toma de posiciones. En rigor, fue la consecuencia de la eclosión de una minoría, impulsada por el nuevo espíritu que venía agitando al clero joven. El conjunto de la jerarquía latinoamericana se encargaría más tarde de retomar el «realismo», colocando «agua en el vino de Medellín». Pero indudablemente, la Conferencia Episcopal de 1968, señala un hito histórico al legitimar lo que hasta ayer era herejía. Su influencia fue decisiva en el desplazamiento de sectores cristianos hacia un franco y militante cuestionamiento del estatus.

(9) Conclusiones de la Segunda Conferencia Episcopal de América Latina, p.31

Medellín es una luz de razonable esperanza. En esencia, siguen pesando en las jerarquías latinoamericanas, aquellas tendencias conservadoras, vinculadas social y doctrinariamente a las clases dominantes. Ellas han venido mediatizando la fe, colocándola al servicio de las estructuras opresoras, e identificando los valores cristianos con los valores burgueses. Pero con intensidad aún mayor, gravitan en su seno, sectores reformistas de inspiración cristiana, quienes precisados a cuestionar formalmente la validez del sistema, se preocupan sólo de modernizar y humanizar el orden capitalista, pretendiendo enclaustrar en un mismo proceso a explotadores y explotados. Sin embargo, lo trascendente, es que todo ello, expresa en definitiva, una poderosa dinámica interna, opuesta a la concepción de una Iglesia monolítica, legitimadora del poder oligárquico imperialista.

Cualquiera sea el grado de influencia que tengan las nuevas corrientes progresistas y revolucionarias dentro de la Iglesia continental, lo importante es la proyección interna y externa del fenómeno gestado en su seno. En América Latina -la Iglesia- mantiene una gravitación en la conducción de las masas, superior a la de toda otra región del mundo. Che Guevara comprendió temprana y lúcidamente el significado de los cristianos en nuestro continente y el papel que deberían asumir en la lucha de liberación: «Cuando los cristianos se atrevan a dar un testimonio revolucionario la revolución latinoamericana será invencible.» Con la misma y profunda percepción, Salvador Allende diría a Regis Debray: «Hay un germen revolucionario en las masas católicas que es difícil imaginar. Eso tenemos que organizarlo. Eso tenemos que unificarlo.» (10)

De aquí la trascendencia para el movimiento revolucionario continental, que no sólo el clero humilde, sino dignatarios esclarecidos de la jerarquía eclesiástica, reclamen y asuman un papel combatiente en la batalla social. Son muchas las figuras que han ido perfilando una Iglesia distinta, identificada con la rebeldía de los pobres y con la construcción de una sociedad básicamente socialista. En Chile, alcanzó extraordinaria relevancia la figura del Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín, ex Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, cuyo pensamiento social y su aporte a la lucha por la reforma agraria, trascendieron las fronteras del país. En nuestros días, tienen resonancia universal -entre muchas otras- las personalidades de Helder Cámara, obispo de Recife, indoblegable en la denuncia cotidiana contra la dictadura brasileña; Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, promotor del movimiento cristiano por el socialismo; Leonidas Proaño, obispo de Riobamba, Ecuador. Ellos simbolizan el compromiso de las masas cristianas, cuya magnitud y profundidad tenemos el deber de valorar. Es nuestra obligación fortalecer la unidad del pueblo, de cristianos y marxistas, en el esfuerzo por erradicar la miseria y- la injusticia social. Esa unidad debemos buscarla y construirla, no sólo en función de una alianza táctica, útil para una coyuntura determinada, sino en la convergencia de un gran compromiso histórico y estratégico.

El imperialismo, ciertamente ha detectado el peligro que entraña el abandono por parte de la Iglesia de las que fueran sus centenarias posiciones conservadoras. Hasta mediados del 60, ello no constituía un factor de preocupación para EU. Por el contrario, su carácter intrínsecamente anticomunista, la identificaba como su aliado natural, cuya acción temporal, en todos los campos, jugaba un importante papel de contención del comunismo.

No obstante, los acontecimientos de la última década, han llevado a Washington a priorizar su atención sobre la Iglesia, y a endurecer su política frente a aquellos sectores percibidos como «radicales». No es ajeno a la preocupación imperialista el hecho que en los últimos años la represión también haya alcanzado a la Iglesia latinoamericana; sobre todo en los países del cono sur: sacerdotes asesinados en Brasil, Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia, religiosos encarcelados y expulsados de sus países, parroquias allanadas, medios de información censurados, actividades pastorales y educacionales restringidas. Se perfila así toda una estrategia imperialista, destinada a neutralizar las tendencias progresistas -y con mayor razón las revolucionariasde los sectores más avanzados del clero continental.

La atención que el imperialismo dispensa hoy a la Iglesia católica de América Latina, nos da en buena medida la magnitud del proceso gestado en su seno, y ante el cual las fuerzas revolucionarias no deben permanecer indiferentes.

Sería injusto terminar estas reflexiones omitiendo un juicio valorativo sobre la conducta de la Iglesia chilena en estos tres años de barbarie. Las manifestaciones reaccionarias -y positivamente anticristianas- de algunos miembros de la jerarquía, no cuestionan la actitud resuelta y humanista, asumida institucionalmente, en la protección de las víctimas y en la defensa de los derechos humanos y libertades individuales, bárbaramente conculcados. Debemos medir el hecho de que, por primera vez en la historia americana, la Iglesia católica -en su conjunto- se enfrenta a una dictadura y de hecho se ubica en una trinchera de resistencia frente a ella. El cardenal Raúl Silva Henríquez, primado de la Iglesia chilena, asumió desde un comienzo una posición condenatoria, de extraordinaria importancia para la lucha antifascista. Bajo su inspiración y dirección, la Iglesia de Chile ha implementado una intensa y sostenida actividad, desafiando la ira de los militares usurpadores. Obispos católicos han denunciado valerosamente los crímenes de la junta, y no pocos sacerdotes han arriesgado su libertad y su vida para escamotearle víctimas a los esbirros del régimen. Los templos han devenido en receptores de la angustia y el dolor de nuestro pueblo y en expresiones abiertas de protesta y rebeldía.

El movimiento popular debe justipreciar el papel extraordinariamente positivo que ha jugado la Iglesia chilena, como expresión de los cambios que se vienen operando en su seno.

Hemos intentado definir los rasgos fundamentales de la coyuntura internacional, y ello, no con un propósito meramente descriptivo. Como lo afirmamos al iniciar este capítulo, una de las más serias insuficiencias de la dirección revolucionaria derrotada en 1973, fue la virtual subvaloración de los efectos de la correlación de fuerzas internacionales, sobre las luchas continentales, y específicamente, sobre el proceso revolucionario chileno. La ausencia de un real dominio de la coyuntura mundial, limitó la capacidad de análisis y de previsión de aquella dirección.

Es ésta una omisión en que no debemos reincidir, si intentamos seriamente retomar el camino interrumpido por el

(10) Regis Debray, Conversaciones con Allende, México, Siglo XXI, 1971.

putsch fascista. No se puede elaborar una estrategia de liberación, sin «situar» la especificidad de cada lucha en el contexto diseñado por las «grandes fuerzas en pugna».

La actual coyuntura presenta rasgos que tienden a acentuarse en los años venideros: el avance socialista tiene un ritmo incontenible; del mismo modo, la profundización de la crisis capitalista, cuando más, podrá ser reducida por algún tiempo, prolongando el desenlace inevitable. Ambas tendencias convergen en América Latina -y no por obra del azar- en un período de reflujo del movimiento revolucionario, al cual es necesario adecuar los nuevos lineamientos tácticos y estratégicos.

Sobre esta realidad debemos repensar un camino para Chile.

UN CAMINO PARA CHILE

La derrota del movimiento popular, en septiembre de 1973, configura un hito inolvidable en la historia de Chile. De una parte, marca el término de una larga evolución social y política que concluyó en la fundación de la democracia burguesa más avanzada de América; y de otra, el fin de una etapa de ininterrumpido ascenso del movimiento obrero. Ello ocurre en una forma socialmente cataclísmica, expresada en el ejercicio más brutal de la violencia reaccionaria contra el pueblo, y en la constitución de la forma más extrema de dictadura burguesa: la fascista. De otra parte, la derrota inaugura una fase inédita, en la cual el objetivo histórico del proletariado -la conquista del poder- debe ser reformulado de acuerdo con las nuevas condiciones.

El planteamiento anterior no implica una simple descripción de los hechos o una tentativa puramente escolástica de periodización. Tiene el valor de una proposición básica para el análisis subsiguiente: el 11 de septiembre marca un quiebre histórico de la sociedad chilena. Tanto para la burguesía como para el movimiento revolucionario supone la ruptura definitiva del centenario marco institucional; la cancelación de las formas tradicionales de lucha política y económica; y el entierro del viejo estilo de «hacer política», que había singularizado el acontecer histórico nacional.

Para el movimiento obrero, el drama social de septiembre, implica no sólo enfrentar las duras condiciones impuestas por la dictadura, sino también asumir, desde nuevas perspectivas, el cumplimiento de su misión. Ello involucra, en esencia, tres tareas:
a) Reconocer científicamente el pasado con el fin de conservar y desarrollar todos sus aspectos positivos y superar las «insuficiencias históricas», más allá de los errores cometidos. Éstos son apreciaciones subjetivas equivocadas, ajenas a la realidad objetiva, siempre presentes en todo acto humano. Las insuficiencias históricas, en cambio, encarnan debilidades en el desarrollo ideológico y político de un proceso, cuya manifestación inmediata se refleja en una valoración sistemáticamente equivocada de lo real. Por ejemplo, fue una seria «insuficiencia» la valoración equivocada del papel histórico de las Fuerzas Armadas en Chile y de la política que tal papel exigía. Un error, en cambio, pretender ganarlas accediendo a sus demandas tradicionales y la intención voluntarista, de dividirlas horizontalmente.

b) Evaluar, objetiva y adecuadamente, la gravísima regresión estructural y superestructural, que significa en la sociedad chilena, la catástrofe social de septiembre de 1973.

c) Diseñar el camino al poder, es decir, definir una estrategia que recoja, tanto las experiencias del pasado -nuestras y de los demás pueblos- como los nuevos factores, sobrevinientes en la lucha, nacidos de la realidad creada por el fascismo.

Enfrentar crítica y autocríticamente estos aspectos fundamentales no es sólo un problema de voluntad. Es también un problema de capacidad, de rigor científico y de creación colectiva. Un partido sin la voluntad y capacidad de hacerlo devendrá en organismo viejo, anquilosado, inepto para conducir la lucha revolucionaria. El apego a dogmas y clisés, propagandísticos y doctrinarios, trasformará a sus difusores en entes anacrónicos, frente a una realidad que ha mutado radicalmente y que debe ser analizada y digerida con criterio nuevo y rejuvenecido. Quien tenga disposición y aptitud de avanzar por esta vía crítica y de reconstrucción revolucionaria, ganará la posibilidad y el derecho de ser vanguardia.

HACIA UNA POLÍTICA REVOLUCIONARIA DE MASAS

En esta convicción, hemos asumido el esfuerzo y la responsabilidad que animan este ensayo. Lo hemos concebido como el primer aporte de un dirigente socialista chileno, a un intenso debate, cuyas conclusiones deberán desbrozar los caminos transitoriamente obstruidos por la derrota y el reflujo revolucionario.

Hemos intentado esta tarea desde categorías de pensamiento y de análisis que son, por cierto, las de nuestro partido: el Partido Socialista de Chile. De allí que hayamos ensayado rescatar el papel histórico que jugó nuestra organización en los sucesos pasados, y el que -a despecho de sus insuficiencias y errores- está llamado a desempeñar en la construcción del futuro Chile socialista.

El Partido Socialista, con sus características peculiares -por cierta no todas positivas- demostró en el pasado capacidad para ser vanguardia. El proceso realizado entre 1970 y 1973, y los hechos que lo antecedieron, no son concebibles sin la existencia de nuestro partido, incluso sin la presencia vital de su militante más destacado: Salvador Allende. Su concepción de una alianza política y social amplia, hegemonizada por la clase obrera, hace posible la victoria de 1970. Son sus singularidades -como organización marxista-leninista- las que facilitan y hacen viable la constitución de un vasto frente, donde se compatibiliza el carácter revolucionario de su dirección, con la movilización de extensos sectores del espectro social. Ello no hubiera sido posible sin nuestra presencia. De hecho -hasta la fecha- no lo ha sido en ningún otro país del mundo.

Su vigencia como factor de convergencia no está cuestionada por la ofensiva fascista. Sin su participación activa, no es imaginable la lucha contra la dictadura ni la empresa que nos permitirá reencontrar el camino de la liberación.

En el desarrollo de este trabajo nos hemos esforzado —desde nuestras perspectivas partidarias- por desentrañar en el análisis revolucionario, las grandes lecciones capaces de hacer útil la derrota.

Creemos que la tarea de diseñar una estrategia de poder, a partir de las nuevas condiciones planteadas por el fascismo, impone a la vanguardia revolucionaria, además de una severa autocrítica acerca de sus graves insuficiencias, una convergencia sobre tres premisas fundamentales: el carácter socialista de la revolución chilena; la apertura de una etapa específica del proceso revolucionario, sellada brutalmente por la presencia de la dictadura fascista, y la convicción de que una vía pacífica al socialismo -al menos en las actuales condiciones históricas- es inviable en Chile.

Sobre ellas reiteramos afirmaciones va hechas. La revolución chilena tiene un carácter socialista. Al precisarlo, no formulamos un simple deseo o una consigna voluntarista, sino reafirmamos una conclusión originada en el análisis científico de nuestra sociedad. Tal carácter está irrevocablemente determinado por el desarrollo de un capitalismo dependiente, que amputó desde su inicio las posibilidades históricas de la burguesía, en cuanto a que ésta pudiere asumir el papel que teóricamente le correspondía en una eventual etapa democrático-bur,uesa. Es pues, la naturaleza dependiente del capitalismo chileno, y su desarrollo concentrador y excluyente, la que determina el carácter socialista de la revolución ; obligada a cumplir, de paso, las tareas antimperialistas, antimonopólicas y antilatifundistas.

En segundo término, afirmamos la existencia de una etapa específica en el desarrollo único del proceso revolucionario, signada por un reflujo profundo de las fuerzas populares y el cambio radical de las condiciones de lucha. Los objetivos que exige esta etapa son también específicos: en esencia, el derrocamiento de la dictadura y la destrucción de las estructuras militares, sociales y políticas, que la hicieron posible y la sostienen. Esta «especificidad» obliga a una concentración del quehacer revolucionario tras este propósito concreto e ineludible, y la amplitud de su accionar debe establecerse, a partir de las posibilidades reales y objetivas ofrecidas por una coyuntura tan dramáticamente adversa. No siempre hay una comprensión cabal de esta realidad inamovible.
Muchas veces hemos escuchado a revolucionarios plantear -con una arrogante dosis de voluntarismo- que la dictadura del proletariado es la alternativa lógica e histórica a la dictadura fascista. A partir de esta concepción se formulan programas maximalistas, que pretenden borrar, en una suerte de sonambulismo ideológico, la magnitud colosal de la derrota y la extrema debilidad de las condiciones subjetivas, sobre las cuales se inicia la lucha antifascista.

En la perspectiva de las exigencias que impone esta fase, debe tenerse muy claro, que el combate por las libertades democráticas, y los derechos de los trabajadores, no es contradictorio, y por el contrario, es concordante con la lucha por el socialismo. La Revolución cubana, sin ir más lejos, en el recuento histórico, nos entregó una contundente lección sobre la identidad dialéctica de ambas luchas. La movilización contra el batistato se implementó desde el primer momento en defensa de la Constitución de 1940. La lucha misma se encargó de rebasar aquel objetivo históricamente limitado. Al calor de ella, el pueblo cubano abrazó las ideas socialistas. Aquel programa mínimo, permitió a la guerrilla contar con una base de apoyo sólida y eficiente, y ello, porque los revolucionarios cubanos «supieron buscar aliento y fuerza en las tradiciones patrióticas y democráticas de su pueblo, en la movilización activa y permanente de las masas y en el análisis dialéctico de las situaciones políticas concretas».

Finalmente, entendemos que la experiencia chilena debiera haber despejado cualquier duda en relación al problema de la vía. Sabemos que la derrota misma no certifica -por principio- la inviabilidad de un tránsito pacífico al socialismo. Ello explica que esta cuestión se mantenga hasta nuestros días en el centro del debate ideológico.

A nuestro juicio, más allá de los efectos demostrativos del proceso clausurado en septiembre de 1973, la discusión parece tajantemente zanjada por el propio imperialismo. A esta altura nos parece insensato insistir en las posibilidades, aunque sean sólo teóricas -para Chile y América Latina-, de un camino carente de respaldo histórico en la experiencia revolucionaria mundial; aduciendo para ello, que en la interrupción sangrienta del proceso chileno, pesaron más los errores cometidos, que la inviabilidad de la vía ensayada.

La naturaleza de este problema ofrece algunas facetas inhibitorias.
El análisis frío y riguroso de la previsión de un camino al socialismo, está preñado de no pocas amenazas y peligros. La burguesía y el imperialismo, en la misma medida que legitiman la ominosa violencia fascista, se dan maña para trasformar en una suerte de herejía, la pretensión lógica de las víctimas de enfrentarla apelando a iguales métodos. Quienes concluyen en la inevitabilidad del uso de la violencia -por la voluntad resuelta y confesa de las minorías dominantes son exhibidos como peligrosos apologistas y corifeos «del violentismo» y del terror armado. En esta forma, la previsión del empleo de la violencia revolucionaria, que emerge de la inhumanidad del sistema y de la institucionalización del terror, es identificada con el afán íntimo y subjetivo de provocarla.

No nos sentimos tentados a dejarnos atrapar por este tipo de limitaciones. La derrota de la experiencia chilena -ésta es nuestra profunda e íntima convicción- es el precio, elevadísimo, de la renuencia a prever oportuna, correcta y estratégicamente, la inevitabilidad del uso de las armas en defensa de la revolución amenazada.

ALGUNAS IDEAS PARA LA FORMULACIÓN DE UN PROYECTO POLÍTICO

A partir de las condicionantes antes señaladas (carácter socialista de la revolución; existencia de una etapa específica, antifascista, y la precisión del problema estratégico de la vía), cualquier proyecto político, con pretensiones de éxito, deberá considerar estas insuficiencias históricas, puestas al desnudo por la derrota revolucionaria. Ellas dicen relación con: a] Una correcta ponderación de la correlación de fuerzas a nivel internacional, de su influencia en el continente y consecuencialmente en Chile; b] La comprensión científica de la consistencia y solidez del bloque ideológico burgués imperialista; y c] Una traducción correcta, a la realidad chilena y continental, de la teoría leninista del Estado.

En la superación de estas insuficiencias, encontraremos los elementos necesarios para establecer las líneas rectoras del proyecto histórico, en función del cual debemos encarar el futuro. La formidable exigencia nace de la constatación del peso y fuerza del bloque ideológico dominante, de una parte; y del poderío y eficiencia de las estructuras represivas

del Estado burgués, de otra. Lo anterior se traduce en dos parámetros esenciales, sobre los que debe construirse el quehacer futuro del movimiento revolucionario: uno, orientado al quiebre, o al menos la erosión, del sistema ideológico que aprisiona al conjunto de la sociedad; el otro, a la ruptura del aparato burocrático-militar, sobre el que se asienta el poder monopólico-imperialista.

Ambas directrices suponen la concepción de una lucha prolongada, de largo aliento, con el necesario sacrificio de las impaciencias revolucionarias.

EL BLOQUE IDEOLÓGICO, LAS CAPAS MEDIAS Y LA POLÍTICA DE ALIANZAS

Al consignar los obstáculos enfrentados por el gobierno de la UP, nos hemos referido con especial latitud al problema de las capas medias, tratando de desentrañar las grandes pautas de su comportamiento y prestablecer las condiciones, hipotéticas, en que pudieran acceder a un proyecto de trasformaciones revolucionarias de la sociedad.

Concluimos, que más allá de los errores cometidos en la búsqueda de un entendimiento básico con la pequeña burguesía, lo que en esencia determinó su agresiva hostilidad al proceso, fue el peso, fuerza y consistencia de sus ideas burguesas.

La experiencia chilena coloca el problema de las capas medias, en el primer rango de la temática revolucionaria, no obstante haber sido una cuestión ampliamente debatida —desde hace ya tiempo en los medios progresistas europeos.

Pensamos sea éste uno de los problemas contemporáneos más complejos de resolver, y no nos parece posible encarar las tareas que impone la revolución latinoamericana, sin un estudio profundo, cuidadoso y científico de la conducta de estas capas -y de las capas de estas capas- al menos, en países como el nuestro, de mayor desarrollo relativo.

Si trabajamos cualquier estadística, sobre las variaciones experimentadas por la estructura de clases en América Latina, comprobaremos una tendencia acusada al incremento de los estratos medios, a la reducción de los sectores agrarios y a un crecimiento, proporcionalmente menor, del proletariado. En Chile, por ejemplo, la pequeña burguesía duplica a la clase obrera propiamente tal.

Diversos factores han influido en este fenómeno. Al amparo del crecimiento urbano acelerado fue generándose una extensa economía de servicios, trasformada posteriormente en una de las principales fuentes de desocupación disfrazada. Paralelamente, se incrementó en forma considerable el sector técnico-profesional, mientras la expansión de las funciones del Estado fortalecía una frondosa burocracia pública.

La industrialización y el progreso científico-técnico, en países como México, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile -hoy debemos incluir. a Venezuela y Colombia- provocó importantes cambios sociales y económicos, que alteraron la composición social del proletariado, al exigir un aumento en sus niveles de calificación. Así, un sector no desestimable del proletariado industrial, al recalificarse, se ubicó en una situación social semejante a la de los técnicos. Amparado por poderosas organizaciones sindicales, este estrato advino a esquemas remunerativos y sociales privilegiados, originándose de este modo la denominada «aristocracia obrera», cuyos patrones de vida y comportamiento político se identifican con los de las clases medias. Orientada por una fuerte tendencia economicista y antideologizante, su influencia conservadora, ha pesado decisivamente en el movimiento obrero organizado de América Latina.

Frente a los sectores medios, en continua expansión y con peso específico propio en el plano político y social, las clases dominantes han prodigado un sostenido esfuerzo para neutralizar sus tendencias iniciales al cambio. Aceptaron abrirles oportunidades económicas significativas a través de una legislación social privilegiada; dividieron a los trabajadores fijándoles categorías de beneficios distintas; los medios de comunicación fomentan expectativas de consumo y la imitación de modelos de vida de los países altamente desarrollados. De otra parte, se establecieron sistemas discriminatorios de comprometer a las clases medias en la preservación del estatus, hasta hacerlas sentirse parte integrante, real o potencialmente, privilegiada, del sistema de dominación.

Ello quedó tajantemente demostrado en el curso del proceso chileno.

Durante las últimas cuatro décadas, las fuerzas coaligadas de la gran burguesía y el imperialismo, han gobernado sirviéndose de la pequeña burguesía, instrumentalizada en función de sus intereses. Sólo la frustrada «restauración» alessandrista, entre 1958 y 1964, constituye -en parte- una excepción a esta constante. De esta manera, el antagonismo entre el movimiento obrero y la pequeña burguesía, se manifestó palmariamente durante los 14 años de administración radical (1938-1952), durante el sexenio populista de Ibáñez (1952-1958), y durante el gobierno demócrata cristiano (1964-1970). Por cierto, no fue ésta una confrontación permanente y absoluta, ni tuvo tampoco el mismo carácter, por ejemplo, el trienio de Aguirre Cerda y el sexenio de González Videla; pero en el trazo grueso, vale la afirmación de que el movimiento popular chileno se desplazó en permanentes contradicciones con los partidos de la pequeña burguesía. Así, por lo demás, lo testimonian los grandes acontecimientos políticos del período.

Durante tres décadas, bajo administraciones de distinto signo, la represión contra el movimiento popular siempre estuvo presente: la masacre de la «Plaza Bulnes» en 1946, ordenada por un presidente radical; la persecución anticomunista de González Videla; los cruentos sucesos de abril de 1957, en el período de Ibáñez; las masacres de la población «Cardenal Caro» y otras, en el gobierno conservador de Alessandri; y las de «El Salvador» y «Pampa Irigoin» bajo Frei.

Nada tiene de extraño entonces, que este antagonismo en el terreno político, tuviera su correlato en el plano social. Debido a ello, entre otras causas, la clase obrera, durante el Gobierno Popular, no consiguió conformar una coalición mayor con las capas medias, que le hubiera permitido acumular más fuerzas, tantas como para ver coronada con éxito su empresa histórica. En otras palabras, no obstante haber conseguido aglutinar importantes sectores de la pequeña burguesía, esto no bastó para neutralizar al conjunto, o por lo menos, a la mayoría, la que por el contrario, se

cohesionó resueltamente en torno al bloque burgués imperialista.

¿Cuáles son las exigencias de una correcta política de alianzas en Chile?

Nuestra tesis central es que para estructurar un vasto frente político, en el cual la clase obrera homogenice una amplia red de alianzas con otros grupos y estratos sociales, y logre acumular tanta fuerza como para dar a su proyecto una perspectiva cierta de éxito, es necesario la concurrencia de dos requisitos: a) Que los partidos de la clase obrera no renuncien a construir su propia hegemonía. Para ello, debe representar una real alternativa de poder, capaz de atraer a otros sectores, entre los cuales no sólo se haya el campesinado y el grueso del subproletariado urbano y agrícola, sino también, segmentos muy importantes de la pequeña bu-guesía. Así, el proletariado debe crear su «propia fuerza» de atracción, y no prestarse para ser simple masa de maniobra de otras clases. Si no logra previamente, ser una fuerza en sí, jamás podrá ser una fuerza que hegemonice a otras; y b) Que los partidos obreros conciban la ampliación de su fuerza en un proceso dialéctico, donde se concilien, tanto los intereses históricos del proletariado, como los de las otras capas y sectores sociales, susceptibles de ser atraídos para las ideas revolucionarias.

Estas exigencias copulativas, que compatibilizan las aspiraciones hegemónicas del proletariado, con la necesaria amplitud de la alianza, parte del supuesto básico, de que el desarrollo político de la clase obrera sea tal, como para hacer de su o sus partidos un real núcleo de atracción. La tarea, por tanto, es construirlo allí donde no existe y desarrollarlo donde existe.

De hecho, estas dos exigencias estuvieron parcialmente ausentes en la concepción de los partidos populares, en las décadas pasadas. El PS, al formular la política denominada «Frente de Trabajadores», enfatizó en la primera de ellas -esto es, la creación de una fuerza autónoma propia. Si bien los éxitos de esta política fueron innegables, su aplicación práctica adoleció de serios vicios, especialmente por el carácter sectario y restrictivo que adquirió en diversas oportunidades, lo que obstaculizó la concreción de la segunda exigencia.

El PC, por su parte, sostuvo una política de mayor amplitud, la cual partía por reconocer un papel autónomo a la burguesía nacional, postulando alianzas con ella y la pequeña burguesía, pero sin cautelar, en cambio, el papel dirigente de la clase obrera.

Nos parece necesario puntualizar de paso, dos conceptos de la máxima importancia para el debate revolucionario: hegemonía y alianza. Sólo a partir de su correcta comprensión podremos intentar definir los lineamientos de una adecuada política de alianzas.

La búsqueda de la hegemonía implica una vasta nervadura de alianzas con las más diversas capas y sectores sociales, en las cuales la clase obrera asume una función conductora. Tal papel direccional nace del consenso de sus aliados, que reconocen la superioridad de su concepción científica del mundo, y han sido educadas en ella, por la vanguardia revolucionaria. Así concebida la alianza, no se forja en entendimientos burocráticos realizados en la cúpula. Ella se plasma en torno a un gran proyecto histórico, que tanto en la sociedad imaginada, como en los valores a que se apela, e incluso en el lenguaje utilizado, expresa, no sólo las reivindicaciones específicas de los sectores sociales que se desean atraer, sino también, y sobre todo, asume las aspiraciones más íntimas, profundas y mayoritarias del pueblo.

En la experiencia chilena, en forma reiterada, se ha tendido a identificar las organizaciones políticas, e incluso, sus superestructuras direccionales, con el sector social cuya representación asumen. De esta manera, se invierten los términos de una correcta política de alianzas: se trabaja de arriba hacia abajo, y no de abajo hacia arriba. La persistencia de este error lleva, por ejemplo, a concebir como equivalente, un compromiso con el Partido Demócrata Cristiano, y más aún con su dirección, con una alianza con las capas medias. Puede ocasionalmente resultar así, pero no necesariamente es siempre así. Para un partido revolucionario, la única política realista frente a estas capas, y en definitiva exitosa, consiste en ganarlas, educarlas e incorporarlas en un gran proyecto de vida.

En su concepción restringida, el concepto de alianzas tiene un alcance puramente circunstancial e instrumental. En ella, está inmersa la idea de la «utilización» del aliado, el cual tiene naturalmente un carácter recíproco. En el trasfondo de este tipo de compromiso está implícito el siguiente razonamiento: Soy débil, necesito aliado, cuando sea fuerte, arrasaré con ellos.

El partido revolucionario, que aspira a la hegemonía, no es ajeno a las alianzas tácticas, ni tampoco a los compromisos puntuales, porque no es extraño al acontecer diario y vive inmerso en la coyuntura política. Pero funcionaliza esas alianzas y esos compromisos, en el prisma de su objetivo estratégico, llegar a ser hegemónico, esto es, establecer la primacía de «su ideología». En esta perspectiva, el concepto de lucha hegemónica no se opone a las alianzas y compromisos tácticos, al contrario, las supone.

La alianza estratégica carece de un carácter instrumental. Su objetivo último no está determinado por la pequeña ganancia política o el mezquino dividendo electoral. El «aliado» no debe experimentar la sensación de ser «utilizado» ni tampoco la de servir de «tonto útil» para un trecho del camino. De hecho ni es utilizado ni es un acompañante transitorio, puesto que está incorporado y forma parte del proyecto de la clase obrera, proyecto del cual, si bien es subalterno en un plano histórico, lo incluye en cambio, a plenitud, al abrirle una perspectiva distinta, nueva, superior y trascendente, precisamente en la reforma intelectual, moral y cultural de la sociedad, postulada por la clase fundamental.

En este proceso la clase obrera también debe ceder. Debe contabilizar los intereses de los sectores que se pretende hegemonizar. Hay un equilibrio en los compromisos que obliga a ésta a hacer concesiones, pero sin afectar su objetivo estratégico.

La autonomía de la clase obrera, señalada antes como requisito esencial para el éxito del movimiento popular, tiene la virtud de crear un polo de atracción indispensable, que además de otorgar personalidad política propia a la clase,

facilita la difusión de su proyecto histórico. La conformación de este polo no es sin embargo condición suficiente para romper la servidumbre ideológica de la pequeña burguesía. Lo que, en último término, lo trasforma en una «real fuerza de atracciór» es la validez y corrección histórica del proyecto que formula. Sin embargo, la sola existencia de aquel polo permite desvanecer las ilusiones de los partidos políticos de las capas medias, en orden a instrumentalizar al proletariado en funciones de sus intereses.

En la experiencia del movimiento popular chileno, los sectores pequeñoburgueses que adhirieron al proyecto socialista, provenían en su mayor parte de las capas medias asalariadas, de importantes estratos intelectuales y del estudiantado. Si bien la clase obrera logró que estos sectores reconocieran filas en los partidos Socialista y Comunista, es decir, adoptaron como propia la ideología del proletariado, convirtiéndose en sus agentes, no logró, en cambio, construir una amplia red de alianzas con sectores de la pequeña burguesía, en cuanto a tales, puesto que su política estuvo orientada -por lo menos fue el caso del Ps- a la captación de elementos individuales de la pequeña burguesía. Es decir, los hizo ideológicamente proletarios, en la medida en que renunciaron a sus intereses de clase e hicieron suyos los del proletariado. Sin embargo, no intentó -con la amplitud necesariaincorporar las reivindicaciones y aspiraciones de grupos y estratos subalternos, compatibilizándolos con los propios.

El otro frente, de vital importancia, sobre el cual, lamentablemente, fijó tarde su atención el movimiento popular, fue el de la mujer. liste revestía un inmenso significado, no sólo por su peso cuantitativo -el 50% del electorado- sino por su gravitación cualitativa, en el seno de la sociedad chilena.

En países como el nuestro, la abrumadora mayoría de las mujeres no están incorporadas al trabajo productivo y asalariado; en cambio, sí realizan tareas excepcionalmente duras, sacrificadas y abnegadas en el cuidado y sostén de la numerosa familia proletaria y campesina, y en la profusa red de prestación de servicios. Esto obliga a que la mujer permanezca, por lo general, marginada de las luchas sociales y políticas; y en mucho mayor medida que los hombres, sujeta a la servidumbre ideológica de la burguesía, en especial, a la influencia religiosa. Así se explicaba el hecho que la Unidad Popular lograra una votación sustancialmente superior en el registro de hombres al de mujeres. En ellas predominan -incluso en los estratos más modestoslos valores propios de las capas medias, en particular, se ahonda su temor a la «inseguridad» y al cambio. Todas las imágenes de caos, de anarquía, y desorden, son percibidas con mucha mayor intensidad y violencia, por la mujer, dado su nivel cultural, su reducido desarrollo político, su escasa conciencia de clase. Todo ello es consecuencia del papel específico y subalterno, que cumplen en una sociedad capitalista, agravada por su condición de dependiente y subdesarrollada.

La propaganda reaccionaria encontró en la mujer, fácil y amplio terreno de proselitismo. Múltiples razones explican este fenómeno; unas, propias del subdesarrollo y su forma peculiar de manifestarse en «el estatus» de la mujer en nuestras sociedades; las otras, propias de la psicología femenina, de la gran influencia religiosa, de las miserables condiciones ambientales y de los tipos de trabajo que debe realizar: «labores del sexo», empleadas domésticas (en Chile existían aproximadamente 200 000), lavanderas, costureras, y proporcionalmente muy pocas en trabajos productivos de obreras o asalariadas.

En síntesis, en nuestras sociedades subdesarrolladas se encuentra doblemente explotada y discriminada: como mujer y como trabajadora; y por eso también su lucha tiene un doble objetivo liberador.

Lo anterior obliga a los partidos obreros a dispensar una preocupación muy especial al problema de la mujer y a los factores concretos-que configuran su «universo cultural».

En resumen, la experiencia recogida en Chile permite afirmar que la política de autonomía de clase y la creación en torno a ella de una poderosa fuerza de atracción social, política y cultural, constituyó la piedra angular del extraordinario movimiento de masas que hizo posible la victoria de 1970 y dinamizó el posterior proceso revolucionario, entre 1970 y 1973. Los avatares de aquel proceso nos enseñaron, sin embargo, que aquello no fue suficiente; y la pretensión de remprender el camino liberador, obliga a la clase obrera a avanzartras la consecución de una coalición de fuerzas, aún más amplia y poderosa, capaz de constituirse en una irrecusable alternativa de poder frente a la burguesía.

Ahora bien, ¿sobre qué factores debe estructurarse un esfuerzo por erosionar el bloque ideológico burgués imperialista.

La experiencia chilena constituyó un extraordinario test de suficiencia para el esquema cultural dominante. Los valores, abierta o subliminalmente internalizados, se revirtieron contra el intento trasformador y ubicaron en trincheras opuestas y agresivas, a sectores mayoritarios de la pequeña burguesía. De paso, se demostró que los cambios operados en la infraestructura económica, no sólo no se trasfieren de manera inmediata y mecánica al universo superestructural de las ideas y representaciones colectivas, sino por el contrario, éste se cierra en un sólido circuito defensivo.

Para destruirlo o debilitarlo es básico desarrollar una permanente, firme y resuelta lucha ideológica. Lucha planificada minuciosamente en toda su inmensa gama; implementada con los extraordinarios adelantos técnicos, sin dejar nada a la improvisación; fundada en estudios exhaustivos y científicos de las técnicas reaccionarias en la manipulación de las macas y en el dominio de los medios de comunicación; en la guerra sicológica; en las campañas de terror; en el manejo de la información y la desinformación; «del odio, del miedo y de la esperanza»; de la propaganda negra, blanca y gris.»(11) Al mismo tiempo debe basarse -esta lucha ideológica- en el dominio cabal y científico de los múltiples temas que la componen y complementan; en análisis profundos de cada idiosincrasia nacional; de los rasgos sicológicos peculiares de cada país; de la conducta de cada sector social; de sus reivindicaciones y aspiraciones más sentidas; incluso del lenguaje y de las imágenes; en una palabra, es necesario dibujar un esquema de sociedad futura, deseable, mejor, más justa y más humana.

(11) Según el «Manual de defensa del ejército norteamericano», son estos tres los elementos básicos de la guerra sicológica.

Por eso, cualquier proyecto revolucionario, debe apuntar al objetivo de destruir el corpus ideológico de los sectores pequeñoburgueses, en forma de diluir sus prejuicios, disipar sus temores y anular su hostilidad básica al cambio, hasta llegar a identificarlos con los valores permanentes del humanismo marxista y de una sociedad justa y noble.

El objetivo de erosionar la entente hegemónica nos obliga a superar viejas insuficiencias, hábitos arraigados y consignismos, que hasta hoy han impregnado la conducta de las fuerzas revolucionarias chilenas. Con nuestra virtual complacencia, la burguesía ha monopolizado las banderas del patriotismo, de la eficiencia, de la moral pública, del orden, de la autoridad. Ha expropiado, para manipularlos con éxito, valores trascendentes de toda organización social, hasta llegar a presentarlos como valores exclusivos de su clase y de su ideología. La izquierda ha cedido gratuitamente este terreno.

El complejo desafío que nos impone el futuro, nos obliga a reivindicar -porque es necesario y justo- las auténticas tradiciones nacionales y patrióticas. Ellas son sentidas por Chile, pertenecen al patrimonio de nuestro pueblo, y somos nosotros, su vanguardia, quienes debemos expresarlas con mayor propiedad y más legítimo derecho. Conceptos como los de honestidad públicaa y privada, patriotismo, libertad, eficiencia, deben incorporarse, no sólo a nuestro léxico, sino sobre todo, a nuestra conducta diaria, individual y colectiva.

Se trata de ofrecer un esquema de existencia deseable, una concepción coherente del mundo; de internalizar valores de vida y motivaciones colectivas, que estén en la dirección del proyecto propuesto. Ello no sólo debe ser percibido así, por la clase obrera y los campesinos, sino también por nuestros artistas, estudiantes, intelectuales y científicos en general, por todo lo que se llama: «las fuerzas de la cultura», cuya gravitación en las sociedades modernas tiene una relevancia extraordinaria.

A esta pretensión de romper la hegemonía cultural burgués-imperialista, está íntimamente ligada la concepción de una correcta política de alianza. En las páginas anteriores hemos señalado cuáles son las exigencias que ella plantea en el plano teórico. Sin embargo, subsiste la interrogante: ¿Cuál sería una correcta políticaa de alianzas en las condiciones actuales y específicas de Chile?

Reiteraremos una afirmación ya anticipada: En Chile, toda política de alianzas -aún en estas circunstancias- debe elaborarse en función de la aspiración hegemónica de la clase obrera. El éxito estará determinado por su capacidad para concitar el más amplio consenso de las capas y grupos sociales que interesa atraer.

La alianza formulada por la clase obrera y sus partidos, sólo tendrá destino en la medida en que sea expresión de un proyecto político trascendente, que resuma las grandes aspiraciones nacionales, que interprete el sentimiento profundo de nuestro pueblo, y que sea percibido como una solución real y tangible. Este proyecto debe estar avalado por la conducta política cotidiana de quien lo propone; exige una consecuencia severa entre lo que se dice y lo que se hace; entre el objetivo último -la construcción del socialismo- y la respuesta específica a cada problema cotidiano. La alianza deseada calará mucho más hondo y tendrá una fuerza mucho más expansiva, en tanto los sectores que se pretenden ganar, visualicen en la propuesta histórica y en el quehacer diario, la ausencia de actitudes sectarias y dogmáticas.

Es en este horizonte, en el que debemos encarar un antiguo problema, no pocas veces debatido en el seno de la izquierda chilena: la posibilidad de un compromiso con el Partido Demócrata Cristiano.

Indudablemente buscar una alianza estratégica con éste, en tanto exprese intereses de fracciones de la alta burguesía chilena y de grupos monopólicos norteamericanos y de Alemania Federal, es una insensatez política. Pretender imponerle el proyecto histórico del proletariado es una ilusión acientífica, en tanto los sectores sociales que hasta hoy le confieren su representación, continúen siendo radicalmente hostiles a él.

Como hemos afirmado, la propuesta político-social de la vanguardia revolucionaria, debe incorporar los intereses y reivindicaciones de amplios sectores de la pequeña burguesía y orientarse a romper su servidumbre ideológica. Sus efectos, no obstante, deberán medirse en un plazo largo. La complejidad de esta tarea nace de la circunstancia, de que el destinatario final de esta propuesta, es una base social y no la superestructura política que la representa. La Democracia Cristiana chilena será receptiva a una alianza con pretensiones estratégicas, sólo cuando su base social sea permeable a las ideas socialistas. Mientras las visualicen en imágenes distorsionadas, su respuesta continuará siendo negativa.

Sin embargo, entendemos muy claramente que el drama de Chile ha generado una situación singular, que requiere de una respuesta ,específica. Ésta hace, no sólo posible, sino categóricamente deseable, una convergencia con la Democracia Cristiana tras un objetivo histórico concreto: destruir el fascismo.

¿Sobre qué elementos de juicio formulamos esta afirmación?

La horrenda dimensión y profundidad del drama vivido por nuestro pueblo, debe ser la piedra angular en el desarrollo de una política de emergencia. Actuamos en el período inmediato sobre una realidad abrumadora: una nación demolida en sus instituciones, quebrada social, política y culturalmente; un país con su economía destrozada, esquilmado por los grupos monopólicos nacionales y los grandes imperios trasnacionales. La nuestra es una nación ocupada y prisionera. Una formidable estructura represiva ensaya con éxito su eficiencia operativa y tecnológica sobre el territorio nacional. El ámbito social en el cual desarrollamos nuestra lucha, está marcado por el temor, la frustración y la miseria. La penetración imperialista en su tejido social es una de las más sólidas del continente.

A partir de esta realidad -y no de otra imaginaria- debemos buscar una respuesta seria y realista a las múltiples interrogantes que formula el período histórico, sellado por la brutal presencia fascista. Éste es el factor principal, básico, que hace ineludible el intento de convergencia tras el objetivo señalado. Sería una insensatez desestimarlo, casi un crimen, eludiendo la superior obligación histórica de unir y movilizar a la abrumadora mayoría nacional

antifascista. En otras palabras, pensamos que esta etapa específica obliga al desarrollo de una política de alianzas, también específica, válida para este período de la lucha revolucionaria. La constitución de un amplio frente antifascista sería la materialización ideal de esa política, en la comprensión de que tal frente supone la confluencia de distintas fuerzas sociales y políticas, para un exclusivo e irrenunciable designio histórico: la destrucción de la tiranía y de las fuerzas y estructuras que la hicieron posible y sostienen.

De esta manera, en la etapa del proceso revolucionario, iniciada el 11 de septiembre de 1973, la lucha por el socialismo pasa por la radicalización de la lucha antifascista, cuyo objetivo no es sólo derrocar la dictadura sino, además, barrenar las bases institucionales que sirvieron de soporte a la contrarrevolución y que aparecen hoy comprometidas con ella, y por tanto, susceptibles de ser destruidas.

El movimiento popular debe enfrentar esta tarea en el marco de un dramático reflujo nacional y continental. En el interior de Chile, las organizaciones políticas y sindicales, han sido gravemente desarticuladas y la lucha antidictatorial se da en contra de un complejo represivo de extraordinario poderío y eficiencia. En el exterior, la «internacional de la represión» se orienta a trasformar el continente en un inmenso territorio vedado a las ideas democráticas y revolucionarias, e incluso, progresistas. En nuestro caso concreto, si colocamos el brazo de un compás en el centro de Santiago y extendemos el otro hasta el punto más cercano, al cual podemos acceder libremente, constataremos que en un radio circular de siete mil km, o más, Chile está aislado por un inmenso océano de agua y otro de dictaduras. Esta situación debe considerarse y difícilmente la encaró otro movimiento revolucionario. Siempre, en mayor o menor medida, encontró apoyo logístico y solidario en países limítrofes o próximos.

Éste es otro aspecto de la realidad, que nos obliga a depurar nuestra conducta de arrogancias sectarias y exigencias dogmáticas.

Hemos definido con claridad meridiana la esencia ideológica, la representación social y el papel histórico que la Democracia Cristiana ha jugado en Chile y en el resto del mundo. Pero el impacto brutal de la experiencia fascista no transita en vano por su base social y política. Ella necesariamente está proyectando, y proyectará aún más, desplazamientos y cambios que debemos valorizar.

La tiranía aplasta y asfixia a los sectores más modestos de la población, pero su proyecto margina también a la pequeña burguesía chilena, lo que genera y seguirá generando graves contradicciones con estratos que inicialmente le entregaron su adhesión. En tanto, expresión de estos intereses, la Democracia Cristiana, entra en conflicto creciente con la dictadura. Está claro que su dirección reaccionaria tratará de zanjar los antagonismos sobrevinientes, pretendiendo erigirse en una alternativa burguesa. Pero también es evidente que la presión social tiende a alterar la correlación de fuerzas internas, hasta ahora favorable al freísmo. Esta situación abre una perspectiva de razonable optimismo : que los grupos más decididos, no vinculados a los intereses monopólicos nacionales y norteamericanos, en tanto disidencia o como dirección, sean capaces de impulsar una resuelta lucha antifascista, unitaria, popular, democrática y nacional. En esta nueva coyuntura, el sector progresista de la DC, puede asumir un papel decisivo. Hombres que con gran consecuencia se han incorporado a la lucha contra el fascismo, como Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Renán Fuentealba, Claudio Huepe, Gabriel Valdés, Fernando Castillo, y otros, tienen hoy la oportunidad de comprometer a su partido en la realización de acciones conjuntas y tareas comunes con las fuerzas populares.

Estas acciones y estas tareas son imprescindibles para derrotar al fascismo. Nuestra misión inmediata es evitar al país un mayor cataclismo social, capaz de conducirlo a una virtual «desaparición histórica».

No obstante, no emos prescindir de una circunstancia concreta, asaz negativa. Mientras el frente antifascista funciona de hecho en el seno de las masas y al calor de las acciones contra la tiranía, la dirección freísta intensifica su esfuerzo por mantener a la Dc atada al destino predeterminado por el imperialismo: liderizar una opción burguesa, que asegure al país un gobierno autoritario, aunque capaz de ofrecer al mundo una imagen menos brutal. Esta alternativa insensata, pretende -en la propuesta de Frei- hacer borrón y cuenta nueva sobre los años de barbarie, tiende a actuar como catalizador interno y neutralizar los esfuerzos unitarios de los sectores más avanzados.

Frei, aboga para la mejor presentación del «recambio», por un consenso amplio que abarque, desde una presunta «derecha democrática» hasta un bucólico socialismo, también «democrático», tolerado por los norteamericanos.
La grosera pretensión divisionista de esta propuesta no tiene destino. Ni lo tendrá alternativa alguna que se construya sobre la intención de dividir al movimiento popular y proscribir a más del cuarenta por ciento de los chilenos de la vida ciudadana y de toda participación pública.

Hoy se abre una expectativa razonable, como lo planteara Radomiro Tomic, para crear «la unidad política y social del pueblo». Debemos luchar por ello.

EL COMPLEJO MILITAR REPRESIVO

Juzgado el movimiento popular desde una perspectiva histórica, tres son los elementos de su éxito: a) haber logrado soldar una sólida unidad de clase, expresada en el entendimiento de los grandes partidos obreros, Socialista y Comunista; unidad deseada y apreciada por sus respectivas bases, trasformada en elemento esencial del acervo político de cada una de nuestras colectividades; desarrollada y fortalecida por encima de concepciones teóricas diversas y de los avatares de la lucha diaria; b) haberse planteado el papel hegemónico de la clase obrera, negándose a trasformarla en masa subalterna de una conducción pequeñoburguesa; y c) haber sabido aplicar la teoría marxistaleninista a la realidad chilena, admitiendo que el camino al poder, no surgía de imitaciones mecánicas de otras experiencias o de la aplicación de esquemas dogmáticos y preconcebidos.

¿Cuáles son en cambio los factores que impidieron que su éxito transitorio se convirtiera en definitivo?

De alguna manera hemos dado respuesta a esta interrogante. No fueron simples «errores» los causantes de la

interrupción sangrienta de la experiencia revolucionaria. Enfatizamos por el contrario, la presencia de graves y profundas «insuficiencias», cuya génesis se encuentra en los orígenes y desarrollo del movimiento popular.

Entre las más graves, hemos aislado la errada traducción de la teoría leninista del Estado a la realidad chilena. Para Lenin, el Estado es «un aparato especial de represión», «un instrumento de opresión de una clase sobre otra». «Fundar un nuevo Estado», como postulaba el Programa de la Unidad Popular, obligaba a modificar el signo de clase del aparato militar represivo. La trasferencia del poder de una clase a otra, exigía adoptar la vía estratégica adecuada para desarticular la columna vertebral de ese Estado: sus aparatos represivos. La ausencia de una política orientada a descomponer y apoderarse del centro neurálgico del Estado burgués fue una grave «insuficiencia», cuyas trágicas consecuencias la historia recoge.

Repetimos escuetamente el criterio extensamente desarrollado en capítulos anteriores: nunca hubo por parte de los partidos de izquierda, al menos orgánicamente, un intento serio de estudiar las instituciones armadas, conocer su organización, su funcionamiento, sus valores rectores, los puntos más sensibles de su acervo ideológico. Las Fuerzas Armadas devinieron en un ente intocable, cuyos problemas resultaban inconveniente discutir ante la opinión pública. Desde el triunfo del Frente Popular -en 1938- Chile vivió un intenso proceso de «democratización». Básicamente, bajo el impulso de los partidos de izquierda, se fue construyendo una democracia política que bien podría destacarse entre las más perfeccionadas del mundo. Por supuesto, no tenía un correlato de igual dimensión en lo económico y social, donde se expresaba con mayor nitidez el contenido de clase de esa democracia. Sin embargo, durante ese largo período, las Fuerzas Armadas permanecieron inmunes a la ola democratizadora y no es una exageración afirmar, que fue la única institución del Estado, marginada de un proceso, que permeabilizó hasta sus raíces a la sociedad chilena y en grado diverso, todas sus instituciones políticas.

La misma omisión constatamos en la orientación antimperialista del movimiento popular. Centrada inicialmente en la denuncia y agitación sobre sus formas de penetración en la economía chilena, se proyecta posteriormente también al plano ideológico. El éxito en este terreno es innegable y se manifiesta en la votación unánime del proyecto de nacionalización del cobre. Sin embargo, jamás se desarrolló un esfuerzo semejante frente al problema de la penetración imperialista en las Fuerzas Armadas, a su dependencia tecnológica, al entrenamiento de la oficialidad en escuelas norteamericanas, al tipo de cursos, a las ataduras restrictivas de la soberanía nacional, por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Éste, firmado en Río de Janeiro, en plena guerra fría (1948), a pesar de haber cambiado la situación internacional, mantiene su vigencia y continúa operando como instrumento de subordinación de nuestros institutos armados, al complejo militar de EU.

En síntesis, la izquierda chilena permaneció largos años silenciosa y ausente frente al problema militar. Diversos factores explican este fenómeno, que llegó a constituirse en la más seria insuficiencia del movimiento popular.

Un primer elemento era, sin duda, el papel cumplido por las Fuerzas Armadas en América Latina y Chile. Un papel sistemáticamente regresivo, casi sin excepción, hasta el advenimiento al poder del general Juan Velasco Alvarado. No hay otra experiencia similar. En diapasón menor, podrían señalarse los movimientos militares: del «tenientismo» en Brasil; «peronista» en Argentina; el movimiento de la oficialidad del ejército que depuso a Alessandri en 1924, en Chile; la condición militar del presidente Juan Jacobo Arbenz en Guatemala; la dura y heroica batalla antimperialista librada por el coronel Francisco Caamaño en Santo Domingo; Carlos Lamarca, capitán del ejército de Brasil, quien encabeza una larga y sacrificada guerrilla en contra de la tiranía; y en Guatemala, los militares revolucionarios Yon Sosa y Luis Augusto Turcio Lima, liderizan la resistencia armada contra la explotación oligárquica y la dependencia monopólica; y así, numerosas otras rebeliones militares, realizadas en diversas épocas y latitudes, confirman la existencia potencial, en el seno de los institutos armados continentales, de importantes grupos y movimientos, patrióticos, democráticos, antimperialistas y revolucionarios.

Sin embargo, en general, las dictaduras «gorilas» en América Latina han constituido una expresión de los intereses del imperialismo y de las oligarquías monopólicas; se ha ensañado con los partidos populares de cada país, y ha actuado siempre, como factor disuasivo de «última instancia», para preservar la hegemonía de las minorías plutocráticas.

La constatación de este hecho reiterado, generó en la izquierda chilena un «antimilitarismo» espontáneo e irracional. En el caso del Partido Comunista, este fenómeno fue reforzado por la extrema contraposición en que la propaganda reaccionaria lo colocaba con las Fuerzas Armadas. Sistemáticamente, ella proyectaba una imagen «no nacional» del PC, en tanto que la educación militar agita el patriotismo y el nacionalismo como banderas ideológicas fundamentales.

El Partido Socialista, por su parte, se desprende sólo «intuitivamente» de las concepciones antimilitaristas de la izquierda latinoamericana. Nace ligado a un movimiento militar de carácter nacionalista pequeñoburgués. Un comodoro del Aire, Marmaduque Grove, es uno de sus fundadores y su figura política más destacada en el primer decenio de su vida. Su vinculación, sin embargo, según pasan los años, tiende más bien a disminuir. Renace tímidamente cuando el Ps Popular apoya en 1952 la candidatura presidencial del general Carlos Ibáñez, el militar que más honda huella ha dejado en la vida política del presente siglo, por sus posiciones nacionales y antioligárquicas. El secretario general del Ps de la época, senador Raúl Ampuero, desempeñó durante largos años la presidencia de la Comisión de Defensa del Senado, manteniendo desde allí estrecha relación con los mandos militares. Ampuero fue, sin duda, el dirigente de la izquierda chilena que con mayor lucidez analizó el problema de las Fuerzas Armadas. Desde entonces se establece un circuito de relaciones, que aunque débil, no desaparece en los años posteriores, como lo demuestra el hecho -por cierto no fortuito- de que la mayoría de los militares patriotas, asesinados o encarcelados, con ocasión del golpe militar, expresaran evidentes simpatías por el socialismo.

No obstante, la inconstancia y falta de organicidad de estos empeños, impidió su concreción en un programa de agitación de banderas democráticas y patrióticas en el seno de las Fuerzas Armadas. Tampoco llegó a manifestarse en un plan sistemático de penetración ideológica o en la incorporación programada de cuadros, con conciencia de clase en las instituciones castrenses.

El triunfo de la Revolución cubana, en 1959, suceso de honda repercusión en el socialismo chileno, sella, por una equivocada interpretación nuestra, una manera esquemática de resolver el problema del Estado y del poder. Las fuerzas armadas de la burguesía debían ser destruidas por las fuerzas armadas de la clase obrera, por el ejército del pueblo. De este modo, el antagonismo entre la izquierda y el ejército se hace definitivo. El desarrollo de concepciones «foquistas», unilaterales y equivocadas, desatan un proceso, en el cual se su: eden intentos diversos de creación de fuerzas armadas populares, aplastadas sin excepción, por las Fuerzas Armadas burguesas, modernizadas, adiestradas y apertrechadas, por el imperialismo, precisamente para enfrentar las nuevas exigencias de la lucha antiguerrillera. Así, pueblo y ejército se divorcian cada día más en el continente.

No es éste, por supuesto, un fenómeno atribuible al puro plano de la ideología. Obedece sin duda a un hecho real y objetivo: el carácter del Estado burgués. Las Fuerzas Armadas en esencia son reaccionarias, toda vez que constituyen el brazo represivo de este Estado de clase. Pero ello no debió llevarnos a considerarlas como un compartimento inexpugnable y afiatado. La lucha de clases también se expresa en su interior, aunque mediatizada por los principios «internalizados» : verticalidad del mando, jerarquía, obediencia y disciplina no consciente.

En este sentido, la Unidad Popular padeció tanto de fatalismo como de esquematismo. Fatalismo, frente al mito burgués que colocaba a las Fuerzas Armadas por encima y al margen de la lucha de ciases; y esquematismo, en quienes pensaron contraponerle, como única y exclusiva respuesta, el ejército popular.

En estricta consecuencia, la única política coherente con la vía escogida por la UP, era proyectar la división social y política de Chile al interior de sus institutos armados; para primero, restarles cohesión; y segundo, constituir dentro de ellos, unidades armadas de defensa del proceso. Esta fórmula no era incompatible con medidas de carácter complementario, como ser la preparación de cuadros de sólida formación militar y de aparatos paramilitares.

De lo anterior se colige, que los errores cometidos durante el gobierno de la up, en materia de política militar, son consecuencia de un insuficiente análisis teórico de esta materia cardinal.

La percepción cabal de esta insuficiencia nos permite comprender la prioridad que tiene en la elaboración de una estrategia política, el esfuerzo por descomponer y romper la estructura represiva del Estado burgués. Este esfuerzo, en términos más concretos, se expresa en el desarrollo de una política militar.

Los ejércitos juegan hoy un papel decisivo en el acontecer universal. Esto es tanto más claro, en América Latina, donde las democracias representativas apenas si languidecen, como manifestaciones formales, en no más de tres o cuatro países. En el resto, los uniformados actúan directamente o por intermedio de testaferros civiles, en el gobierno de los asuntos nacionales. En la última década, como ha quedado dicho, han superado la vieja etapa de «simples guardianes» de las oligarquías, para asumir el papel -mucho más complejo- de ejecutores directos e institucionales de políticas desarrollistas.

Sin embargo, a despecho de este nuevo papel institucional, asoman en su interior inquietudes, que llevan a algunos sectores a adoptar posiciones democráticas, nacionales y progresistas.

Chile no ha escapado a este fenómeno. La vorágine de crueldad, que ha envuelto a las Fuerzas Armadas, compromete desde luego la estructura misma institucional. Pero lejos de sofocar, estimula las contradicciones inevitables que afloraron ya antes del golpe militar. La conciencia de la ignominia, que subyace en el trasfondo de los estratos castrenses, hace más relevantes esas contradicciones, aunque el terror, transitoriamente, obstaculice su expresión cabal.

Ello facilita el esfuerzo que debe realizar el movimiento revolucionario, en orden a desarrollar en su interior las condiciones que permitan crear la estructura defensiva de un proceso de cambios. Muchos factores -débiles aún- contribuyen a este propósito. A pesar de la represión interna, subsisten las convicciones democráticas por las cuales sacrificaron sus vidas los generales Schneider, Prats, y Bachelet; crece la comprensión del carácter de los intereses cuya defensa criminal les es impuesta. Los privilegios y la corrupción de grupos de la oficialidad superior, ahondan el malestar de los uniformados y socavan su disciplina; la faena desnacionalizadora de la junta y su sometimiento a los designios norteamericanos, hieren el patriotismo de muchos que hoy mastican su rebeldía inexpresada; de una u otra manera se detecta el grave daño ocasionado a la seguridad del país por el aislamiento internacional y la magnitud de la repulsa universal.

Existen pues elementos, que deterioran la compacta imagen institucional exhibida con posterioridad al golpe militar, y que en cierto modo, son consecuencia directa de éste. Sobre ellos debemos trabajar. Los ejércitos, no obstante el papel asignado por el Estado burgués, no son impermeables a las contingencias de la comunidad donde habitan. Naturalmente, como en toda organización jerarquizada, las Fuerzas Armadas son más refractarias a las influencias externas, lo cual hará más lenta y difícil la concreción de una política tendiente a alterar los mecanismos sicológicos, que las ubican automáticamente en la defensa del estatus. La obediencia, la disciplina, el espíritu de cuerpo, el respeto a la jerarquía, han sido trabajados ideológicamente, para impedir todo juicio reflexivo. Se ha desarrollado una pedagogía eficiente para mutilar intelectualmente al subordinado, generando un formidable poder en la cúspide de la pirámide institucional.

Una correcta política hacia las Fuerzas Armadas, no sólo debe estar orientada a desnudar los vicios del sistema capitalista y debilitar el peso de la ideología burguesa, sino también, a quebrar los peligrosos dispositivos de inhibición intelectual y ética, que aplastan los niveles inferiores de la estructura militar.

LAS FUERZAS MOTRICES DE LA REVOLUCIÓN CHILENA

La revolución chilena será obra, fundamentalmente, de la clase obrera y sus partidos. Esta afirmación sigue siendo válida. La experiencia dramática vivida por nuestro pueblo le otorgan un mayor y definitivo relieve histórico. El reflujo

coyuntural del movimiento de masas no cuestiona el papel protagónico del proletariado y sus organizaciones. Los partidos populares siguen constituyendo el núcleo central, en torno al cual se levantará la única alternativa viable a la dictadura.

El esfuerzo del fascismo por destruir las vanguardias obreras ha resultado históricamente estéril. La experiencia de todos los demás países demuestra su increíble capacidad de supervivencia. El fascismo -no importa cuánto tiempo dure- no logró exterminar los partidos socialistas y comunistas y las ideas revolucionarias en Portugal, Alemania, España, Italia o Grecia. Al contrario, en el instante del ajuste de cuentas, han emergido -con una fuerza insospechada y muy superior a la que tenían antes- para reasumir su papel conductor.

En Chile existe una conciencia sembrada en el tráfago de medio siglo de luchas, que la dictadura no logrará liquidar. El pueblo que vivió los días luminosos de la experiencia revolucionaria y luego conoció la magnitud de la infamia fascista, sobremontará el terror, fortalecido con nuevas armas y con más eficientes formas de lucha.

UN PARTIDO PARA EL SOCIALISMO

El PS es sin duda la organización política más reprimida por la dictadura. Hacemos esta afirmación sin la menor dosis de sectarismo.

En la actual circunstancia una pretensión competitiva resultaría macabra. Ella corresponde a la simple constatación de un hecho al que atribuimos consecuencias objetivas.

Los asesinatos de Salvador Allende y de José Tohá, inauguran la explosión de odio volcada sobre nuestro partido. Cinco integrantes del Comité Central fueron asesinados: Arsenio Poupin, Eduardo Paredes, Arnoldo Camú, Luis Norambuena, y Víctor Zerega. Desde hace más de un año están desaparecidos en las mazmorras fascistas, los dirigentes nacionales Carlos Lorca, Ricardo Lagos y Exequiel Ponce, este último jefe del partido en el interior del país. Carlos Lazo y Erich Schnake, también miembros del Comité Central, son los únicos dirigentes nacionales de los partidos populares, procesados y condenados por presunta infiltración en las Fuerzas Armadas. Más de la mitad de los miembros de la dirección máxima han conocido las torturas y los campos de concentración. Cuadros medios fueron sistemáticamente eliminados a través de todo el país. Miles de nuestros compañeros fueron torturados salvajemente con la torpe e inútil intención de quebrar la solidez de su compromiso revolucionario.

Militantes del partido se prodigaron en acciones heroicas en toda la geografía nacional. Ante la exasperada imposibilidad de dar una respuesta orgánica a la barbarie, derrocharon coraje en la resistencia aislada o en el accionar de pequeños grupos organizados al calor de la lucha contra la represión.

Hay lecciones que recoger. Ellas dejan, sin embargo, un saldo positivo no previsto por la irracionalidad del adversario : una extraordinaria experiencia histórica; conciencia revolucionaria; promoción de cuadros políticos y militares en la cárcel o en el exilio; hábitos y métodos clandestinos de lucha, desconocidos en el partido.

Ésta es la argamasa humana sobre la cual podemos y debemos reconstruir una poderosa y eficiente vanguardia revolucionaria, que rescate los valores específicos de su personalidad histórica y supere las debilidades ideológicas y orgánicas que contribuyeron a frustrar el éxito de la empresa, cuya dirección compartió.

En esta perspectiva, el Ps debe empezar por reafirmar la resuelta voluntad de autonomía, impresa por quienes le dieron vida y forjaron su presencia en la realidad nacional. Siendo parte integrante de la inmensa humanidad que lucha por el socialismo, no se adscribe sin embargo a ningún centro de influencia ideológica ni a ninguna de las grandes corrientes, que hasta hoy dividen el movimiento obrero internacional. A nuestro juicio, un partido revolucionario con plena autonomía conceptual y política, es capaz de entregar un mejor aporte, más positivo y creador, a la lucha por el fortalecimiento y la unidad de las fuerzas socialistas y de los movimientos de liberación nacional.

Enraizado profundamente en la realidad chilena, el PS debe reafirmar su antigua vocación latinoamericanista, hoy más justa que nunca, cuando la lucha deberá ser unitaria y de todos los pueblos del continente, en contra del imperialismo norteamericano.

A partir de la ubicación del partido, en el plano internacional y específicamente en América Latina, podemos plantearnos la interrogante básica: ¿sobre cuáles fundamentos es concebible su reformulación como vanguardia revolucionaria?

Imaginamos al Partido Socialista como un partido marxista-leninista; organizado sobre los principios del centralismo democrático; autónomo para definir el camino de la revolución chilena; profundamente enraizado en las grandes tradiciones nacionales y en los valores auténticamente democráticos y patrióticos; con una acendrada vocación latinoamericanista e internacionalista, en la medida que expresa su resuelta alineación con todas las fuerzas que luchan por el socialismo y la liberación nacional.

El Partido Socialista hizo suyo el marxismo no como un dogma, sino como un método científico para interpretar la realidad, enriquecido por nuevos aportes y la experiencia generada por el devenir social. Su adhesión al marxismo-leninismo es la consecuencia de un proceso de maduración ideológica, de un desarrollo creador que ha recusado intransigentemente toda asimilación sectaria y consignista.

El partido es una organización de masas, estructurado democráticamente. Nuestro partido tiene un inmenso arraigo en el seno de los trabajadores chilenos. Esta cualidad no puede perderse cualesquiera sean los términos de la lucha. Naturalmente, las condiciones represivas irán graduando los niveles en los cuales el partido manifiesta su carácter de masas. En condiciones de extrema clandestinidad, tales posibilidades de expresión, están ciertamente limitadas y las tareas orgánicas tenderán a concentrarse en un grupo reducido de cuadros político-militares. No obstante, aunque el trabajo actual dificulta una acción abierta de masas, debe él estar orientado a mantener la ligazón indispensable entre

la estructura partidaria clandestina y el desarrollo de una vasta y poderosa red de organizaciones de masas.

No pensamos, por cierto, ni aun en las presentes circunstancias, en la pequeña vanguardia de cuadros, de organización estrictamente militar, de gran eficiencia operativa, de rígida disciplina, pero desligada de las masas y ajena a sus reivindicaciones reales y específicas. Indudablemente, las circunstancias creadas por el terror fascista, nos empujan a adoptar tal tipo de organización. Sin embargo, nuestra lucha no debe trasformarse en lucha de vanguardias militarizadas, o de sectas o grupos terroristas. La nuestra será, en esencia, una lucha de masas, y en su grado más alto, una insurrección armada popular y para que no pierda tal carácter, debemos darnos una organización adecuada a este objetivo.

El carácter de partido enraizado en las masas no se contrapone con la exigencia perentoria de elevar el nivel ideológico de sus militantes y la formación de cuadros político militares. Un partido afincado en las masas no es sinónimo de partido desorganizado, asambleísta, carente de dirección centralizada y disciplina revolucionaria, con militantes ligados sólo sentimentalmente al socialismo, pero sin formación política teórica. Por el contrario, la fuerza del partido debe asentarse, en la elevación general del nivel político de todos sus miembros, en la correcta compatibilización, entre las decisiones de la dirección con su aplicación disciplinada y masiva. Podemos decir, que un partido tal, para cumplir su papel conductor, debe realizar un esfuerzo orgánico e ideológico, muy superior al de un partido de cuadros.

El centralismo democrático, norma orgánica básica de todo partido revolucionario, se traduce fundamentalmente en el estricto acatamiento de las minorías a las mayorías, y de los organismos inferiores a los superiores, y supone el rechazo de toda «tendencia», «corriente», o «fracción» dentro de él.

Entendemos sí, que el centralismo democrático debe tener una concreción real. No puede ser una simple formulación declarativa. Debe ejercerse de manera, que junto con sancionar rigurosamente cualquier desviación «tendencial», haga de la democracia interna una práctica constante.

En este sentido nos parece válida la diferencia entre partido «monolítico» y partido «homogéneo». El centralismo democrático no debe aspirar al monolitismo, esto es, a suprimir toda disensión teórica, a crear militantes que piensen idéntico, formados bajo una orientación acrítica y con prohibición de profundizar conocimientos de autores «no oficiales»; pero sí debe desarrollar la homogeneidad de su masa partidaria, a través de la discusión crítica, del debate permanente y de la confrontación abierta de las ideas.

Por cierto, la conjugación de centralismo y democracia, admite diversas gradaciones. Ellas corresponden a diversas situaciones objetivas (períodos de clandestinidad, lucha armada o lucha legal) o a la momificación de la estructura partidaria, que deriva en el centralismo burocrático.

Sobre estos fundamentos, el Partido Socialista debe, además, definir para Chile el perfil de la sociedad que aspira a construir.

La clase obrera difícilmente podrá cohesionarse, tomar conciencia de su fuerza y aspirar a la hegemonía y al poder, sin precisar los lineamientos de su proyecto histórico. Es decir, debe traducir su concepción del mundo en un diseño concreto de sociedad, que cumpla con un doble propósito: primero, servir de polo aglutinador; y segundo, homogeneizar a los grupos auxiliares y clases subalternas en torno a él.

El primer paso de un partido revolucionario en esa dirección es definirse a sí mismo. El partido vanguardia de la clase obrera debe ser el espejo de la sociedad propuesta para todo su entorno social. Por ello, los conceptos de centralismo y democracia partidaria conforman elementos básicos, no sólo desde el punto de vista de su propia normatividad orgánica, sino también, en el propósito de concitar el más amplio consenso en torno al proyecto histórico propuesto. Para decirlo en otros términos: la conciencia del militante, las normas centrales de organización partidaria, el espíritu y la moral revolucionaria, no son simples elementos de una «racionalidad interna», sino anticipaciones fundamentales de la sociedad que se desea construir.

La ausencia de sectarismo, la limpieza de los procedimientos políticos, la adhesión a la verdad, su entrega a las masas, la exaltación de los valores morales proletarios, el tipo no meramente instrumental de sus alianzas, la erradicación del burocratismo, el estímulo a la iniciativa crítica y creadora, constituyen todas características que el partido debe incluir en su praxis social y en su proyecto histórico. A la inversa, la organización rígida y totalitaria, el sectarismo, la triquiñuela política, el ocultamiento de la verdad a las masas, la instrumentalización de los aliados, el burocratismo, las pretensiones monolíticas y dogmáticas, que ahogan la crítica y la creación libre, provocan aversión y no consenso, en la misma medida que aparecen como antagónicas a la sociedad ofrecida, como esquema deseable de vida futura.

Difícilmente, un partido de naturaleza dogmática y sectaria, será capaz de generar en torno suyo un amplio consenso y el reconocimiento de su papel rector, por parte de los grupos, clases y sectores, que se quieren convertir en aliados.

En este sentido, la propia naturaleza de los partidos obreros chilenos impuso, en el pasado, un fuerte obstáculo a la ejecución -si no a la concepción misma- de una política de alianza.

Por lo que corresponde al PS, poseyendo éste una enorme potencialidad, nunca alcanzó un grado aceptable de homogeneidad ideológica y disciplina política; cayó muchas veces en un consignismo esquemático y careció de militantes con extendido nivel ideológico, permitiendo el desarrollo de conductas liberales; anárquicas y fraccionalistas. En la aplicación concreta de su política de «Frente de Trabajadores» generó más de una vez desviaciones puristas, expresadas en manifestaciones sectarias.

Además, el partido vanguardia no puede estar presente sólo en los «grandes debates teóricos» sobre la revolución, su carácter, las vías y el papel motriz de la clase obrera; y ausente de todo aquello aparentemente adjetivo, doméstico

y subalterno. No corresponde motejar de «reformista» o «socialdemócrata» a quien se preocupe de los problemas concretos de cada día, primordiales, por lo demás, para el trabajador de carne y hueso. Cualquier posibilidad otorgada por el régimen para mejorar las condiciones de las clases explotadas, ampliar las libertades públicas y lograr reivindicaciones económicas específicas, deben ser aprovechadas y no subvaloradas, en virtud de un purismo revolucionario.

LA UNIDAD DE LA CLASE

Hemos enfatizado en muchas oportunidades, siempre con íntima complacencia, el singular entendimiento logrado en Chile por los partidos Socialista y Comunista.

Su persistencia y profundidad carecen de precedentes en la historia de las luchas sociales, latinoamericanas y mundiales. Durante veinte años, ambos partidos vitalizaron conjuntamente el auge del más poderoso y vasto movimiento popular del continente. Juntos liberaron un proceso revolucionario, que en su ascenso y derrota, en sus grandezas y debilidades, se proyectara decisivamente en las batallas de otros pueblos.

Desde la quiebra del movimiento obrero internacional, al concluir la segunda década del siglo, nunca socialistas y comunistas han marchado en convergencia tras objetivos políticos trascendentes; sólo excepcionalmente, en períodos transitorios y obligados por la presión de factores externos insuperables. El antagonismo se ha dado en forma constante y en Europa ni siquiera el peso dramático de la experiencia fascista generó condiciones para soldar una unidad efectiva. Así fue, ayer en España, Francia o Italia, y lo es hoy -con tan peligrosas consecuencias- en Portugal y Grecia.

A la peculiaridad del fenómeno chileno no son ajenas las especificidades del PS. Salvo brotes esporádicos y no significativos, nuestro partido actuó depurado de los resabios anticomunistas y antisoviéticos que marcaron el quehacer de otros partidos y movimientos populares, y que con irresponsable obstinación continúan dañando el potencial revolucionario de la clase obrera. Indudablemente, la aptitud unitaria del socialismo chileno, encontró un correlato adecuado en el PC, sin el cual, esta unidad no hubiera sido posible: su solidez orgánica, su coherencia ideológica, y su profundo enraizamiento en las tradiciones de lucha del proletariado. Además ha contado con numerosos dirigentes de excepcionales condiciones, en especial debemos mencionar a Luis Corvalán, su secretario general, hasta hace poco encarcelado por la dictadura.

Hace ya casi tres décadas, el PS formuló una política de clases a partir de la cual desarrolló una concepción del movimiento revolucionario, cuyo supuesto básico era y es la unidad de los dos partidos obreros. Lsta fue concebida como una cuestión de principios y no como una simple formulación táctica. El PC, por su parte, coincidió en una valoración correcta de la unidad, en su significado y proyección para la lucha obrera y el destino de la revolución. (12)

Es un hecho cierto que la unidad ha beneficiado a ambos partidos. Les ha permitido crecer en forma equilibrada e ininterrumpida, manteniendo sus posiciones específicas. En el quehacer unitario, lejos de deteriorarse mutuamente, compensaron sus insuficiencias ideológicas y orgánicas, morigerando el daño que ellas pudieron ocasionar al conjunto del movimiento popular.

Por supuesto, el camino de entendimiento no fue fácil. Durante la época stalinista, especialmente en el curso de la segunda guerra mundial, surgieron serias discrepancias, expresadas tanto en el plano teórico como práctico, cuyo efecto inmediato fueron la división del movimiento sindical y enconadas y artificiales querellas, difíciles de disipar.

En la búsqueda de una ecuación unitaria, socialistas y comunistas debieron hacer concesiones. Conquistada la unidad, subsistieron antiguas diferencias y afloraron otras nuevas, frente a los grandes temas contemporáneos. Ello es natural. Son las que explican y justifican la existencia de dos partidos obreros en nuestro país. Sin embargo, en más de veinte años de intensa práctica unitaria, siempre se encontraron los mecanismos para encararlas en un debate franco, promovido ante el pueblo, en el seno de las masas. Lo que nos une, lo que 'suelda nuestro destino en una común empresa histórica, es mucho más que aquello que nos separa. Uno de los mayores méritos políticos de Salvador Allende, es, precisamente, haber comprendido la necesidad histórica de la unidad y haber contribuido como el que más, a plasmarla.

No obstante, constituiría un error aceptar la fatalidad de las divergencias subsistentes, sin realizar un serio esfuerzo por superarlas, por ampliar el área de convergencia y por profundizar aún más la unidad alcanzada.

No puede menospreciarse el efecto de tales discrepancias, sobre todo conociendo su decisiva interferencia en el desarrollo del proceso revolucionario. Creemos imprescindible abordarlas, más aún, cuando enfrentamos tareas tan extraordinariamente complejas y difíciles, como son las de derrocar la dictadura fascista y retomar el camino de la construcción socialista.

Las discrepancias fundamentales no son sobrevinientes. La unidad se forjó hace dos décadas comprendiéndolas y aceptándolas: una posición internacional con facetas disímiles; una distinta comprensión del carácter de la revolución chilena y de la dinámica de las clases sociales; una óptica diferente en la previsión de las vías de acceso al poder, y una apreciación, también diversa, sobre lo que a juicio de cada partido era una correcta política de alianzas; amén de dos estilos políticos, de dos formas de «hacer política».

Algunas de ellas persisten en el enjuiciamiento de la actual situación chilena y en la definición de sus alternativas futuras.

(12) «El Partido Socialista no puede prescindir del PC, ni el PC del socialista. Estamos obligados a entendernos cada vez en mayor medida. De ello depende la suerte del movimiento de liberación.» Luis Corvalán L., secretario general del PC, en carta dirigida a la COMPOL del PS.

El fortalecimiento de la unidad de la clase obrera es la piedra angular sobre la cual se construyeron las victorias del pasado, y se construirá la victoria contra el fascismo.

Si triunfamos en 1970, fue porque el grado de unidad alcanzado, bastaba para afrontar con éxito la tarea propuesta. Si fuimos derrotados en 1973, fue porque esa unidad no era suficientemente profunda como para responder a la enorme complejidad de una obra trasformadora y el gigantesco poderío del adversario. Esa debilidad se manifestó, esencialmente, en nuestra incapacidad para entregar al proceso una dirección política única y coherente -y por imponer consecuencialmente- una estrategia, también única y correcta.

Por ello, debemos reiterar nuestro propósito en orden a elevar el compromiso con el PC, en términos cualitativamente superiores, imponiéndonos -ambos partidos- exigencias más rigurosas. No se trata de alimentar en abstracto una imagen unitaria dormida en laureles de éxitos pasados. La unidad -en una coyuntura como ésta- debe ser reformulada en términos concretos. Sin ellos: estrategia única, respeto mutuo, confianza recíproca, discusión honesta, no habrá alternativa revolucionaria ni proceso triunfante. Tampoco habrá Frente Antifascista ni lucha victoriosa.

De algo deben servirnos las lecciones propias y ajenas. Cuando escribimos estas líneas, Portugal nos está proporcionando el más reciente e inquietante ejemplo del costo absurdo de la división. Allí se da un cuadro exactamente contrario al de Chile. Hubo un sector revolucionario en las Fuerzas Armadas -con el cual nosotros jamás contamos- capaz incluso de liderizarlas. Pero este factor -con ser extraordinariamente positivo- no bastó para compensar las graves divergencias existentes entre socialistas y comunistas, las cuales han arrastrado al proceso portugués al borde de una reversión reaccionaria.

Casi cotidianamente la experiencia de otros, se encarga de recordarnos la necesidad de cautelar la preciosa y privilegiada herramienta forjada por el movimiento popular chileno.

En el Pleno de La Habana, celebrado en abril de 1975, los socialistas reiteramos este propósito y formulamos algunas bases concretas para materializarlo. Propusimos realizar un debate ideológico exhaustivo, con el fin de compenetrarnos de nuestras respectivas posiciones; disipar viejas desconfianzas; enriquecer nuestro acervo ideológico; corregir colectiva y fraternalmente los errores y desviaciones; y construir una sola y gran voluntad unitaria, revolucionaria y socialista. Planteamos asimismo, la necesidad de desterrar prácticas sectarias y divisionistas, que no pocas veces antepusieron los intereses partidarios a los superiores intereses de la revolución; así como desarrollar un mutuo respeto a nuestras respectivas identidades históricas; a sus gloriosas tradiciones de lucha y a sus aportes valiosos y diferenciados, a la causa y las ideas revolucionarias.

A pesar del tiempo trascurrido y la enorme disimilitud del contexto histórico, recobran plena vigencia, a nuestro juicio, las formulaciones teóricas planteadas por Dimitrov en los años treinta. El llamado «Frente Popular» fue concebido alrededor de un núcleo prexistente, el «Frente único Proletario», órgano de la clase, que cautela la autonomía y la hegemonía del proletariado, en el desarrollo de una correcta política de alianzas.(13)

Ese centro neurálgico lo configuran en Chile, los partidos Comunista y Socialista y en un nivel superior, el conjunto de las expresiones del pensamiento revolucionario, que confluyen hoy en la Unidad Popular.

LA UNIDAD DEL PUEBLO

La línea estratégica que orientó el nacimiento del FRAP, hace veinte años (1956) y de la UP más tarde (1969) sigue siendo válida. Fue tan realista y justa entonces como lo es hoy.

La UP representa un hito culminante en la maduración del movimiento popular chileno. Su vigencia no está cuestionada ni por la dimensión de la derrota ni por las nuevas condiciones de la lucha. Sin embargo, sería una insensatez reclamar esa vigencia trasfiriéndola mecánicamente a la nueva realidad impuesta por la irrupción fascista.

La UP emergió de la derrota con una sobrecarga de insuficiencias, vicios y errores que el pueblo de Chile detecta, cuestionando su eficacia como instrumento político. Debe entonces ser repensada, actualizada y depurada de sus expresiones negativas, en términos de que nuestro pueblo pueda percibirla, nuevamente, como un sólido bloque orgánico e ideológico, con solvencia intelectual, moral y política.

Nuestra tarea es revitalizarla. Construir, valiéndose de ella, una fuerza mayor y más amplia, que ofrezca una real alternativa de poder y sea visualizada por los trabajadores como su propio instrumento de lucha. La concebimos como una «alianza básica» en el seno de los trabajadores, pero capaz de proyectarse con amplitud sobre todo el ¡tejido social. Sólo a contar de la existencia de esta fuerza, reformulada como opción real de poder, consideramos posible la concertación de acuerdos, pactos o entendimientos con otras fuerzas del espectro político nacional, en torno a los objetivos concretos exigidos por la lucha contra la dictadura.

13 «En la movilización de las masas trabajadoras para la lucha contra el fascismo, tenemos como tarea especialmente importante la creación de un extenso frente popular antifascista, sobre la base del Frente único Proletario. El éxito de toda la lucha del proletariado va íntimamente unido a la creación de la alianza de lucha del proletariado con el campesinado trabajador y con las masas más importantes de la pequeña burguesía urbana, que forman la mayoría de la población, incluso en los países industrialmente desarrollados.»
En el mismo documento, Dimitrov insistía: «Lo primero que hay que hacer es crear un frente único, establecer la unidad de los obreros en cada empresa, en cada barrio, en cada región, en cada país, en el mundo entero.
La unidad de acción de proletariado nacional e internacional, he aquí el arma poderosa que capacita a la clase obrera no sólo para la defensa, sino también para una contraofensiva victoriosa contra el fascismo, contra el enemigo de clase.» Jorge Dimitrov, Informe al VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, 2 de agosto de 1935.

La reformulación de la UP no es tarea fácil. Supone de partida sustituir métodos de trabajo anacrónicos, prácticas viciadas e incluso, dirigentes. Quienes la representen en el futuro, no deben estar ligados a un pasado, que si bien la historia terminará por reivindicar plenamente, por el momento, pesan sobre ellos hondas desconfianzas, producto -en la mayor parte de los casos- de la propaganda infame del adversario. Aun cuando la UP ha ido ganando simpatías y recuperando su inmenso prestigio, importantes sectores de la población continúan recordándola en imágenes de sectarismo, cuoteo, ineficiencia v desorden.

Es necesario, entonces, que Chile perciba el esfuerzo de una autocrítica real, animada por una irrenunciable voluntad rectificadora, que conjuntamente con reivindicar lo verdadero, lo profundamente nacional y lo auténticamente humanista de sus posiciones, de su conducta y de su proyecto político, sea capaz de sacudir los errores, las mezquindades, y los sectarismos que oscurecieron su quehacer.
No debemos perder de vista un hecho históricamente trascendente:el saldo demoledor de la derrota no se contabiliza sólo en la nación destruida, sino también en la envergadura de la frustración provocada. Son los factores subjetivos los primeros que debemos recomponer: la pérdida de fe y confianza en la dirección, el peso del terror que por largo tiempo resentirá el espíritu de combatividad de las masas, y la resistencia de ellas a dejarse movilizar tras otra gran empresa histórica, cuyo desenlace pudiera ser de nuevo... el abismo.

La nueva dirección revolucionaria, repensada en su estructura, en sus métodos y en su proyecto histórico, no está enfrentada en modo alguno a situaciones insuperables. Le corresponderá -es cierto remontar un período de grave y profundo reflujo, en el cual convergen factores aún desconocidos. La experiencia fascista ha servido para descorrer brutalmente ante las masas, los velos que ocultaban el carácter de clase del Estado, su esencia opresora. La trágica realidad ha venido en apoyo de las afirmaciones teóricas, para poner en evidencia la falsedad intrínseca de las instituciones burguesas. Cada hombre de Chile ha conocido la felonía de un Parlamento que aplaudió su propia clausura, y de un Poder judicial, cuya pretendida majestad, naufragó vergonzosamente en él sometimiento cobarde, burdo y grosero a la tiranía. Nadie en el futuro podrá ser engañado con el mito de un ejército exhibido como símbolo y guardián de las gloriosas tradiciones nacionales y la existencia de una burguesía culta, civilizada y humana.

Existe un cuestionamiento hondo y global de los grandes mitos de ayer. Este quizá sea el único y gran aporte del fascismo. De otra parte, la conciencia de clase sembrada en medio siglo de luchas, fortalecida en el curso del proceso revolucionario, ha sido enriquecida por la derrota y la heroica resistencia antifascista. La batalla contra la dictadura ha generado una experiencia organizativa considerable. Los partidos y movimientos de la izquierda, incluyendo el Mnt, cuentan hoy con la disposición combativa y el heroico patrimonio de sacrificio y abnegación, acumulado por sus militantes. El trabajo clandestino, ajeno a las prácticas políticas chilenas, coloca a las corrientes revolucionarias en condiciones de combate, antes no previstas. Se ha ganado la convicción íntima, definitiva e irrevocable, acerca de la imposibilidad de encarar una empresa revolucionaria, sin la imprescindible organización de su defensa, en términos ideológicos, orgánicos y militares. Finalmente, tendrán a su haber un contingente de cuadros formados en las sombras de la clandestinidad y de la represión, y una nueva juventud revolucionaria, que no se agotará en los pasillos parlamentarios ni en las viejas prácticas politiqueras y demagógicas.

Por último, nos parece conveniente señalar algunas precisiones en torno a los partidos de la UP y de la izquierda en general.

Al ponderar el entendimiento socialista comunista, como el núcleo básico de la convergencia con otras fuerzas de la izquierda chilena, no estamos subvalorando el aporte de otras organizaciones políticas. Comprendemos que esta formulación, clasista y unitaria, genera serias y justificadas reservas, en las otras fuerzas de la up, en la medida que ella es visualizada como un polo hegemónico, llamado a administrar el entendimiento con los demás partidos aliados.

Es necesario disipar tales recelos. El énfasis puesto en la unidad de los dos partidos obreros, tiene una motivación superior ineludible: la unidad de la clase obrera. Se trata nada menos que de la fuerza motriz de la revolución. No es la unidad per se. Es la convergencia social sobre la cual se levanta el proceso revolucionario. Es nuestra gran conquista y nuestro gran aporte; malbaratarla sería un crimen histórico. La reiteración en el discurso político está precisamente en la línea de preservar ese privilegio, y no en la de subestimar la presencia y el quehacer de otras corrientes del pensamiento revolucionario, a las cuales, lejos de ubicar en «funciones de segunda clase», reconocemos una gran importancia y una irrestricta igualdad de derechos, en la conducción de las luchas venideras. Esta unidad tiene desde luego un valor cuantitativo, pero más allá de ello, se le debe medir en su proyección cualitativa. El movimiento popular adquirió su pleno desarrollo con la incorporación de masas cristianas y de capas comprometidas de la pequeña burguesía laica, que le dieron amplitud y madurez, y de un contingente direccional, de extraordinario valor intelectual, técnico y moral.

La alta capacitación profesional y la honradez ejemplar de los cuadros aportados por la Izquierda Cristiana, MAPU y Partido Radical, sumados a los que poseían los partidos Socialista y Comunista, permitieron disponer de un excelente plantel técnico al Gobierno Popular. Debemos insistir sobre la honradez acrisolada de estos técnicos y dirigentes. La gigantesca y acuciosa pesquisa fascista, realizada por miles de funcionarios atemorizados, soplones a sueldo, torturadores desquiciados y reaccionarios enloquecidos por el deseo de venganza, tras la perspectiva de descubrir -por lo menos- «un» hecho vergonzoso, «un» delito o «un» acto inmoral, imputable a alguno de estos técnicos y dirigentes, no logró su objetivo. No existe, hasta hoy, tres años de ocurrido el golpe, un solo dirigente o técnico destacado de la uP condenado por delito de estafa, desfalco, malversación, robo o en riquecimiento ilícito. ¡Tal fue la moral de los dirigentes revolucionarios! ¡ Tal fue la campaña abominable de falsedades, mentiras y calumnias, propalada por la reacción! Ni un solo condenado, ni un solo sancionado por delitos que atenten contra el honor, la dignidad y la moral de los 150 000 revolucionarios detenidos, encarcelados, torturados y asesinados por el fascismo.

Hemos intentado en este capítulo, aportar al debate activo y abierto del movimiento revolucionario, algunas conclusiones que emergen de nuestras propias categorías de análisis y de pensamiento. Cualquiera que sea el valor que se les atribuya, no son en modo alguno resultantes improvisadas de un esfuerzo precipitado. Por el contrario, son ideas

maduradas desde hace largo tiempo, en la meditación permanente, sobre las alternativas futuras de la lucha popular en Chile y en América Latina.

Se trata, en todo caso, del trazado grueso, de las ideas fuerzas, y de las orientaciones centrales que a nuestro juicio deben servir de parámetros en la definición de las opciones tácticas y estratégicas, que todavía permanecen sin respuesta.

Hemos hurgado en el pasado para reivindicar las grandes lecciones que la derrota puso en evidencia. A partir de ellas, y de las limitantes impuestas por la inquietante realidad continental -y la más específica de Chile-, emergen proposiciones que estimamos básicas e insoslayables: no serán posibles nuevas victorias revolucionarias sin que las fuerzas populares precisen los lineamientos de una estrategia continental; del mismo modo, abrigamos la convicción íntima, de que no habrán perspectivas serias de éxito, en el marco de las realidades nacionales, al margen de un gran proyecto político, orientado sustantivamerlte, a erosionar el bloque ideológico dominante y a quebrar la estructura represiva-militar, impuesto por el imperialismo y las burguesías locales.

No hemos avanzado más allá de estas concepciones básicas generales, en una proposición detallada y minuciosa de las urgentes tareas de hoy. Sería pretensioso siquiera intentarlo. Corresponde a la dirección revolucionaria hacerlo, tanto en el debate teórico, como en la praxis cotidiana; en la creación individual y en el quehacer colectivo. Lo determinará, en definitiva, la vida misma y el pueblo de Chile.

impreso en offset marví, s. a.
calle leiria 72 - méxico 13, d. f.
mil ejemplares y sobrantes para reposición 28 de abril de 1978